AMY HALLOWS



DELIRIO

DELIRIO

DELIRIO

AMY HALLOWS

Copyright © 2025 Amanda Juárez Sánchez
Todos los derechos reservados.

ÍNDICE

PRÓLOGO
1. JAULA
2. LUZ
3. PARTIDA
4. SALIDA
5. SENSACIÓN
6. CAFÉ
7. CERTEZA
8. EVIDENCIA
9. VULNERABLE
10. PESADILLA
11. CONTROL
12. DESCONOCIDO
13. ALMAS
14. DESCONTROL
15. IRREMEDIABLE
16. TEMOR
17. RESILIENCIA
18. AUSENCIA
19. SUEÑOS
20. RENCOR
21. RECORDAR
22. DESCANSO
23. FANTASÍA
24. MIEDOS
25. REGALOS
26. CALMA
27. SIEMPRE

28. ÉXTASIS
29. INFIERNO
30. SECRETOS
31. NICK
32. REVELADO
33. CLARIDAD
34. REPARAR
35. IRA
36. REDENCIÓN
37. DESTINO
38. REALIDAD
39. DESPERTAR
40. VIDA
EPÍLOGO

Para mi hermana Andrea.

Siempre estoy contigo, mi Parabatai.

No hay nada noble en ser superior a tus semejantes. La verdadera nobleza radica en ser superior a tu antiguo ser.

ERNEST HEMINGWAY

PRÓLOGO

Su rostro todavía aparece en mi mente como si el tiempo nunca hubiera pasado, y puedo sentir sus manos abrochando mi colgante, rozando mi nuca con la suavidad de quien conoce cada milímetro de mi piel. Aún siento su barba en mis labios cuando me besaba, el roce áspero que contrastaba con la ternura de sus caricias. Si me permito pensar en él, noto sus manos fuertes aferrando mi cintura, sosteniéndome como si nunca quisiera soltarme, de una manera tan vívida que sacude mi centro y hace que me tambalee.

No era solo el deseo, ni siquiera amor. Era algo más. Algo que trascendía cualquier lógica, cualquier advertencia que mi mente pudiera gritarme en un intento de frenarme. Pero el corazón, a veces, no entiende de razones, y puede más que cualquier motivo para apartarte.

Mi vida cambió de la noche a la mañana después de conocerlo, aunque nunca imaginé lo que traería consigo ese cambio. Me dejé llevar, pero algo dentro de mí me decía que podía perder. Que tal vez estaba entrando en un juego donde las reglas no estaban a mi favor. Y, sin embargo, me lancé sin pensarlo. No lo detuve. No quise detenerlo.

Ahora, con el paso del tiempo, creo que quizás ni siquiera tuve la oportunidad de hacerlo. Estaba escrito así. Y, cuando el destino decide algo, ¿acaso podemos evitarlo?

Me dejé arrastrar por esa vorágine insondable de emociones, como si la propia vida hubiera tejido su enigmático castigo. Y lo pagué. Lo pagué a un precio que jamás imaginé.

Porque hay amores que iluminan, y otros que arden. El suyo lo quemó todo. Fue un fuego al que me lancé sin miedo, aun sabiendo

que me quemaría.

1. JAULA

Llevaba demasiado tiempo viviendo en una nube de ahogo y asfixia, esa sensación que te hace cuestionar tu existencia y el significado de la misma. Seguía respirando por inercia, viendo pasar los días, las semanas, los meses… sin que nada me indicara que, efectivamente, hacía bien en seguir respirando. Mi vida estaba en un estado de limbo desde hacía tanto tiempo que su duración me parecía extremadamente larga, incluso para mí, que había empezado a encariñarme con esa sensación de estancamiento. Me había acomodado en una rutina en la que cada día perdía un pedacito de mí dentro de una marabunta de pensamientos inconexos, y ya casi nunca me reconocía cuando me miraba en el espejo.

Mis padres habían insistido hasta la saciedad en que me mudara de nuevo con ellos, pero, aunque fuese egoísta por mi parte, no quería dejar mi autocompasión todavía, y sabía que me sacarían a rastras de ella. A veces, revolcarte en tu miseria es la única forma de terminar dándote pena a ti misma y pensar en salir de ahí.

Mi hermana Samy venía a menudo a casa para ver si estaba comiendo bien. La mayoría de las veces le mentía. Lo cierto es que comía poco o nada, cosa que no era difícil de averiguar si me observabas bien; por eso siempre me ponía ropa ancha. Había perdido tanto peso que empezaba a rondar la talla treinta y cuatro, una talla que no usaba desde que tenía quince años. Además, lo poco que comía era comida basura.

Un día, al salir de mi casa para ir a trabajar, mi hermana se sentó a los pies de mi cama y me dijo algo que consiguió mover alguna pieza dentro de mí; me hizo sentir incómoda, ese tipo de incomodidad que te obliga a cambiar de postura:

—Jess, que el mundo una vez te resultara peligroso no quiere decir que lo vaya a ser siempre. ¿Este es tu propósito? ¿Seguir encerrada en una jaula con la puerta rota? Puedes salir cuando quieras, pero tienes que hacerlo ya.

—¿Cuántos libros de autoayuda te has leído? —contesté con desdén fingido.

Mi hermana se levantó de mi cama con el semblante serio, pero más por pena que por mi contestación.

—No soy yo quien necesita libros de autoayuda. No puedo ayudarte y no podré hasta que tú hagas algo primero.

Después de decir aquello, salió de mi apartamento como si tal cosa, como si no fuera la persona más sabia del mundo. Supongo que salió por la puerta pensando que no le haría caso, como siempre, pero esta vez, sus palabras, aunque no entendía bien por qué, calaron de tal manera en mí que crearon un eco profundo que no pude ignorar. Fue suficiente para arrancarme de la cama y ponerme a buscar ofertas de trabajo.

Quizás simplemente fue el hecho de ver a la persona que más quería pasándolo mal por mi culpa, pero lo consiguió.

Lo había tenido todo, y ahora no tenía nada, excepto ansiedad. De eso siempre tenía. Empecé a repetir mentalmente todas las cosas que había conseguido en mi vida, y ser psicóloga era mi propósito, ese por el que había preguntado mi hermana, un propósito que había quedado olvidado y sepultado tras un año y medio de abandono.

La página de empleo parecía estar llena de espejismos en medio del desierto. Ninguna oferta era realmente buena; no había agua ni frutas tropicales por ningún lado, más bien precariedad y sequía. Pero, de repente, mis ojos se fijaron en una palabra muy concreta, y mi mente se llenó de algunos recuerdos anclados en zonas de mi cerebro totalmente entumecidas. Wislow. Me recordó a la tía Helen, a su casa de campo. Habíamos visitado aquel lugar unas cuentas veces cuando éramos pequeñas.

El ayuntamiento del pueblo de la tía Helen necesitaba una psicóloga para un puesto relacionado con la ayuda social. No leí muy bien las especificaciones de la oferta; lo cierto es que ya nunca prestaba demasiada atención a nada. Tan solo envié la solicitud, apagué el portátil y volví a la cama, esperando que las pesadillas volvieran, otra vez.

2. LUZ

A la mañana siguiente noté algo extraño, algo que no había sentido en mucho tiempo: ganas de salir a la calle. No podía recordar con exactitud la última vez que lo hice, porque pedía la compra a domicilio y el hambre, por poco que comiera, habría sido lo único que podría haberme forzado a cruzar el umbral de mi puerta, pero el repartidor me ahorraba ese esfuerzo.

Rebusqué en un montón de ropa que podría llevar sobre la silla de mi cuarto en posición piramidal entre una semana y tres meses. Cogí una camiseta y un vaquero y me los puse junto con unas zapatillas que mis pies parecían rechazar después de tanto tiempo yendo descalza por casa. Y salí. Llegué hasta el final de la calle y seguí; crucé pasos de peatones y esperé en los semáforos.

Al final, acabé en mi heladería favorita, pidiendo mi helado de siempre: mandarina y chocolate negro.

Mandé una foto del helado al grupo familiar porque sabía que les alegraría ver que había salido, y me senté en un banco del parque que estaba justo enfrente de la heladería. Simplemente disfruté de ese momento: el sol me daba en la cara y la brisa fresca del otoño, precediendo al invierno, me resultaba vigorizante. Por un momento me olvidé de todo, de esa sombra negra que venía conmigo a todas partes y me quitaba la energía vital, y pensé en cómo podía haber dejado que me privara de la sensación que estaba experimentando, aunque solo fuera comerme un helado en un banco.

Cuando apenas me quedaban un par de cucharadas para acabar el helado, una voz estridente me sacó de mi estado zen.

—¿Jessica? ¡Madre mía! ¿Cómo estás? Llevaba sin verte desde…

Alcé la cabeza con una expresión de desagrado imposible de camuflar. Reconocería esa voz en cualquier parte. Karen Ackerman, una antigua amiga que ya no lo era, y también excompañera de facultad, me observaba con su vestido de Valentino, Chanel o alguna otra marca de ropa cara, y con ese aire de superioridad que no había desaparecido, a pesar de llevar casi dos años sin verla.

—Hola, Karen, me alegro de verte —mentí—. Ya me iba.

Me levanté huyendo del lugar porque no tenía ganas de someterme a su tercer grado y porque, al lado de ella, yo parecía una vagabunda.

—¡Espera! Tomémonos un café, de verdad que me he alegrado mucho cuando te he visto —dijo mirándome de una forma que parecía sincera, aunque yo sabía que no lo era.

—Otro día, llevo prisa, de verdad —me excusé y emprendí el paso.

—Bueno, igualmente me alegro de ver que estás mejor; todos nos alegramos mucho cuando se aclaró lo de…

—Gracias, Karen. Adiós —dije cortante. Muy cortante.

Una de las ventajas de pasar por una mala racha es que sabes quiénes son tus amigos y quiénes no, y además adquieres la habilidad de dejar de ser educada con quienes no lo son. Ese encuentro podría haberme arruinado el día hasta el punto de acabar con mis ganas de estar en la calle o de volver a intentar salir al día siguiente, pero no fue así.

Los días siguientes salí con mi hermana y también vi a algunos de sus amigos. Los míos escaseaban, pero socializar empezó a sentarme bien. Sonreía, y era de verdad; incluso me arreglaba con ganas y no por obligación. Parecía que había llegado al fondo y había empezado a ascender hacia la superficie.

La palabra que mi hermana había usado cuando me desbloqueó aquel día, «jaula», resonaba en mi mente cada vez que la apatía amenazaba con volver, y esa palabra me daba miedo. No quería

quedarme dentro de una jaula, no para siempre. Así que luchaba contra ese miedo con las fuerzas que iba recobrando poco a poco.

—Esta noche vamos al pub ese que te gustaba tanto, el de los nachos y la cerveza por dos euros —dijo Samy, mirándome con cara de pilla. Quería recordarme lo bien que lo pasaba siempre en ese sitio, y funcionó.

—A riesgo de abusar de tu tutela y la caridad de tus amigos, te voy a pedir que me lleves —dije tímidamente.

Samy sonrió de oreja a oreja y dio un salto mientras aplaudía como una niña pequeña.

—¡Sí, joder! —gritó.

—Te estoy recuperando, cómo te necesitaba —dijo para sí misma, y luego me abrazó tan fuerte que pude escuchar cómo me crujía alguna vértebra, pero me dio igual. Yo también empezaba a notar los tenues haces de luz que se filtraban por mi coraza, y me gustaba lo que parecía esperarme al otro lado.

Aquella noche salimos con Marcus, Derek, Amy y otra chica cuyo nombre siempre se me resistía, todos amigos de Samy. Marcus llevaba un tiempo tirándome la caña y no me parecía mal, la verdad, pero me daba corte enrollarme con un amigo de mi hermana pequeña, así que, aunque solo nos lleváramos tres años, mi intención era dejar el asunto en un tonteo divertido.

—¡Ey, has ido a la peluquería! —exclamó mi hermana cuando me vio llegar.

—Sí, tenía el rubio muy apagado y las puntas casi para usarlas de escoba.

—Estás guapísima… —dijo con amor.

—Marcus ha preguntado por ti como cuatro veces.

—Pues creo que pincha en hueso —respondí.

—¿Por qué? Anda ya, está bueno, no te vendría mal un poco de marcha —me dio un codazo en el costado y me guiñó un ojo.

Desde luego, para ella no parecía ser un problema que me liara con su amigo. Empecé a planteármelo más en serio; quizá debía dejar fluir las cosas, y al parecer las dejé fluir tanto que, a las dos de la mañana, me encontraba con Marcus en las escaleras de emergencia del local, dándonos el lote.

—Vamos a mi casa —dijo jadeando.

—Creo que vas demasiado rápido, ¿no? —le contesté, apartándolo un poco.

—Puede. Lo siento, llevo mucho tiempo esperando a que te fijes en mí y no quiero que mañana te arrepientas. —Sus ojos verdes tenían un brillo llamativo, se parecían a los míos, pero más oscuros. Me dieron pena sus palabras, porque lo cierto era que, a pesar de que llevaba tiempo esperándolo, no pensaba en hacer nada más con él. Sería demasiado violento si quería seguir saliendo con los amigos de Samy. Quizás no había sido tan buena idea lo de fluir.

—Marcus, hemos bebido, nos lo estamos pasando bien, pero no creo que debamos complicarlo más, no estoy buscando nada serio ahora.

Me miró como un niño que acaba de descubrir que los Reyes Magos son los padres, y luego su rostro me mostró tal gesto de resignación que estuve a punto de retractarme de mis palabras, pero aguanté el tirón.

—Tienes razón —respondió, haciendo como si tal cosa, aunque yo sabía que no pensaba eso. Salimos de nuestro escondite y nos volvimos a juntar con el grupo.

—¿Qué le has dicho? Está destruido —me dijo Samy con una risa contenida.

—Nada, creo que tengo que fluir menos —contesté. Mi hermana me miró con aire divertido.

—Nos espera un mes de desamor duro, rompecorazones—dijo, pegándome un pequeño puñetazo en el brazo mientras sonreía.

—Lo siento mucho por Marcus, pero no puedo darle nada más ahora… —dije, un poco desanimada.

—Tía, sois adultos, no le des vueltas, creo que te complicas demasiado la vida.

Me encantaba como era mi hermana, había querido ser como ella en muchas ocasiones. Pragmática.

Sentía mucho no poder corresponder a Marcus como él quería, pero él, sin saberlo, me había devuelto algo que para mí era muy valioso: mi autoestima, que llevaba perdida desde hacía un tiempo considerable. Estaba bien sentir que la estaba recuperando, y le estaría agradecida siempre por ser el primero, en mucho tiempo, en demostrarme que aún estaba ahí, solo había que buscarla bien.

Esa noche, cuando llegué a casa y empecé a desmaquillarme, me vi. No en el sentido literal de la palabra, sino en un sentido filosófico o metafórico. Por fin, me vi. Fue como volver a encontrarte con una vieja amiga a la que querías mucho, pero que, por cosas de la vida, vuestros caminos se habían separado.

Me vi, y mi primer impulso fue tocar el espejo, acariciar el reflejo de mi cara en el cristal, y recorrer lentamente todos los matices de mi rostro: mi piel pálida, los ojos verdes, la nariz respingona, el pelo ondulado y rubio, que me llegaba por debajo del pecho, los labios algo rosados, la línea de la mandíbula que conducía al cuello, los lunares de mis hombros, las pecas salpicadas por la nariz… todo un mapa que parecía haberse desdibujado en mi mente y que ahora empezaba a trazarse de nuevo.

Me acosté con una calma acogedora, como la que solo puedes sentir cuando eres un niño y nada puede preocuparte tanto como para quitarte el sueño, y dormí. Dormí sin saber que al día siguiente mi vida empezaría de nuevo.

3. PARTIDA

Decir que, cuando desperté al día siguiente, mi vida se puso patas arriba en cuestión de minutos, era quedarse corta. Me despertó el sonido del móvil. Lo cogí, todavía adormilada, y entre parpadeos conseguí ver un número que no conocía.

—¿Diga?

—Buenos días, ¿Jessica Forbes? —respondió una voz femenina al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo.

—Soy Maybel, le llamo del Ayuntamiento de Wislow. Usted se inscribió hace unas semanas en la oferta de empleo que publicamos.

—Sí, sí. Buscaban una trabajadora social.

—Efectivamente. Eres psicóloga, por lo que he visto en tu currículum, pero te especializaste en ayuda a colectivos desfavorecidos y encajas muy bien con el puesto que ofertamos. Si no tienes inconveniente, ¿podrías incorporarte en dos días? —preguntó como si estuviera preguntándome la hora, como si sus palabras no estuvieran poniendo en jaque mi vida, mi seguridad, esa que sabía que debía dejar atrás.

—Oh, ¿dos días? Eh… creo que sí, sí, podría incorporarme —dije con un tono de duda que intentaba disimular sin éxito.

—Fenomenal, te esperamos por aquí. Si quieres, puedes pasarte mañana para la firma del contrato o venir directamente en dos días, como prefieras.

—De acuerdo, muchas gracias por la oportunidad —dije fingiendo cierta alegría.

—A ti, Jessica.

Y colgó. Mi corazón empezó a latir a una velocidad que me asustaba, y también era consciente de que estaba entrando en pánico.

¿Dos días? Dos días. Tenía que reunir los restos de valentía y aplomo que había ido perdiendo por el camino para tomar las riendas de la situación, porque no me quedaba otra.

Wislow estaba a unas horas en coche de la ciudad. Lo cierto es que me convenía vivir allí, o me pasaría media vida en el coche.

La casa de la tía Helen me vino a la mente. ¿Estaría en condiciones? Cuando ella murió, la casa se quedó vacía, pero no sabía nada al respecto. Tendría que llamar a mi madre para preguntarle.

El plan era «sencillo»: primero, comprobar si podía vivir en la casa de la tía Helen y organizar una mudanza.

Segundo: incorporarme a un nuevo trabajo después de casi dos años parada.

Y para eso tenía exactamente dos días. Socorro.

4. SALIDA

—Lleva cerrada unos tres años, Jess. Creo que la última vez que alguien estuvo allí fue la tía Carol, para terminar de recoger algunas cosas. Iban a alquilarla, pero nunca llamó nadie —mi madre respiraba agitadamente por la preocupación. Dudaba de que estuviera preparada para un cambio así, y, sinceramente, yo también.

Vale, podía trabajar con eso. Aunque la casa llevara cerrada tres años, sería cuestión de limpiar, ¿no?

Llamé a mi tía Carol para que me actualizara la información de la casa.

—¡Cariño, qué alegría! Allí puedes vivir perfectamente. La casa solo es, bueno, rústica.

—Tía, me da la sensación de que «rústica» significa «vieja».

—Bueno, está algo vieja, claro, y vas a tener que limpiar mucho, pero allí no vas a encontrar ningún alquiler; es un pueblo muy pequeño, la casa lleva puesta en alquiler más de cuatro años y no ha llamado nadie.

—Ya… bueno, hoy voy a verla.

—Anda, cielo, no te desanimes. Le vas a dar tu toque, y a la tía Helen le encantaría saber que tú vas a estar allí.

La conversación con mi tía me dejó claro que la mudanza sería una odisea, pero metí mis cosas en el maletero del coche y, con mi hermana de copiloto, partimos hacia Wislow.

—Mamá y papá querían venir. Tenías que haberles dejado, están preocupados —se quejó Samy.

—Lo sé, pero no quería que se preocuparan aún más cuando vieran el desastre de casa en el que me meto.

—¿Tan mal está?

—No lo sé, la verdad, ¡tengo miedo! —grité, soltando una carcajada nerviosa. Tenía miedo y ansiedad, pero pensaba tomármelo con humor.

Cuando enfilamos la carretera principal de Wislow, entendí el concepto de pueblo rural en su máximo esplendor. Había cuatro calles y mucho campo. El Ayuntamiento, que sería mi lugar de trabajo, estaba en el centro del pueblo, y la casa de la tía Helen quedaba a unos dos minutos a pie, lo cual era un plus.

En cuanto la vi, la reconocí. No estaba tan mal como me había imaginado, al menos por fuera, estaba casi igual que la imagen que guardaba en mi mente.

Recordaba haber jugado alguna vez en el amplio jardín que precedía a la casa, ahora seco y marrón. Unos peldaños llevaban al porche, donde bancos que habían visto tiempos mejores se encontraban en ambos extremos. La puerta de la casa estaba algo deteriorada, con una cerradura que parecía hacerse la difícil. A pesar de todo, una buena sensación me recorrió todo el cuerpo, y eso me gustó.

Aunque la tía Carol tenía razón y necesitábamos limpiar, lo cierto es que para mí resultó incluso catártico, un augurio de que todo iba a ir bien. Samy no paraba de quejarse de la cantidad de arañas que estaba matando, pero al final del día nos tumbamos en el sofá que el camión de mudanzas había traído desde mi piso, y todo empezó a sonar diferente. Estaba entrando en mi nueva vida, y la casa, con mis cosas, había adquirido un toque moderno pero rústico, bastante único.

A la mañana siguiente, Samy salió temprano hacia la ciudad, tenía que trabajar, y yo me preparé para mi primer día. Estaba muy nerviosa, pero eran esos nervios buenos, de los que te dibujan una sonrisa en la cara.

Me planté frente al pequeño edificio que albergaba el ayuntamiento y, casi al instante, vi a una mujer que se acercaba con una gran sonrisa. Era Maybel, la administrativa más veterana del ayuntamiento. Hasta el momento, ella había sido mi única conexión con mi nuevo trabajo, ya que se había encargado de mi contratación. La mujer, que tendría la edad de mi madre, me tomó del brazo y me llevó adentro para iniciar una ruta de reconocimiento. Se iba parando en cada mesa, presentándome a todo el personal, y yo intentaba recordar todos los nombres y rostros a la primera, aunque sabía que no sería posible. Nunca se me dio bien eso.

Solo me quedé con el nombre de Serry, ella estaba en la recepción del ayuntamiento. Sabía que, poco a poco, iría conociéndolos, y en general, me llevé una muy buena impresión de todos ellos; fueron muy correctos y amables, como cabía esperar, supongo.

Al final, mi maravillosa guía, que me caía mejor por momentos, me enseñó donde estaba mi despacho. Justo en la entrada, en frente de otra puerta.

Y cuando me disponía a entrar, Maybel se paró en esa otra puerta, donde decía «DEPARTAMENTO DE POLICÍA» y exclamó—: ¡Ah! ¡Se me olvidaba presentarte a los policías! No sé quién estará hoy, pero los iras conociendo. Este es un pueblo pequeño y la comisaría está aquí —dijo mientras accedíamos a la habitación.

No me esperaba en absoluto a la persona que encontraría detrás de aquella puerta, pero aunque aún no lo sabía, mi vida nunca volvería a ser la misma.

5. SENSACIÓN

—Este es Alec —dijo Maybel.

Un muchacho joven y alto se incorporó al vernos entrar.

—¡Hola! Encantado. —Extendió su mano para estrecharla con la mía. Tardé un segundo en apartar la mirada de sus ojos verde claro y dirigir el mismo gesto hacia él. Su pelo castaño y bien cortado le daba un aire juvenil y atractivo; tenía barba de unos tres días y era muy alto, al menos unos veinte centímetros más que yo, y eso que yo no me consideraba baja, media uno setenta y cinco.

El roce de su mano con la mía me generó una sensación cálida que me hizo sonrojar. Me había gustado el hombre que tenía delante.

—¡Hola! Me llamo Jess, encantada —logré decir.

—Es psicóloga, va a ocupar el puesto de trabajadora social —dijo Maybel, y él asintió con una sonrisa amable y ambos brazos en jarras.

—Genial, será un placer tenerte por aquí. Nos veremos, te tengo justo enfrente —dijo, mirándome con una amplia sonrisa, a la par que se sentaba de nuevo en su silla.

—Sí, claro, nos vemos —respondí mientras salíamos de su despacho.

Desde ese momento, tuve dos cosas muy claras: primero, que era el hombre más atractivo que había visto en mucho tiempo; y segundo, que definitivamente iba a complicar mi concentración en el trabajo, y no quería desviarme, pero muy dentro de mi sabía que ese hombre había llamado mi atención de esa forma en la que sabes que poco o nada puedes hacer para resistirte.

Alec era muy guapo, mucho, y además era simpático, gracioso, bromista y policía... ¿Cuándo dejaría de inquietarme eso último? Probablemente nunca. Pero a él le sentaba bien. Tenía una figura atlética, la de alguien que se ejercita a diario y disfruta con ello. ¿Quién se iba a imaginar que alguien así estaría en un pueblo como Wislow? Lo último que esperaba encontrar era personas de mi edad; de hecho, la mayoría de mis compañeros me sacaban casi diez o quince años de diferencia, yo tenía veintinueve años.

Mi primer día fue intenso. Serry me explicó las cosas más básicas y me entregó el trabajo que la anterior trabajadora social había dejado. Todo estaba un poco desorganizado, así que tuve que comenzar a ordenar los expedientes y programar las citas atrasadas o canceladas, ya que el servicio había sido interrumpido durante bastante tiempo. También me mostró el archivo que estaba al otro lado de la puerta ubicada detrás de mi escritorio. Solía estar cerrado con llave, y esa llave se encontraba en uno de los cajones de mi mesa. Me indicó dónde podía encontrar la información que necesitara.

Mi despacho no era muy grande, pero me gustaba la sensación acogedora que desprendía. Tenía un amplio escritorio donde descansaba el ordenador y el material de oficina típico. Justo enfrente tenía una estantería con algunos legajos llenos de expedientes archivados y, a mi derecha, había una gran ventana que dejaba entrar toda la luz del exterior, cosa que agradecía, ya que odiaba las oficinas sin luz natural. Al lado de la estantería había una gran impresora que Maybel me había explicado que era compartida, así que me comentó que, tanto Serry como los policías, entrarían a menudo a recoger lo que mandaran a imprimir, aunque intentarían no hacerlo cuando estuviera con alguna cita.

Aunque no era fácil comenzar en un trabajo nuevo, en un lugar casi desconocido y sola, me gustaba la sensación de sentirme útil e independiente. Durante un momento de descanso, mi mente se permitió divagar por todos los cambios que el día me estaba presentando. Estaba contenta de estar allí. Era consciente de que mi

estado de ánimo había mejorado al ver a alguien como Alec y al saber que lo vería a diario. De hecho, lo tenía justo enfrente, como bien había dicho él, pero eso también me inquietaba sin remedio. No quería complicarme la vida en un momento en el que estaba sanando heridas viejas, y además la experiencia me había enseñado que era difícil encontrar a alguien que aceptara mis defectos, si es que la ansiedad era uno de ellos. Por lo tanto, y antes de que mis bajas pasiones tomaran el control, decidí centrarme en lo importante: mi trabajo.

En cuestión de una semana, estaba completamente enfocada en mis tareas y comencé a aprender cosas nuevas. Pero también me paraba en los ratos libres a hablar con Serry o con Alec, que siempre se unía a la conversación si no estaba fuera patrullando. Era un enfoque a medias. Cuando él estaba cerca, me costaba concentrarme en lo que estaba diciendo porque mis ojos empezaban una batalla con los suyos; nos mirábamos continuamente y retirábamos la mirada al momento, y a mí me encantaba esa dinámica.

Una mañana, Maybel vino a preguntarme por mi adaptación al puesto y me vio charlando animadamente con Alec en el descansillo que separaba nuestros despachos.

—Veo que los compañeros te han acogido de maravilla, me alegro de verte a gusto aquí —sonrió amablemente y siguió su camino.

Alec me miró sonriendo.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Nada, me gusta ver que estás cómoda con nosotros, esto es mucho mejor desde que llegaste.

Lo miré sin saber qué decir, pero sus palabras me habían acelerado el pulso.

—Me gusta estar aquí, me gusta esto —dije, poniéndome roja como un tomate—. Contigo.

Alec se puso rojo al igual que yo, y la intensidad del momento pudo con ambos, que cambiamos rápidamente de conversación y, en cuestión de minutos, estábamos en nuestros despachos. No sé muy bien qué estaría pensando él, pero yo estaba muerta de vergüenza. ¿Me había lanzado sin tener claro absolutamente nada? Qué desastre.

Dejé pasar unos días que aproveché para conocer mejor a mis otros compañeros y disfrutar de mi labor mucho más rápido de lo que esperaba. Con el paso de los días, sentía que esta nueva etapa me estaba curando, ayudándome con mi ansiedad y, en cierto modo, salvándome de aquel hoyo que ya parecía más lejano en mi mente. Me sorprendía la rapidez con la que la felicidad comenzaba a instalarse en mi vida.

Pero, a pesar de mis esfuerzos, mis ojos buscaban a ese chico que me sonreía cada mañana.

Los dos habíamos ignorado el momento «contigo» y yo le agradecía internamente que así fuera. Estuve días muriéndome de vergüenza y, aunque notaba que Alec me buscaba y que la atracción era mutua, él no lo había verbalizado a lo loco, yo sí. Lo que sí hacía Alec era inventarse excusas mediocres para cruzar el umbral que separaba nuestros despachos y preguntarme cualquier tontería. Trataba de hablar conmigo a diario… imagino que esa era su forma de responder a mi ida de olla, y yo estaba encantada.

Cuando estaba cerca de él, no podía ocultar cuanto me atraía. Tenía clara mi postura, pero solo en la teoría; la práctica era completamente diferente. Me sentía como un imán que evitaba un campo magnético y luchaba contra ello sin éxito. A veces me preguntaba a mí misma por qué me resistía, pero la respuesta era el miedo, miedo a que me hicieran daño, supongo, sobre todo cuando no sabes si esa atracción es correspondida. Y la verdad, no tenía ni idea de qué pensaba Alec sobre mí, más allá de lo que me decía mi intuición, así que intentaba evitarlo si podía, aunque una parte de mí no le estaba poniendo muchas ganas a esa tarea.

Me propuse enfocarme más en mis otros compañeros para encontrar algo distinto a la luz que irradiaba Alec, en otro pobre intento de «evitar» caerme por la madriguera del conejo.

Cada día iba conociendo mejor a las personas con las que trabajaba. Lira era la encargada del área de urbanismo, encantadora, divertida y muy directa; Serry, mi otra compañera de «relleno», me ayudaba en todo lo que podía; Maybel, mi guía, era la que evitaba que el ayuntamiento se desmoronara; Megan era responsable de las facturas y la contabilidad del ayuntamiento, tenía un carácter muy similar al mío; y también estaban los otros dos policías, Pol y James.

Pol tenía el mismo tiempo de servicio que Alec, aunque era mayor que él, y James era el eterno policía del pueblo. Había nacido y crecido en Wislow y siempre veía llegar a nuevos compañeros que duraban un par de años y luego se marchaban. Después de todo, Wislow estaba lejos de la ciudad y era un lugar muy pequeño, donde apenas sucedía nada. Era difícil echar raíces allí. En un par de ocasiones, me había mencionado que conoció a la tía Helen y me daba la sensación de que la conoció bastante bien. Estaba deseando contarle el chisme a Samy.

Los dos eran encantadores. Pol era el típico adulador que, sin ningún pudor, lanzaba piropos a todas, a pesar de estar casado y tener dos hijos, y James, bueno, tenía cincuenta y tantos años y era como un padre para todos. Alec tenía treinta años, uno más que yo.

A pesar de que intentaba no fijarme demasiado en él, me resultaba casi imposible no mirarlo cuando entraba en mi despacho a recoger algo de la impresora. Mis ojos seguían su figura al verlo caminar, y juro que me resultaba casi imposible evitarlo o no sonreír como una tonta cuando me daba los buenos días o se paraba a charlar conmigo.

Un día, casi a punto de terminar la jornada, el sonido de la impresora interrumpió el murmullo constante de los despachos, y

levanté la vista del ordenador al ver que Alec se acercaba al umbral de mi oficina.

—¿Has terminado lo que tenías que hacer? —preguntó él, sonriendo de manera relajada.

—Más o menos —respondí, dejando el bolígrafo sobre la mesa y echándole un vistazo a la pantalla—. Aún tengo un par de cosas por revisar, pero se me da bien dejar algo para mañana.

Alec se apoyó contra la puerta, mirando su reloj con una falsa expresión de preocupación.

—¿Sabes? Hay un pequeño café en la plaza del pueblo, justo al lado del banco. No es gran cosa, pero... es tranquilo.

Arqueé una ceja, intentando ocultar la sonrisa que asomaba sin querer.

—¿Me estas invitando a un café?

Alec se encogió de hombros con una sonrisa despreocupada.

—Bueno, si te atreves. —dijo juguetón. Hizo una pausa, y luego añadió, más serio—. No tiene nada de especial, pero te puede servir para conocer un poco más el pueblo. Y... ya sabes, hay gente interesante por aquí, no todo es trabajo —dijo señalándose a sí mismo con los pulgares.

Lo miré soltando una carcajada. Había algo en su tono que no sonaba a invitación formal, pero era la primera vez que me invitaba a vernos a solas.

—Supongo que no me vendría mal conocer más del lugar. Además, no todos los días tengo alguien que me muestre lo que pasa por aquí.

Alec sonrió de nuevo, esta vez más ampliamente, y yo noté cómo mi pulso, aunque acelerado por las ganas, volvía a su ritmo normal.

—Entonces, ¿qué dices? A las seis, en la puerta del ayuntamiento. Prometo que será... interesante.

Asentí, con una ligera sonrisa que no pude evitar.

—Está bien, lo tomaré como una exploración de campo. Te veo luego —dije.

Alec dio un paso atrás, preparándose para marcharse, pero antes de irse, se detuvo un momento.

—Jess... me apetece mucho, contigo.

Se marchó dejándome allí con una bomba de alergia explotándome en el pecho, me acababa de devolver el «contigo». Le vi alejarse hacia su propio despacho, dejando una sensación peculiar de anticipación en el aire.

6. CAFÉ

—Estás preciosa.

Alec acababa de llegar a la puerta del ayuntamiento en una Kawasaki Ninja negra y se quitó el casco como un modelo de anuncio de colonia. Me quedé mirándolo como si fuera una escena de película, ajena a mí.

—Gracias —dije cuando volví en mí—. Me encanta tu moto.

—A mí también —dijo riéndose. La dejó aparcada y fuimos caminando hasta el pequeño café de la plaza, que era tranquilo, como todo en el pueblo. Las mesas estaban dispersas por la amplia acera, algunas con más gente que otras, pero el aire fresco y la quietud del lugar daban la sensación de que el tiempo no se apresuraba en Wislow.

Nos sentamos en una mesa a la que le daban algunos rayos de sol y pedimos dos cafés. Yo fui al baño un momento para refrescarme, estaba realmente atrapada por Alec.

Cuando volví, él estaba mirando despreocupado su taza.

—¿Te lo has tomado todo? —pregunté, bromeando mientras me acercaba.

—No, solo estaba admirando el arte del café. —Alec levantó la vista y sonrió, aunque había algo en su mirada que hizo que sintiera un leve cosquilleo en el estómago.—¿Te pasa algo? Pareces distraída.

Me senté frente a él, intentando disimular que no estaba distraída en lo más mínimo, sino totalmente abducida por él.

—Nada, solo pensando en lo tranquilo que es este pueblo, siempre ha sido así, al menos eso recuerdo de cuando era niña —dije, evitando la mirada fija de Alec y mirando al frente, ya le había contado que vivía en la casa de mi tía y que tenía cierta conexión con Wislow desde pequeña—. Aunque el pueblo tiene algo peculiar, ¿no? Es como si todos se conocieran, pero también se quedaran un poco atrapados en su rutina.

Alec me observó durante un segundo más antes de responder, con el brillo de la curiosidad en sus ojos.

—Es fácil caer en eso, sí. Pero también puedes elegir salir de la rutina —le dio un sorbo al café, sin apartar los ojos de mí—. Supongo que eso es lo que te hace seguir aquí, ¿verdad?, dejar tu rutina de la ciudad atrás.

Me encogí de hombros, dudando por un momento.

—No lo sé... tal vez. A veces es más fácil quedarte donde estás cómodo, ¿sabes? Es menos arriesgado.

Alec sonrió, con un leve toque de complicidad.

—Pero eso no es lo que estás haciendo, ¿verdad? —Sus palabras flotaron en el aire entre nosotros, como un reto suave, como si invitara a algo más.

Lo miré por fin, notando la tensión en la atmósfera. El juego implícito entre nosotros aún no se hacía tan evidente, pero estaba ahí.

—Supongo que no —respondí con una sonrisa sutil, casi imperceptible—. A veces el riesgo trae recompensas, o al menos una buena historia que contar.

Alec sonrió de nuevo. Me dio la sensación de que había algo en mi respuesta que le decía que yo no era tan cautelosa como pretendía aparentar.

—¿Y tú? ¿Qué harías si tuvieras que salir de la rutina? —le pregunté.

Alec volvió a mirarme fijamente por un momento. El aire entre nosotros se cargó de una electricidad silenciosa, y en ese breve instante, noté cómo se inclinaba un poco hacia adelante, como si esperara algo más.

—Supongo que tendría que ser valiente —dijo finalmente, manteniendo la mirada fija en la mía—. Pero la valentía no siempre es fácil de encontrar.

Se mantuvo callado, echándose en el respaldo de la silla y volviendo a mirar su taza de café. Durante un segundo, parecía que el mundo se hubiera detenido a nuestro alrededor. Ninguno de los dos hablaba, pero en el silencio había más que palabras. La conexión, tan palpable en el aire, mantenía un tira y afloja entre ambos, un acercamiento que yo no sabía cómo continuar y él tampoco, pero que ninguno quería romper.

Finalmente, Alec se relajó un poco, rompiendo el silencio con una pequeña risa.

—Bueno, supongo que esto es un buen primer paso, ¿no? —dijo, como si intentara aligerar la tensión—. Por lo menos hemos salido de la rutina de los despachos.

Dejé escapar una pequeña risa nerviosa, asintiendo.

—Eso es cierto. Aunque todavía no sé si he encontrado lo que estoy buscando —dije.

Alec levantó su taza y me miró de nuevo. Su expresión era más seria ahora, aunque la calidez seguía ahí, en sus ojos.

—Pues yo creo que he encontrado justo lo que estaba buscando.

Me quedé petrificada en mi silla, escuchando fuertemente los latidos de mi corazón e intentando no montarme la mayor película romántica de la historia con esa última frase que me había soltado.

Le sonreí. De repente, la idea de que mi vida en Wislow pudiera ser mucho más interesante de lo que pensaba parecía bastante más real.

———— ✧ ————

Habían pasado algunos días desde nuestra cita y las cosas parecían ir cada vez mejor. Hacía casi un mes que había llegado a Wislow. Una mañana, Lira entró en mi despacho, se acercó a mí y me dijo—: ¿Te gusta Alec?

—¿Qué dices? ¡No! —exclamé demasiado alto y demasiado rápido.

— Oye, que no pasa nada. Es que me he fijado en cómo le miras... es difícil no darse cuenta, pero ten cuidado —dijo y, sin más, se marchó rápidamente, dejándome casi consternada.

La verdad es que no sabía porque se lo había negado, quizás porque no tenía confianza con ella, pero, ¿Por qué debía tener cuidado? Su advertencia disparó mis alertas y aumentó mis paranoias, cosa que, no era muy difícil de hacer, he de decir.

Quizás Lira se refería a que Alec era el típico tío que juega con las mujeres, aunque no lo parecía. Prefería pensar que se refería a eso, por mi bien…Podía lidiar con un capullo, no sería la primera vez, pero no con alguien «complicado» de verdad.

No era la primera vez que las ilusiones me habían llevado a romper incluso alguna relación estable por la promesa de algo que nunca ocurriría, pero en este caso ni siquiera había promesa, solo mi intuición que me decía que yo también le atraía. Habíamos tomado café, pero eso no era garantía de nada, ¿o sí? Los dos nos habíamos insinuado, y eso me hacía pensar que el sentimiento era mutuo. Esa sensación que reavivaba en mí me devolvió a la persona que una vez fui: segura de mí misma, contenta, alegre. Estaba cansada de la vida que había llevado desde hacía tanto tiempo, de esa tristeza que me había tenido asolada, de los recuerdos y los secretos... Pero lo cierto era que, desde que llegué, mi ansiedad había mejorado (aunque no desaparecido), y yo estaba convencida de que era gracias a él.

7. CERTEZA

Sentía las manos temblorosas y mis ojos solo veían sangre. Me miraba las manos y el cuchillo volvía a estar en ellas. Lo lancé al suelo con fuerza, y un grito aterrador emanó desde lo más profundo de mi estómago, saliendo con toda su fuerza para desvelar la verdad. Los segundos se agolpaban en el tiempo, y cada uno era más aterrador que el anterior. Uno, dos, tres… solo sentía terror.

Como muchas otras mañanas me levantaba sudorosa y con un grito ahogado en la garganta. Agradecía el sonido atronador del despertador que me había rescatado de mi infierno una vez más.

Las pesadillas se habían vuelto parte de mi vida desde… entonces.

Me levanté y me puse en marcha para dejar atrás esa sensación perturbadora que intentaba arrastrarme. No era la primera vez que me pasaba y no sería la última.

De camino al trabajo me crucé con Megan y, sin poder evitarlo, le pregunté—: ¿Hoy viene Alec? —a lo que me respondió—: Umm, creo que el cuadrante de turnos está en el programa informático, puedes consultarlo ahí, ¿Lo necesitas para algo?

En ese momento le quité importancia al asunto. Solo quería saber si lo vería ese día pero no me hizo falta mirar el cuadrante. Alec entró como un rayo por la puerta y chocó con nosotras, que acabábamos de llegar.

Se le cayeron varios papeles y fotos que recogió a una velocidad pasmosa. No nos dio tiempo ni a ayudarle.

—¡Por Dios! —Exclamó Megan, y añadió—: ¿¡Que forma de entrar es esa, niño!? —Alec se disculpó rápidamente mientras se

incorporaba del suelo y, llevando todos sus papeles desordenados en las manos, entró en el despacho de la policía cerrando la puerta tras de sí, sin mirarme ni una sola vez.

—Ahí lo tienes —mencionó Megan—. Esta más raro…

—Ya veo —coincidí.

Megan se encogió de hombros y me deseó un buen día mientras subía las escaleras que conducían a su despacho. Dejé de mirar la puerta de Alec y entré en el mío.

Pasé parte de la mañana pensando en él y en el motivo de su comportamiento. Me encontré a mí misma buscando una excusa para ir a su despacho, y la encontré en un informe que debía firmar.

Cuando estaba justo delante de su puerta, a punto de entrar, un escalofrío me recorrió el cuerpo y se paró en mi pecho, agarrándomelo en un puño. Los nervios me invadían, simplemente porque estaría sola con él en una habitación y eso me aceleraba el pulso y la respiración.

Abrí la puerta con determinación y lo encontré muy concentrado mirando la pantalla del ordenador. Al escuchar la puerta abrirse, levantó la mirada y, al verme, se enderezó. Noté cierta alarma en su rostro.

—¡Hola! —exclamó en un tono demasiado alto. Se levantó y derramó el café que tenía en el borde de la mesa.

—¡Joder! Seré torpe —farfulló, seguido de una retahíla de cosas que no pude escuchar porque las decía en voz muy baja.

—¡Vaya! No te preocupes, voy a por algo para limpiarlo—exclamé.

Salí a buscar un paño de limpieza, dejando sobre una silla el documento que debía firmar. Cuando regresé, él seguía de pie, y le acerqué el trapo para que se limpiara. Al estar más cerca, noté un nerviosismo mayor que antes.

—Joder, la que he liado —dijo sonriendo mientras se pasaba el paño por el pantalón.

—Bueno…no ha sido tan grave—sonreí. —La próxima vez tocaré a la puerta, prometido —caí en la cuenta de que no había tocado y quizás lo había sobresaltado.

—Eres como un entrenamiento personal para un policía, debería estar siempre alerta, al menos de servicio, así que no toques si no quieres.— Me miró intensamente mientras terminaba de decir esas palabras. Su boca dibujaba una media sonrisa que no había visto antes en él.

Me sonrojé más de lo que me hubiera gustado y le devolví la sonrisa. Quizás esos nervios que me dejaban sin fuerza simplemente significaban que me moría por Alec.

—Por cierto, tienes que firmar esto. —Recordé que mi excusa era un informe que debía firmar. Fui a buscar el documento a la silla donde lo había dejado, y al girarme, Alec estaba justo detrás de mí.

—¡Ah…! —exclamé sorprendida, ya que no esperaba que estuviera tan cerca ni que se hubiera acercado tan rápido.

—Es este informe —dije, en tono muy bajo. Muy pocos centímetros separaban nuestros rostros.

Cogió el documento rozando mis dedos, sin dejar de mirarme a los ojos, y yo no sabía qué hacer, pero tampoco podía apartar la mirada de los suyos. Se hizo un silencio que para mí fue eterno, aunque no en el mal sentido. Quizás no fue mucho tiempo, pero me hubiera quedado atrapada en ese instante el resto de mi vida. Posé mis ojos en sus labios, y era imposible que él no se hubiera dado cuenta porque los centímetros entre nosotros casi habían desaparecido. Me miró, primero a los ojos y luego, al igual que yo, a los labios.

Y entonces entró Pol.

—¡Ey! ¿La chica nueva, detenida o qué? —exclamó en tono de broma. Nos separamos instintivamente.

—Espero que no —sonreí con pocas ganas. No me hizo gracia imaginarme esa situación.

—Es una alegría entrar al despacho y ver otra cara que no sea la de este melón. —le tiró una magdalena a Alec y este soltó una carcajada. El sonido de su risa me produjo una sensación de alegría.

Esperaba que Pol no hubiera notado la situación tan íntima que se había creado entre ambos, no quería que mis compañeros pensaran que estaba ligando en horas de trabajo.

—Si quieres te dejo solo con el señor Brown y su tractor inmune a las multas. —Alec empezó a bromear con él y yo aproveché para despedirme fugazmente y salir del despacho más nerviosa si cabe que cuando entré.

¿Qué había pasado? ¿Me estaba montando una película o eso no era normal? Intentaba convencerme de lo contrario, pero acababa de quedarme claro que a Alec le atraía, al menos tanto como él a mí, y esta vez era algo más tangible que una intuición.

Volví a mi despacho y recibí a mi segunda cita del día. Los vecinos de Wislow eran amables y me gustaba colaborar en la mejora de sus vidas aunque solo fuera un poquito.

En un descanso llamé a mi hermana Samy para ponernos al día. La echaba de menos al igual que a mis padres, pero me reconfortaba recuperar mi vida o, al menos, recordar que podía tener una vida normal.

——————— ✧ ———————

—¡Ey, Jess! —me llamó Alec una mañana de frio, justo cuando iba a entrar por la puerta del ayuntamiento. Se acercaba rápido hacia mí.

Habían pasado unos días desde nuestro encuentro en su despacho.

—¡Hola! —lo saludé, girándome para verlo llegar hasta la puerta. Su sola presencia me alteraba, y me recorría un relámpago de nervios que me hacía necesitar cerrar los ojos.

—¿Cómo estás? No te veo desde la semana pasada —dijo.

—Bueno, alguien ha estado ocupado con las prácticas de tiro —le contesté sonriendo. Megan me había contado que a veces iban a la ciudad a hacer pruebas de tiro, y esa semana le había tocado a él.

—Oye, ¿No me habrás echado de menos? —dijo con tono burlón—. Cuando quieras, te llevo a mi lugar secreto y te enseño a disparar —me susurró en voz más baja.

—Pero es un secreto… no puedes desvelar la ubicación, o te detendré —me guiñó un ojo.

—¿Me detendrás? Vaya, quizás revele la ubicación entonces —solté, sin ningún tipo de filtro. Una seguridad inusual se había apoderado de mí y, por un momento, me había convertido en una mujer decidida que solo deseaba que Alec la mirara y capturar su atención, habiendo perdido incluso la vergüenza y la sensatez, al parecer.

Él me miró con unos ojos que no eran los mismos de antes. Parecía haberle sorprendido mi respuesta, pero también parecía haberle gustado.

—No quieras saber qué pasaría si no colaboras una vez detenida…

Nuestras caras se acercaron casi sin darme cuenta, y no parecía importarnos estar parados en la puerta del ayuntamiento, ya que ninguno de los dos detenía aquella conversación.

—Sé que te portarías bien —susurré.

—¿Estas segura? Eso depende de lo que consideres por «bien»…

De repente movió su mano para rozar la mía, y me mordí el labio inferior en un intento de frenar lo que tantas ganas tenia de hacer.

—No, no lo estoy. Pero tengo curiosidad por saber que pasaría. —Ya no tenía excusa. Me moría por Alec y deseaba tanto que me besara que las ganas me consumían.

—Yo también —dijo lentamente, mirando fijamente mis labios.

Su mano emprendió un viaje hacia mi rostro, acariciando mi labio inferior con su dedo pulgar, y nuestras bocas estaban a escasos cinco centímetros de distancia. Sentía su aliento en mis labios y el vaho que ambos desprendíamos por el frio que nos rodeaba aquella mañana. Me poseyó un impulso incontrolable de besarlo, y justo cuando estaba a punto de tomar la decisión de hacerlo, fuimos interrumpidos por un anciano con bastón que venía para presentar un documento.

—¿Se entra por aquí, verdad? —dijo el hombre, pasando entre nosotros dos sin tener ni la menor idea de lo que acababa de interrumpir. Parecía que acabábamos de salir de un trance, y posiblemente fuera así.

—¡Sí! Le acompaño —respondí, ofreciéndole mi ayuda con la puerta.

Entré con el anciano al interior del edificio.

Cuando giré la cabeza, Alec seguía observándome, agitado, con esa intensidad que me hacía estremecer al imaginar sus labios en los míos, y supe que estaba perdida.

8. EVIDENCIA

Desde aquel encuentro con Alec, nos veíamos mucho más. Si él salía de su despacho, yo intentaba salir también para cruzarme con él y poder hablar de cualquier cosa, y si yo salía, él hacía lo mismo. Era como el juego del gato y el ratón.

Estaba en mi despacho cuando escuché su puerta abrirse y el sonido que hacía al cerrarse, y me levanté de un salto.

Salí al recibidor del ayuntamiento, pero no lo veía por ningún lado. Fui hacia la puerta de un pequeño almacén de limpieza que había al lado de su despacho y me asomé, pero estaba oscuro y, lógicamente, no estaba allí.

—¿Buscándome? —La voz de Alec sonaba a mi espalda, y su aliento cálido rozaba mi cuello.

Me quedé parada por un momento, sorprendida y sin saber qué decir. Me giré con poca decisión y nuestros ojos se encontraron. La cercanía entre nosotros parecía llenar el aire de una tensión silenciosa.

—Pensé que… —empecé a decir, pero las palabras se enredaron en mi garganta al verlo acercarse un poco más—. Que ya te habías ido.

Él soltó una leve risa.

—No, solo necesitaba un respiro rápido. —Se apoyó contra la pared, mirándome con esa media sonrisa dibujada en el rostro.

—¿No esperarías encontrarme aquí? —dijo burlón.

—No, no esperaba… eso. —Me obligué a sonreír, aunque el gesto me salió un poco nervioso.

—¿Y qué esperabas? —preguntó con picardía. Estaba segura de que me había tendido una emboscada para pillarme así.

Alec me sostuvo la mirada por un momento más y luego, con un suave movimiento, se apartó un poco de la puerta y de mí, dándome espacio.

—Verte.

—Aquí me tienes. —Dijo, volviendo a acercar su cuerpo al mío.

Me puse tan nerviosa que sentí el calor de mi cuerpo subir hasta mis mejillas, como si se escapara por ellas. Lo aparté ligeramente, disculpándome, y me metí en mi despacho como una cobarde. Ni siquiera miré atrás para ver su reacción. ¿Qué me pasaba? Ni que tuviera quince años… pero lo cierto era que me había pillado buscándolo como una colegiala y con la guardia baja. Entonces, al tomar aire, lo supe: tenía ansiedad.

No era una novedad, mis pesadillas se habían vuelto constantes, mucho más frecuentes que antes, y eso me tenía preocupada, lo que hacía que la ansiedad no desapareciera, a pesar de haber mejorado. Pero esas pesadillas… me robaban la tranquilidad.

——————— ✧ ———————

Una mañana que no tenía citas, mientras realizaba un informe, Alec entró sin llamar en mi despacho. Parecía cabreado.

Lo miré, sorprendida, pero no encontré su sonrisa porque ni siquiera me devolvió la mirada. Tampoco me dirigió la palabra. No podía ser por mi espantada, porque habíamos hablado como si nada poco después. Bueno, hasta aquí llegó la fantasía idílica que me había montado, pensé. En el fondo, siempre parecía estar esperando que cualquier cosa que me hiciera feliz terminara por romperse.

Se dirigió hacia la puerta que había tras mi mesa e intentó abrirla.

Seguía sin mirarme y no lo hizo hasta que se dio cuenta de que necesitaba la llave que yo tenía para entrar.

—¿Buscas esto? —le dije, sujetando la llave con dos dedos.

—Dámela, necesito entrar —espetó.

—¿Se puede saber qué te pasa, borde? ¿Por qué necesitas entrar ahí con tanta urgencia? —le pregunté, poniéndome en pie. Lo miré con cierta expresión de extrañeza, ya que no entendía su actitud, nunca lo había visto así.

—Tengo que entrar, dámela. —Estiró la palma de la mano para que le diera la llave.

—¿Es una orden o qué?—mi tono se adaptó al suyo. Me crucé de brazos.

—¿Puedes abrir? —exigió claramente enfadado.

—Sí, claro que puedo —dije arqueando las cejas y mostrando con la expresión de mi rostro que no estaría de más un «por favor».

—¡por favor! —exclamó.

Me dispuse a abrir la puerta y al acercarme a él, su olor me inundó la nariz y la mente. Me dificultaba la concentración en cualquier cosa, a pesar de su deplorable actitud.

Lo notaba justo detrás de mí. De repente me sorprendió su contacto en mi cuello. Agarró mi cabello y lo apartó hacia un lado, dejando mi nuca al descubierto.

Fue entonces cuando me besó suavemente el hombro y luego el cuello, de una forma lenta y pausada. Y entonces, abrí la puerta del archivo casi por inercia.

Di un paso delante, adentrándome en la estancia oscura.

Mis manos buscaban a tientas la luz, pero Alec me lo impidió.

—No, no te muevas.

Cerró la puerta del archivo tras nosotros, y una oleada de inquietud—o quizás de anticipación—me recorrió el cuerpo. La oscuridad nos envolvía, cargada de algo eléctrico, y el deseo de girarme y encontrar su mirada se volvió casi insoportable.

—¿Qué haces? —pregunté inquieta.

—Necesito comprobar algo —su tono seguía siendo serio.

—¿Y se supone que te he hecho algo? Porque vaya carácter… tengo cosas que hacer —dije totalmente nerviosa.

Empecé a girarme para salir de allí; la tensión que me recorría el cuerpo se había vuelto casi palpable. Pero antes de que pudiera dar un paso, Alec aprovechó mi movimiento y me atrajo hacia él, sujetándome con firmeza contra su pecho. Y entonces, me besó.

Fue un beso cálido, cargado de intención. Sentir por fin su boca en la mía me dejó en un estado casi de éxtasis, con la sensación de no recordar ni siquiera mi nombre.

Me quedé petrificada por unos segundos, pero mi cuerpo respondió instintivamente, y le devolví el beso con un ímpetu irracional. Nuestras lenguas se buscaban con ansia, y nuestras caras giraban de un lado a otro y yo solo podía aferrarme a su rostro y a su cuello. Y sin más, después de un par de minutos increíbles, se separó de mí.

—Tengo que irme, Jess —soltó.

Mi cara debía ser un poema porque no entendía nada.

—Eh… bueno, espero que hayas comprobado lo que necesitabas —mi respuesta fue seca. Lo aparté con la mano y me dispuse a salir.

Al pasar junto a él, me agarró del brazo, frenándome.

—Lo he hecho, pero no sé si soportaré el resultado —me susurró al oído.

Y salió antes que yo de la sala del archivo, dejándome ahí plantada con una cara de tonta impresionante.

¿A que jugaba? No conseguía entender a este hombre que me traía de cabeza y que no podía sacar de mi mente.

A pesar de todo, una pequeña Jess, oculta en lo más profundo de mí, daba saltos de alegría como una loca. Porque Alec, al fin, me

había besado.

9. VULNERABLE

Aproveché el fin de semana para arreglar el jardín y el césped de la casa de tía Helen. Quería que se viera bonito, y después hice un poco de limpieza en la casa. Cuando paré para comer, mi hermana Samy me llamó por videollamada.

Estuvimos poniéndonos al día. Me contó sobre su trabajo; siendo veterinaria, siempre tenía alguna anécdota entrañable sobre un animalito que conseguía sacarme una sonrisa. Me encantaba escucharla. También me actualizó sobre su vida amorosa; resultaba que Marcus ahora le estaba tirando la caña a ella, nos estuvimos riendo un rato de la situación. No quise hablarle aún sobre Alec porque las cosas entre nosotros estaban raras y a lo mejor ya no tenía nada que contar. La echaba de menos. Estaba preocupada por si me encontraba mal, pero le aseguré que todo estaba bien, y era cierto, al menos en ese momento. Me hizo prometerle que la llamaría si empezaba a tener ansiedad, pero en el fondo sabía que no la molestaría con eso. Estaba lejos y no podía hacer nada más que preocuparse.

Pasé gran parte del día pensando en Alec. Me notaba intranquila por el sentimiento de deseo que despertaba en mí. Me hacía sentir demasiado vulnerable ante una situación que no podía controlar. No sabía si Alec se estaba convirtiendo en una llave hacia la felicidad o si estaba desenterrando lentamente una soga que terminaría en mi cuello. No me gustaba el cambio tan radical de actitud que tuvo la última vez que lo vi, y eso me escamaba…

Aquella noche, como muchas otras, el insomnio no me dejaba dormir. A veces, era peor que las pesadillas, ya que eran los recuerdos los que me impedían conciliar el sueño. Prefería estar dormida y tener pesadillas a tenerlas igualmente despierta. La

ansiedad hacía acto de presencia en esos momentos y, si no la controlaba, venía una crisis. Y esa noche, como tantas, la crisis fue inevitable. Empecé a ahogarme cada vez más. Sentía una opresión en el pecho, me faltaba el aire y el miedo me estaba conquistando por momentos. No sabía qué hacer aparte de tomarme la medicación. La ansiedad me atemorizaba, me hacía pensar que mi cuerpo me estaba fallando, que moriría de un ataque al corazón o que me desmayaría, aunque eso nunca ocurría. Pero mi mente no lo sabía, no en esos momentos.

Bajé las escaleras y abrí la ventana del salón. El invierno ya había llegado, y el aire helador entró desde la calle, pero ni siquiera el frío logró aliviar la sensación de pánico. Solía ayudarme… pero esta vez no. Fui a por la medicación y me tomé una pastilla.

Me acerqué a la puerta principal, la abrí y me senté en uno de los escalones del porche, justo en la entrada de la casa.

Comencé a respirar profundamente, al menos hasta donde la ansiedad me permitía, esperando a que la pastilla me hiciera efecto, y las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas. Era buena señal, siempre que rompía a llorar, luego me sentía mejor. Hacía mucho que la ansiedad no me provocaba el llanto; antes de venir a Wislow, lo que me producía era más bien apatía.

Eran las dos de la mañana, lo que me daba la tranquilidad de saber que nadie me vería ni pensaría que estaba medio loca. Porque no lo estaba… claro. Además, odiaba que alguien me viera en ese estado, pero necesitaba el aire fresco.

Apoyé la cabeza en la barandilla de la escalera del porche y lloré en silencio. Cerré los ojos y esperé a que pasara, tratando de alejar los pensamientos que me torturaban desde hacía tanto tiempo que casi ni recordaba lo que era no tenerlos.

Pasó un tiempo, aunque no sabría determinar cuánto, y un sonido me sacó del pequeño trance en el que había entrado entre respiración y respiración. Al abrir los ojos, vi a Alec bajando del

coche de policía y corriendo hacia mí a través del camino de baldosas que llevaba hasta la casa.

—¡Jess! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —exclamó con expresión realmente preocupada una vez que llegó hasta mí. Se agachó a mi lado y me cogió la cara.

—¿Qué haces aquí con el frio que hace? —Me limpió las lágrimas que aún me quedaban en las mejillas con sus pulgares y me levantó la cara para que lo mirara.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté como si fuera algo que no estuviera sucediendo.

—Patrullar, me toca noche. —Seguía con expresión preocupada.

—¿Y has pasado por mi casa? —pregunté absorta.

—Paso por todo el pueblo, tu casa está en el pueblo —dijo en tono serio, sin dejar de observarme con el ceño fruncido.

—Ah… creía que… bueno, nada —titubeé, sin saber cómo justificar que creía que había pasado por mi casa a propósito.

—Paso más a menudo que antes por aquí, sí —confesó, bajando la mirada.

—Venga levántate, cuéntame que ha pasado —insistió.

Me levantó del escalón y entramos dentro. No había notado el frio que hacia hasta que entré de nuevo en la casa.

—No pasa nada, Alec, estaba algo agobiada y necesitaba tomar el aire.

—Cuando alguien se agobia, toma el aire, pero no llora en la calle a las dos de la mañana, Jess… —me miró con una ceja levantada.

—Bueno… no estaba en la calle propiamente dicho, estaba en el porche —dije, cambiando de tema.

—Venga, dime que pasa —insistió.

—Nada, es solo que mis agobios son… distintos. Digamos que, a ver, no suelo contarle esto a la gente, pero sufro de ansiedad y a veces me dan crisis. Estaba teniendo una, eso es todo —expliqué rápidamente, como si no fuera gran cosa, para no generar en él pena o quizás rechazo.

—No pasa nada, si vuelve a pasarte, llámame. No tienes que estar sola, ¿me oyes? ¿Desde cuándo te pasa?

Su pregunta me hizo torcer el gesto. No quería contestar a eso.

—Hace un tiempo —dije sin más, girándome para entrar en el salón, al calor de la estancia.

Su respuesta me sorprendió gratamente, aunque no tanto su última pregunta. Sabía perfectamente desde cuándo me daban esos ataques, pero no pensaba decírselo.

Se acercó y cogió mi mano. El silencio se instaló entre nosotros, tenso, cargado de algo que no lograba descifrar. Podía sentir cómo luchaba consigo mismo, debatiéndose entre decirme algo o callarlo.

—Jess, quizás no es el mejor momento, pero venía totalmente decidido a decirte algo y no quiero irme sin que lo sepas —me miró fijamente.

—Estoy loco por ti —dijo en un susurro, como si intentara esconder su confesión en la suavidad de su voz.

Lo miré sin apenas parpadear mientras se pasaba las manos por su pelo despeinado. Su rostro se llenó de algo parecido a la incertidumbre.

—Alec... —no sabía exactamente qué decir. La verdad es que yo también estaba loca por él, pero el miedo a que me hiciera daño estaba ahí, aunque en ese preciso momento no lo consideraba tan importante como el deseo abrumador de besarlo.

Él se acercó aún más y sujetó mi rostro entre sus manos.

—Sé que sientes lo mismo. Lo supe en el archivo.

Su nariz estaba rozando la mía y mi fuerza de voluntad estaba llegando a límites por los que nunca había paseado.

Pero estaba desconcertada. Había tenido una actitud rarísima que me había hecho desconfiar, y ahora volvía a ser él, pero a la vez algo parecía atormentarlo.

Me daba la sensación de que no sabía qué actitud escoger cuando estaba conmigo.

Suspiré y pasé mis manos por su cuello, tocando con mis dedos su pelo y su nuca.

—No quiero impedir más esto. No puedo —susurró.

—¿Impedir? ¿Quién te lo impide? —pregunté casi sin voz.

No contestó, simplemente me apretó contra su cuerpo con fuerza. Pensé fugazmente en qué motivo tendría para querer impedir lo que sentíamos, pero mis ganas de estar con él estaban ganando a los miedos que pudieran asaltarme.

Me puse de puntillas para alcanzar su boca, y al mismo tiempo él me levantó.

Nos besamos como si fuera inevitable, como si al no besarnos estuviéramos cometiendo un pecado. Su fuerza me empujó contra la pared más cercana, y ambos nos hicimos prisioneros de ese momento. No podíamos parar… y tampoco queríamos.

—No sabes las ganas que tenía de hacer esto…—me susurró al oído mientras yo gemía por sus besos.

Tras decir eso, noté como algo cambiaba en su semblante, como si de repente se hubiera acordado de algo muy importante.

Sus besos fueron parando lentamente, y finalmente apoyó su frente en la mía.

—¿Qué pasa? —le pregunté agitada.

Se separó de mí y apoyó su brazo junto a mi cabeza, en la pared.

—Tengo que irme, Jess.

Me acarició la cara, pasando su pulgar por mi labio inferior, un gesto que ya había hecho antes y que a mí me encantaba y, sin más, se fue, dejándome con la sensación de haber vivido algo irreal.

Puede que nunca antes me hubiera sentido tan confundida como en ese momento, pero si existía en mi alguna duda sobre lo que estaba empezando a sentir por Alec, o él por mí, esa noche desapareció por completo, dejando también muy claro que algo estaba atormentándolo, y no tenía ni idea de qué se trataba.

10. PESADILLA

Habían transcurrido dos meses desde mi llegada a Wislow y para mí habían parecido dos semanas. Cada día estaba más a gusto en mi trabajo y en el pueblo. Lira se había convertido en una buena amiga y sentía que estaba encajando en el lugar que me correspondía. Lo único que me quitaba el sueño, aparte de mis pesadillas, era Alec.

Desde la noche en la que nos encontramos durante mi crisis, noté un cambio en su actitud hacia mí. Todos esos encuentros en los pasillos, la manera en que nos buscábamos, las miradas… habían parado sin más, y yo no pensaba buscarlo si él ya había decidido que no quería nada más de mí. Ni siquiera tenía derecho a pedirle una explicación, aunque sí tenía derecho a enfadarme, mucho.

¿Qué diablos le pasaba a este tío? No tenía ni idea de qué había causado su cambio de actitud, pero me tenía totalmente desconcertada y, aunque no quisiera admitirlo, obsesionada. Odiaba sentirme así.

También había dejado de quedarse los viernes a tomar unas cervezas con los compañeros, algo que se había convertido en costumbre y que a mí me encantaba.

Un viernes, al terminar de trabajar, nos encontrábamos en la entrada del ayuntamiento, esperando a los rezagados para ir al bar de enfrente donde ya éramos clientes habituales. Alec acababa de pasar entre nosotros con una leve despedida, casi inaudible, cuando Lira lo llamó con voz insistente. Él hizo caso omiso y, como los dos últimos viernes, se disponía a irse, pasando de todos. Así es, llevaba dos semanas evitándome de un modo muy descarado. Y, la verdad, estaba muy cabreada.

—¡Alec! ¿Hoy tampoco? ¡Sosooo! —le gritó Lira mientras este se dirigía hacia su moto.

Él se giró y sonrió sin ganas, diciendo lo mismo que decía últimamente a todas horas—: Estoy liado, a la próxima. —Se estaba poniendo el casco y sin pensarlo solté—: Eso dices siempre.

No habíamos cruzado palabra desde que me besó en mi casa.

Se paró en seco, sin llegar a ponerse el casco, y se giró lentamente hasta que encontró mis ojos con la mirada. Me estremecí. Llevaba sin mirarme dos malditas semanas.

—¿Ah, sí? —dijo muy serio.

—Sí —contesté igual de seria. Entonces, Pol soltó una carcajada y nos miró.

—Vaya, amigo… te reclaman por aquí —dijo en tono burlón.

—No digo que se tenga que quedar —espeté, volviendo a mi conversación con Megan y Maybel.

Alec se puso el casco en el codo y volvió a dejar la moto estacionada.

—Me tomaré una rápida —dijo, como si nos estuviera haciendo un favor a todos.

Los demás vitorearon y le gastaron bromas, y en ese momento, Alec sonrió como el primer día y me miró, manteniendo esa sonrisa. Sentí que me había perdonado por aquello que yo supuestamente le había hecho y de lo que no tenía ni idea, aunque mi enfado seguía latente.

Los viernes empezábamos la cerveza con todos, pero al final siempre quedábamos Lira, Pol, Alec y yo… o al menos así era antes de que Alec empezara a evitarnos. Nunca queríamos irnos, para desgracia de los camareros. Nos encantaba charlar de todo un poco y pasar un buen rato juntos.

Pol intentó sonsacarle a Alec, sin éxito, el porqué de sus ausencias y a qué se debía estar tan ocupado últimamente. Me interesaba saberlo, pero Alec solo contestaba con evasivas.

En un momento dado, Pol salió a hablar por teléfono y Lira fue al baño. Me puse nerviosa al instante. No sabía qué decir. Nos separaba poco menos de un metro de distancia. Alec miraba su vaso, sentado en una silla, y yo miraba mis zapatos, de pie junto a la barra.

—Hoy hace buen día —dije, con la esperanza de romper ese silencio tan incómodo. Sabía que la frase era un asco pero no se me ocurría otra cosa.

Habíamos cruzado un par de frases en conversaciones de los demás y ya está.

—¿En serio? —dijo Alec—. ¿Me vas a hablar del tiempo?

Me quedé helada. ¿Qué quería? Llevaba evitándome dos semanas, ¿y ahora me decía eso a mí?

—¿Y de qué quieres hablar? ¿Quizás de por qué te estás comportando como un capullo desde hace dos semanas? ¿O de eso tan grave que te he hecho para que ni siquiera me hayas mirado a la cara desde…? Bueno. —Lo miré, enfadada. Él sabía perfectamente a qué momento me refería.

—Sé que he sido un capullo, pero tú no me has hecho nada.

No me esperaba que fuera tan directo; quizás las cervezas lo habían empujado a decir lo que realmente pensaba. En cualquier caso, yo quería respuestas… y las iba a conseguir.

—Pues sí, lo has sido, ¿Podrías iluminarme con algún motivo? —espeté.

—No puedo, al menos no todavía, y no creas que eso lo hace más fácil.

—¿Que no puedes? Mira, sé que no tengo derecho a exigirte nada, pero… —Un cúmulo de rabia empezaba a crecer en mi

estómago.

—Alec, no eres mejor que cualquier otro tío. Me has utilizado y ahora me tienes que ver a diario y no te apetece. Es simple —solté, dándole un trago enorme a la cerveza al terminar de hablar. Me invadió un gran alivio al expulsar esas palabras, y es que realmente lo sentía así.

Alec intentó hablar pero no lo dejé.

—Tranquilo, no tienes que intentar buscar una excusa absurda. No hay nada de qué hablar ni tampoco nada entre nosotros, a excepción de dos besos y, además… —Yo seguía hablando cuando me interrumpió.

—Jess, siento algo por ti, y me está costando mucho luchar contra eso. Me cuesta mucho más porque sé que no puedo hacer nada por ahora. —Alec se levantó de la silla que ocupaba y se puso frente a mí.

—Me cuesta cuando te veo entrar por la puerta cada día más preciosa. Me cuesta cuando escucho tu risa en el pasillo o cuando te veo ayudar a los que te necesitan con esa luz que desprendes —continuó, y prosiguió—. Me cuesta porque estoy sintiendo algo que no debería sentir y no quiero complicarnos la vida.

Al terminar de hablar, su mirada se clavó en mí como una puñalada. Se acercó y, con un gesto suave, me retiró un mechón de pelo, colocándolo tras mi oreja. Su contacto me hizo cerrar los ojos.

Me había herido de gravedad, porque yo sentía exactamente lo mismo y sabía que tampoco podía luchar contra ello, por más que intentara convencerme de lo contrario. Sus palabras me dañaron y, al mismo tiempo, me sanaron, como una brisa cálida en verano después de salir del mar. Las había esperado con ansia, pero algo en ellas lo enturbiaba todo. ¿El qué? ¿Por qué estar juntos iba a complicarnos la vida?

Mil pensamientos se agolpaban en mi cabeza, pero ninguna respuesta me parecía la correcta. De cualquier forma, dio igual,

porque Pol y Lira venían hacia nosotros y, de pronto, la burbuja de intimidad que nos envolvía se rompió como una pompa de jabón flotando en el aire.

Pasé el día siguiente reflexionando sobre todo lo que Alec me había dicho. Me resultaba extraña su certeza, esa convicción de que no había nada que hacer, como si todo estuviera perdido antes siquiera de intentarlo. No podía engañarme: él sabía que yo sentía algo por él, aunque no hubiera podido decírselo.

Entonces, ¿por qué renunciar sin siquiera intentarlo? ¿Qué lo frenaba? ¿Tenía pareja? Era lo único en lo que podía pensar… tenía pareja.

Los pensamientos negativos comenzaron a susurrarme respuestas que no quería escuchar.

Desde que tuvimos esa conversación, me daba la sensación de que la tensión entre nosotros iba disminuyendo poco a poco, aunque también había algo pendiente entre los dos. Cuando nos cruzábamos, parecía que teníamos algo en la punta de la lengua, pero nunca lo decíamos, simplemente lo dejábamos pasar. Pero yo no me sacaba de la mente sus palabras, "siento algo por ti"... ¿Cómo podíamos seguir así?

Una noche, a las pocas semanas de haber hablado, me desperté bruscamente tras tener una pesadilla. La misma que revivía desde hacía un año.

Me desperté llevándome las manos al pecho y sollozando. Aún podía ver la sangre en las paredes cuando parpadeaba...

Inmediatamente le envié un mensaje a mi terapeuta para vernos al día siguiente, y luego llamé a Nick.

11. CONTROL

Como siempre, saltó su buzón de voz.

—Nick, soy Jess. He vuelto a tener esa pesadilla... Solo quería hablar contigo, te necesito. Joder, te echo de menos... Adiós.

Me recosté de nuevo en la cama intentando controlar la ansiedad, y debí conseguirlo porque me dormí.

A la día siguiente, durante la sesión con mi terapeuta, volvimos a recordar los pasos que debe dar una persona con shock postraumático y tuvimos que indicarle a mi mente el camino correcto, otra vez.

Rachel, mi terapeuta, me preguntó por Nick, pero obvié mencionarle que le había dejado un mensaje la noche anterior, ya que eso supondría admitir que las cosas no iban tan bien como yo le contaba. Estaba bien, no quería volver a escuchar las mismas cosas una y otra vez.

Al colgar la videollamada con Rachel, me propuse centrarme en lo importante: mi trabajo y mi vida, nada más. Quería ir a trabajar y regresar a casa. Menos quedadas después del trabajo y cero excusas para ver a Alec.

No quería que él fuera la razón por la que me encantaba ir a trabajar; a pesar de su distanciamiento, no podía negar que, solo con verlo, me cambiaba el humor para bien.

Ese mismo día, me vestí de forma muy casual, como habría hecho en cualquier otra circunstancia. Nada de faldas ni camisas. Necesitaba concentrar todos mis esfuerzos en no arruinar mis avances, y Alec, a pesar de aparecer como un bálsamo, se estaba convirtiendo en un tormento.

Entré por la puerta del ayuntamiento con la cabeza alta, sin mirar atrás al pasar por su puerta. Aunque no pude verlo, sabía que me estaba observando. Siempre le sonreía cuando llegaba a la altura de su despacho, incluso cuando había estado tan distante, pero Alec estaba ocultándome algo importante, y si eso no cambiaba, no tendría un lugar en mi vida.

Comencé a trabajar y pronto noté cómo el nudo en mi estómago se aflojaba, aunque muy lentamente. No había aparecido, y esperaba que siguiera así el resto del día. No quería poner a prueba mi determinación, pues ni siquiera yo estaba segura de mí misma.

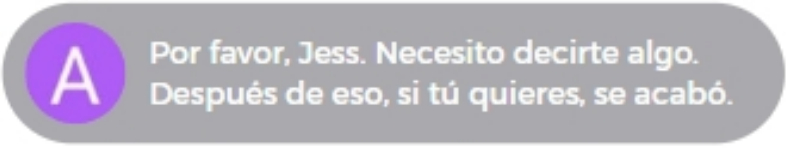
Y justo cuando faltaba media hora para salir, me escribió.





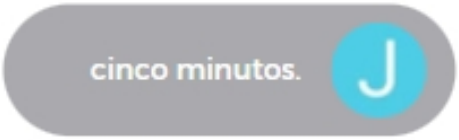
¿Que? ¿Ahora se ponía misterioso? No podía ir, había tomado una decisión ¿no?





No sabía qué quería decirme. Ya me había dicho suficiente, y yo estaba hecha un lío. Alec no era claro, al menos no lo suficiente, y yo… yo no quería incertidumbre en mi vida. Al principio lo vi como una oportunidad para empezar de cero, para ser feliz, pero esto empezaba a parecerse a un naufragio. Y si no quería hundirme,

necesitaba un salvavidas que no estuviera pinchado… y no parecía ser su caso.



Iba con la intención de zanjar el asunto y, quizá, de sacarle eso que no se atrevía a decir.

Al terminar mi última cita, recogí nerviosa y salí en busca de mi tormento particular, hecha un flan. Rodeé el edificio según sus indicaciones, encontrando la puerta a la que se refería. Era una puerta muy antigua de madera en mal estado, y la verdad es que no podía imaginar qué había detrás de ella. Estaba bastante oculta, ya que la parte posterior del edificio daba a un terreno abandonado, lleno de malas hierbas.

Me quedé ahí parada unos minutos. No me atrevía a tocar la puerta, pero de repente esta se abrió. Me giré sorprendida y allí estaba Alec, odiosamente guapo.

—Pasa —susurró en voz baja.

—¿Qué es este lugar? —pregunté, desconcertada, mientras miraba a ambos lados. La puerta se cerró detrás de mí. La penumbra en la sala impedía ver más allá de mis propios pasos, ya que mis ojos aún se estaban adaptando a la oscuridad tras la luz del sol.

—Es un lugar secreto —respondió Alec, enigmático.

Aunque apenas podía distinguir su rostro, sabía que tenía una media sonrisa dibujada.

—Esto parece un archivo antiguo, ¿no? —pregunté.

—Así es. Solía ser la entrada principal del archivo municipal, que antes estaba aquí. Pero después lo trasladaron, y este espacio quedó como archivo del ayuntamiento durante muchos años. Limita con la sala detrás de tu escritorio. Los archivos y libros más antiguos aún

se encuentran aquí. Tras la restauración del edificio, nadie pareció reparar en esta sala; de hecho, ni siquiera creo que recuerden que existe —explicó Alec.

—¿Dices que conecta con mi despacho? —estaba alucinando.

—Sí, mira allí —señaló con el dedo a otra puerta al fondo de la sala, que no era muy grande.

—Allí termina el actual archivo, este está justo detrás. Se entra por detrás de una de las estanterías del archivo principal —dijo muy serio.

—Joder, ¿cómo has descubierto esto? Pareces el típico policía de una novela de misterio cutre —solté. En mi mente sonaba mejor que en voz alta.

—¿Me llamas cutre? Pues que sepas que esto impresionaría a cualquiera, y lo descubrí haciendo guardias nocturnas, son muy aburridas —parecía algo ofendido, pero no en serio.

—Bueno, impresionante sí que es —dije, mirándolo fijamente.

—¿Qué tenías que decirme? —necesitaba ir al grano. Me desmoronaba con cada segundo que pasaba cerca de él. En la oscuridad que nos rodeaba, mis ojos comenzaban a esclarecer su cuerpo y su cara, y me veía cada vez más incapaz de mantenerme firme en mi decisión.

Alec se acercó a una estantería y pasó la mano por los lomos de una fila de libros antiguos.

—Sé lo que me habrías dicho si Pol y Lira no nos hubiesen interrumpido —afirmó con total convicción.

—No puedes saberlo porque no lo dije. —Mi respuesta se perdió en el aire, como si nunca la hubiera dicho, como el desvanecimiento de un atardecer sobre una montaña. Prácticamente pasando desapercibido, y Alec prosiguió.

—Lo sé, lo veo en tus ojos. No necesito que lo digas en voz alta. —No me miraba mientras hablaba, parecía buscar algo en la

estantería.

—Alec, quizás si no tuve la oportunidad de decir nada, es porque así tenía que ser. No te conozco bien y, aunque siento que hay algo entre nosotros, también sé que no eres del todo sincero. Tal vez no estés libre, o yo qué sé, pero no quiero pasarlo mal ni ser el segundo plato de nadie. —Decirle todo eso sin mirarlo a la cara me resultaba mucho más fácil.

—¿Y si te equivocas? —Entonces, cogió un libro de la estantería y lo abrió.

—¿Conoces la historia de Psique y Cupido? —me preguntó.

—Sí, pero Alec, escúchame… —Me costaba horrores encontrar las palabras que debía decirle porque no quería decirlas.

—Creo que nosotros somos Psique. Somos la racionalidad. —Se giró y acerté a ver el nombre de Psique escrito en el libro que había cogido.

—Eres la racionalidad, yo también intento serlo, pero Jess, no quiero luchar más contra eso, me tiene exhausto. —Se acercó a mí y me dio el libro.

—Ve a la página treinta y dos. —estiró su brazo dándome el libro. Al cogerlo, nuestros dedos se entrelazaron y me atrajo hacia él con fuerza. —Lee el primer párrafo —me susurró tan cerca de mi cara que pude sentir el calor de su aliento en mi mejilla y el olor de su piel me invadió la mente, haciendo que casi perdiera la compostura.

Con un trabajo de autocontrol inmenso, abrí el libro por la página que me había dicho y leí:

Cupido representa el amor, Psique la racionalidad y el control, sin embargo el amor de ambos es tan fuerte que su leyenda se ha convertido en el tormento de millones de personas a lo largo de los años, el amor pasional, el amor irracional.

Justo debajo de ese texto había una imagen de la escultura de Psique y Cupido que se encuentra en el Louvre de París, y bajo la imagen escrito a mano citaba:

La pasión salvando al pensamiento, ese instante en que el amor doblega a la razón y dejas de pensar para entregarte por completo a sentir.

—Eso eres tú para mí. Ya no veo la razón por ninguna parte, solo te veo a ti. —Alec acabó con la poca distancia que quedaba entre nosotros, me agarró por la nuca y me acercó a su boca con una fiereza animal, con la necesidad que solo podrían tener los sedientos o aquellos a los que les falta el aire.

El libro se cayó de mis manos, que solo me suplicaban su contacto. Respondí con la misma urgencia, porque realmente lo necesitaba. Agarré su cara, su cuello, su pelo, y lo acerqué a mí mientras él también me atraía hacia su cuerpo. Parecía que estábamos bailando o peleando, o tal vez ambas cosas, pero detenernos era imposible.

Me levantó del suelo sosteniéndome por los muslos y me llevó hasta una mesa destartalada que presidía el centro de la pequeña habitación. Sus manos empezaron a quitarme la ropa sin dejar de besar cada centímetro de mi cuello. Desabroché su camisa con tanta fuerza que rompí uno de los botones, y cuando vi su torso desnudo frente a mí, sentí que me faltaba la respiración. Era perfecto, y me moría por hacerlo mío. Éramos como dos imanes, inevitable. Y dejamos de ser nosotros para ser uno. La razón desapareció por completo, junto con cualquier cosa que pudiera frenarnos. No existía nada más que él y yo, y esa habitación repleta de libros.

No decíamos nada, solo nos mirábamos a los ojos mientras nuestros cuerpos hablaban por nosotros. Sus manos recorriendo mi cuerpo me hacían estremecer, y tenerlo dentro de mí finalmente me hizo explotar de placer. Contemplar su cuerpo, ver cómo me hacía suya, era algo que me extrapolaba al cielo y me hacía sentir indómita. Para mí, fue algo extrasensorial, quizás por saber que no

podía luchar contra lo que sentía, por saber que la decisión ya estaba tomada, por todo lo que me había dicho y por lo que no decía, o porque simplemente fue la mejor experiencia de mi vida.

Cuando paramos, solo podía escuchar su respiración agitada junto a mi oído.

Se recostó suavemente sobre mí y susurró, casi en un suspiro: —Perdóname.

No entendí por qué se disculpaba. Quizás porque sabía que me tenía completamente confundida, aunque, en ese momento, no habría entendido nada, por mucho que intentara explicármelo. Solo podía sentir, dentro de mí, cómo explotaba una bomba, una que se había activado el día en que lo vi por primera vez y que no había sido capaz de desactivar.

12. DESCONOCIDO

—¡Alec, por favor! —exclamé bajito cuando, al salir del baño que estaba al lado de mi despacho me topé con el de frente. Se pegaba a mí para llevarme a la puerta de enfrente, al almacén de la limpieza. Normalmente, en esa misma zona, la gente del pueblo esperaba para entrar y hacer sus trámites. Afortunadamente, en ese momento no había nadie.

—No podía esperar ni un segundo más para besarte —susurró mientras me deshacía entre sus besos, avanzando él y retrocediendo yo hasta llegar al fondo del pequeño almacén.

Cuando mi espalda tocó la pared y sus manos tomaron mi cintura, solo había un pensamiento que inundaba mi cabeza: «hazme tuya».

—Alec, nos van a pillar… —Sabía que era posible que nos vieran, pero mi voz no sonaba muy convincente. Nada de lo que dijera podía parecer convincente si él seguía besándome así.

—Me da igual —susurró con su boca pegada a mi cuello. Y sabía que era cierto, podía notarlo en su actitud. La verdad era que a mí también me daba igual, pero la alarma de «irresponsable» me taladraba la cabeza. Había asumido que, fuera lo que fuera aquello que atormentaba a Alec, ya no era un problema. Me había aferrado a la versión que más me convenía, la que me evitaba pensar que, quizás, solo quizás, estaba dejando que el corazón volviera a tomar el control sobre la razón una vez más.

—Ya, pero a mí no, loco. —Lo aparté ligeramente para mirarlo a los ojos utilizando toda mi fuerza de voluntad.

—Dios mío, eres preciosa. —Su mirada penetraba mis pupilas y su expresión dejaba claro que en ese momento no había nada más

que él quisiera mirar que no fuera yo.

Nos separamos, o al menos yo, zafándome de entre sus brazos, y me asomé por la puerta para ver si venía alguien.

Volví hasta él para darle un beso fugaz en los labios.

—Luego nos vemos. —Le sonreí y le guiñé un ojo. Él se apoyó en la pared como si le acabaran de disparar una flecha en el corazón, llevando sus manos al pecho, y yo me reí.

Nos habíamos convertido en un secreto escrito en el aire que cualquiera con ojos podía descubrir tranquilamente. Yo sabía que me había enamorado irremediablemente de él, aunque me aterraba la mera idea de admitirlo. Me asustaba sentirme tan vulnerable y, a la vez, me moría por rendirme a lo que sentía.

Habíamos quedado en mi casa esa noche.

Ese día, al regresar del trabajo, sentí la urgente necesidad de hablar con Nick. Sabía que no me respondería al mensaje que le había enviado, pero aun así decidí dejarle otro contándole todo lo que me estaba sucediendo.

Echaba tanto de menos a mi mejor amigo… Nick y yo nos conocimos en la universidad, y desde el principio establecimos una conexión difícil de encontrar. Él me entendía, y era reconfortante saber que podía contar con él… o al menos, solía poder hacerlo. Ahora, las cosas eran distintas.

Cuando comenzó a oscurecer, cogí mi móvil para enviarle un mensaje a Alec, pero en ese preciso momento fui yo quien recibió un mensaje de un remitente desconocido.



Tiré el móvil como si quemara, y este rebotó en el suelo, quedando con la pantalla hacia abajo. El pulso se me aceleró tanto

que por un momento pensé que iba a desmayarme.

Lo miré con aprensión, como si debajo de él se ocultara un enjambre de avispas, esperando a que lo levantara para atacarme sin piedad.

¿Qué acababa de pasar? ¿Quién me había mandado ese mensaje? ¿Cómo lo sabía? o mejor dicho, ¿Cuánto sabia?

Mi mente iba de un pensamiento a otro, de un recuerdo a otro. No debía hacer caso de algo así, ¿no?

Si estaban intentando asustarme o amenazarme, al menos podían dar la cara y no esconderse tras un número desconocido.

Decidí decirle a Alec que me encontraba mal y aplazar nuestra cita. Mi cabeza no podía pensar en otra cosa que no fuera ese mensaje. Necesitaba hablar con alguien que me entendiera, así que llamé a mi hermana y se lo conté. Ella intentó tranquilizarme y restarle importancia al asunto, aunque no pude evitar notar cómo escondía la preocupación en su voz. Ya fuera verdad o no, sus palabras de aliento me dejaron más tranquila y me permitieron dormir, pero no librarme de las pesadillas... una noche más.

Me desperté por la mañana con una leve inquietud por lo sucedido la noche anterior, aunque decidí no darle demasiado espacio en mi mente. No podía permitir que me desestabilizara; después de todo, tenía mucho trabajo de terapia a mis espaldas. La verdad era que solo quería volver a ver a Alec y perderme en lo que me hacía sentir.

Estaba en mi despacho cuando Lira me llamó para que le echara una mano con un informe. Habíamos hecho muy buenas migas y solíamos desayunar juntas a menudo. Me había percatado de la buena relación que mantenía con Alec y eso me gustaba, sobre todo porque tenía a quien preguntarle cosas sobre él.

Una mañana, mientras tomábamos un café, me preguntó sin rodeos: —¿Estas con Alec verdad? —Me sonrió y luego le dio un sorbo a su café.

Estaba casi segura de que Lira sabía lo nuestro, era muy lista y muy observadora.

—Umm, no… —Me reí falsamente, dejando claro que la respuesta correcta era lo contrario a lo que había dicho.

Ella me miró arqueando una ceja y sonrió, siguiéndome el rollo, pero yo sabía que no había engañado a nadie. Además, era la segunda vez que me lo preguntaba.

—¿Qué te parece si esta noche nos vamos a tomar algo? —me sonrió de oreja a oreja.

—¡Claro, me apunto! —le respondí con la misma sonrisa. La verdad es que necesitaba un poco de fiesta y divertirme sin pensar en nada más que no fuera una copa y una amiga; necesitaba desconectar de esa sensación que me había dejado aquel mensaje y que no se iba.

A pesar de no sacarme a Alec del pensamiento y de querer estar con él a todas horas, quería preservar mi espacio porque me conocía muy bien, no quería perderme en mis fantasías, por muy justificadas que estuvieran, y olvidarme de mí.

Aquel día, Alec no había trabajado por la mañana, así que no lo había visto, cosa que por un lado no me gustaba, pero por otro, sentía que necesitaba notar esa pequeña ausencia para tener nitidez mental.

Esa noche me arreglé. Me puse un vestido negro con un toque de brillo que aún no había estrenado, con una pequeña apertura en el muslo derecho. También desempolvé mis taconazos negros, de los cuales, he de decir, casi había olvidado prácticamente su uso.

Lira y yo habíamos quedado en la Plaza Mayor del pueblo, donde se encontraba el único pub que había en Wislow, ya fuera por suerte o por desgracia. Como no queríamos conducir, esa fue nuestra elección.

Dirigiéndome hacia allí, la divisé a lo lejos, saludándome con los brazos estirados y con un vestido precioso.

13. ALMAS

—¡Tía, estás cañón! —me gritó cuando me quedaban pocos metros para llegar hasta ella.

—¡Tú también! Venga, vamos a tomar algo. ¡Tengo ganas de fiesta! —Mi propuesta le pareció genial. Cogió mi mano y nos dirigimos al interior del pub.

Lira estaba casada y tenía dos hijos. Era unos diez años mayor que yo, y era muy deportista, cosa que yo no. Era una mujer muy atractiva, y la tía ligaba mogollón, aunque a todo el que se interesaba le enseñaba su anillo de casada.

La verdad es que había más jóvenes en Wislow de los que parecía. El pub estaba lleno, y la mayoría de las personas tenían más o menos mi edad.

Estuvimos charlando un buen rato y luego nos levantamos de la barra para bailar. Estaba pasándolo mejor que en mucho tiempo y me vino a la cabeza Samy, y lo bien que lo pasaba cuando salía con ella.

—¡Voy al baño! —le grité a Lira para que me escuchara con el ruido de la música.

Ella me respondió levantando el pulgar y cogió su teléfono.

Al salir del aseo, decidí que era un buen momento para pedir otro gin-tonic. Me acerqué a la barra, apoyé los codos sobre ella y esperé a que el camarero me viera.

De repente, una mano rodeó mi cintura y me atrajo hacía sí. Intenté girarme para encarar al que estuviera pasándose de la raya, pero me tenía fuertemente sujeta.

Iba a empezar a forcejear cuando el dueño de la mano me dijo al oído—: No creo que pueda dejar de mirarte en toda la noche.

Era Alec.

Una calma me invadió, aflojando mi cuerpo, seguida de millones de mariposas en mí estómago. Sentía como si hubiera estado demasiado tiempo aguantando la respiración y su voz me la hubiera devuelto.

Pero la calma duró poco. Busqué rápidamente con la mirada a Lira y la encontré hablando con Pol en el otro extremo del local.

—¡Alec! ¿Qué hacéis aquí? ¿Lo sabe Pol? Qué vergüenza…

—¿Vergüenza, por qué? A mí me da igual, acabamos de terminar el turno de tarde y Lira nos avisó.

Lo cierto es que me daba apuro que nuestros compañeros supieran lo nuestro. No quería que pensaran que era poco profesional o algo así, aunque estaba claro que para Alec no era un problema.

Me giré lentamente hasta encontrarme de frente con su rostro. Él apenas había aflojado la fuerza que sus brazos estaban ejerciendo en mi cuerpo para mantenernos unidos.

Su nariz rozaba la mía. Me retiré solo un momento para verlo bien. Estaba guapísimo. Casi siempre lo veía con uniforme, y la verdad es que me encantaba, pero en esta ocasión redescubrí lo atractivo que era también sin él. Llevaba una camisa blanca con los primeros botones desabrochados, enseñando parte de su pecho, pantalones oscuros y zapatillas claras. Agarré sus brazos con mis manos, recorriendo con los dedos cada músculo desde su cuello a la punta de sus dedos. Aun con tacones me sacaba una cabeza.

Luego, levanté sus manos y, dándome media vuelta, me puse de espaldas a él y comencé a bailar. Alec intentaba seguirme el ritmo, pero quedó claro que el baile no era uno de sus talentos, aunque había que reconocerle el esfuerzo. Me acerqué a su pecho y volví a recorrer su cuerpo con mis manos, esta vez toqué sus pectorales.

Deslicé las palmas de mis manos por todo su torso, deteniéndome justo en la línea donde terminaba su abdomen y comenzaba su pantalón.

Nos miramos a los ojos con una pasión tan intensa que me abrumaba. Daba igual lo que quisiéramos, no teníamos opción: pertenecíamos el uno al otro.

Me besó con tanta intensidad que por un instante ambos nos balanceamos. Estábamos en medio de una multitud, con la música retumbando y las luces danzando al ritmo de las canciones, pero para nosotros, todo eso desapareció. Nos habíamos perdido en un instante suspendido en el tiempo, en un lugar del que cada vez quería salir menos… porque allí, con él, me sentía en casa.

Alec me agarró de la mano y me llevó hasta una esquina del bar que estaba algo apartada. Con fuerza, me apoyó contra la pared y continuó besándome sin descanso. Sus labios recorrían mi cuello y yo solo podía aferrarme a su cabello y a sus brazos, entregándome a esa locura. Me hacía perder la cabeza, literalmente, era incapaz de pensar en nada mas que no fuera él y esa atracción incontrolable que me hacía sentir.

En un movimiento inesperado, levantó mi pierna, sujetándola por el muslo. Fue entonces, en ese breve instante de silencio entre una canción y otra, cuando tomé plena conciencia de lo que estábamos haciendo… y de que se nos estaba yendo de las manos.

—Alec…no podemos hacer esto aquí. Seguro que Lira y Pol nos han visto… —Me llevé las manos a la cabeza como si eso fuera algo súper grave y al parecer le hizo gracia porque sonrió ante mi reacción.

—Lira, Pol y todo el pub, ¿y qué? Jess, creo que no están pendientes de nosotros. —Me señaló con la cabeza hacia el fondo, y pude ver a Lira y Pol sentados en la barra, tonteando claramente.

—¿Eh…? ¿Lira y Pol tienen algo? Pues nunca lo habría dicho, pero si Lira está casada y Pol también. —Pensé en voz alta.

—A veces las personas encuentran a su alma gemela demasiado tarde, y la vida te pone a prueba —Lo dijo con una solemnidad y seriedad que me hizo apartarme un poco y mirarlo fijamente.

—¿Eso somos nosotros? ¿Almas gemelas que se han encontrado demasiado tarde? ¿O solo lo son ellos? —Necesitaba saber la respuesta, necesitaba escucharlo de sus labios.

—Jess, nosotros no somos almas gemelas. —Un espacio pequeño nos separaba, pero al oír esas palabras, por inercia, me alejé unos centímetros más. Me estaba cambiando el semblante cuando Alec continuó.

—Somos la misma alma. No podemos ser dos porque soy parte de ti y tú de mí. Somos uno, ahora lo somos, solo hemos tardado demasiado en encontrarnos —me agarró la mano y di dos pasos lentos hasta volverme a poner junto a él.

—Pensaba que los que habían tardado demasiado eran ellos ¿Por qué piensas eso? —pregunté mirando nuestras manos unidas.

—Para mí, la espera hasta encontrarte siempre habrá sido demasiado larga… solo que no lo supe hasta el día en que te vi por primera vez.

Me volvió a besar, esta vez lentamente, disfrutando de cada sensación, del sabor de nuestros labios, del roce de su barba contra mi piel, su mano en mi espalda. De nosotros siendo uno.

Su respuesta me dio paz, pero también me llenó de miedo. Miedo a perder lo que Alec me estaba ofreciendo, a que todo se desvaneciera, porque muy dentro de mí sabía que había cosas que no nos habíamos dicho, y aunque lo rechazara con todas mis fuerzas, ese pensamiento me arrollaba.

Nos acercamos a la barra a la par que Lira y Pol se separaban unos diez centímetros y nos saludaban muy efusivamente.

—¿Dónde estaba el baño, en la Conchinchina? —dijo Lira riendo.

—Es que había cola y luego me encontré con Alec y eso… —Le di un sorbo al vaso de Lira y me giré para pedir la copa que antes no me había podido pedir.

14. DESCONTROL

Me lo estaba pasando genial. Estaba con tres personas que me hacían feliz y no paraba de reírme. En un momento dado, Lira se levantó para ir al baño y yo la acompañé.

La pregunta salió disparada de mi boca porque llevaba media noche rondándome la mente.

—Lira, ¿Pol y tu…? —Necesitaba saber la respuesta. Desde que los había visto tontear, no podía dejar de pensar en otra cosa.

—No —respondió bruscamente.

—Oh, lo siento —dije un poco avergonzada. Ella también me había preguntado lo mismo con Alec, y creo que al igual que mi respuesta no fue cierta, la suya tampoco lo era, pero al menos yo no había sido tan borde.

—Entiendo que lo preguntes —dijo suavizando el tono—. Pero la respuesta a tu pregunta es la que te he dado.

La miré más confusa que antes de su contestación. Ella suspiró.

—Estoy enamorada de Pol, y sé que él también lo está de mí. Pero no, no estamos juntos. También sé que Alec está perdiendo la cabeza por ti y que tú la estás perdiendo por él —dijo.

La sinceridad de su respuesta me dejó descolocada.

—No estoy perdiendo la cabeza por Alec. —Intenté sacarla de su acierto sin demasiado éxito.

—Por favor, Jess, ¿de verdad crees que no os veo en el trabajo mirándoos como dos adolescentes? ¿O que no he presenciado el «momentazo» digno de *Nueve semanas y media* que os habéis

montado hace un rato en aquella esquina? —me soltó todo eso con tanta seriedad que casi parecía que me estuviera regañando.

—Joder, pues no sabía que era tan evidente, la verdad —dije, algo incrédula.

—Lo es, créeme… al menos si te fijas. —No parecía estar demasiado de acuerdo con lo que pasaba entre Alec y yo, aunque podía ser una impresión mía. Aun así, le pregunté.

—Y no te parece bien, ¿verdad? —Esperaba su respuesta con ansia.

—Eso da igual, tampoco soy la más indicada para hablar, pero si quiero que tengáis cuidado y no os hagáis daño. Alec es mi amigo y, Jess, te aprecio mucho. Creo que debéis conoceros bien. —Me agarró la mano al terminar de decir todo eso.

—Gracias, supongo. A veces siento que Alec tiene algo que le frena y eso me tiene muy confundida.

Lira me apretó aún más fuerte la mano.

—Solo debéis ser sinceros. Pol y yo anteponemos a nuestras familias, y eso es lo que evita que pase algo más entre nosotros. —Su expresión reflejaba tristeza, y yo no terminaba de entender qué tenía que ver su historia con la nuestra, si es que intentaba hacer algún símil.

—¿Pero eso no os hace infelices? —pregunté con cierta intriga.

—Soy infeliz cuando lo veo y sé que no puedo tenerlo, por supuesto, pero no podría partirles el corazón a mis hijos por un capricho mío. —Me miró con seriedad.

—Pero no es un capricho, Lira. Quizás te estés privando de la felicidad de tu vida. —Necesitaba que lo comprendiera, como si ella misma no lo supiera ya.

—Puede ser, pero no puedo anteponerla a la felicidad de mis hijos. Si alguna vez eres madre lo entenderás. De todos modos, como te digo, debéis estar seguros el uno del otro y ser sinceros.

—Terminó de repetir su consejo y se puso en pie, estirando su mano como gesto para que la siguiera.

¿Por qué insistía tanto en la sinceridad? Alec acababa de hacerme la declaración de amor más bonita de mi vida, y si eso no era sincero, ¿qué lo era? En cuanto a mí, no le ocultaba nada, al menos nada sobre mis sentimientos...

No podía fingir que la conversación con Lira no me había dejado tocada, pero sería una preocupación para la Jess del futuro, ya que no estaba dispuesta a estropear una noche tan perfecta.

Terminamos alrededor de las cuatro de la madrugada. La noche fue muy reveladora y, a pesar de intentar mantener cierta distancia, los cuatro sabíamos la verdad sobre nuestras situaciones, incluido Pol, quien, según pude observar, lo sabía, ya sea por Alec o por Lira. Fue bastante liberador poder ser nosotros mismos sin más.

Alec y Pol no vivían en Wislow, sino en el pueblecito vecino. Tenían el coche aparcado frente a la puerta del pub. Salimos y nos detuvimos junto al coche de Pol.

Alec me cogió la mano a modo de despedida y me la besó.

—Te veo mañana rubia —dijo guiñándome un ojo.

Le sonreí tímidamente y, aunque quería besarlo, no me atreví a hacerlo delante de Lira y Pol. Así que, quedándome con todas las ganas, enfilé la calle de camino a la casa de la tía Helen, que ya sentía como mía.

La casa estaba literalmente a dos minutos. Llevaba los tacones en la mano porque mis pies se negaban a seguir sufriendo esa tortura.

Justo antes de abrir la cancela que daba al pequeño jardín de la casa, escuché un golpe seco, un impacto.

Me giré rápidamente y vi a un hombre tambaleándose mientras rompía una de las ventanas de la casa de enfrente.

Corrí hasta la puerta de entrada, atravesando el camino de baldosas del jardín, y me refugié tras la valla del porche. Desde mi posición, veía al hombre intentar entrar a través del hueco que había hecho en la ventana.

Estaba casi segura de que en esa casa vivía una familia con niños, aunque no lo sabía con certeza.

No sabía qué hacer. Wislow era un pueblo tan pequeño que no siempre había policía por la noche, como ocurría en ese momento. Sabía que Alec y Pol se habían ido; de hecho, su turno había terminado hacía horas.

Cogí corriendo el móvil para llamar a Alec, con la esperanza de que aún no se hubieran ido. En un movimiento nervioso, mis zapatos cayeron al suelo haciendo un estruendo que no se hubiera oído a las doce de la mañana, pero si a las cinco de la madrugada.

El hombre se giró y me observó fijamente. Estaba borracho y se tambaleaba, pero su mirada vacía me produjo escalofríos. Sacó una pierna del hueco que había hecho en la ventana y emprendió su camino hacia donde me encontraba yo. Inmediatamente tiré todo lo que había en mi bolso para encontrar las llaves de la casa lo más rápido posible. El miedo me invadía cada vez más porque la maldita puerta vieja no se abría. No sabía qué hacer y, considerando que estaba borracho, la opción más rápida era intentar asustarlo: gritar, quizás despertar a los vecinos… cualquier cosa que lo hiciera huir.

Dejé la puñetera puerta y me giré para intentar espantarlo.

—¡Eh, tú, fuera de aquí! —grité con todas mis fuerzas—. ¡En esa casa vive gente, desgraciado!

El hombre ni se inmutó. Se paró en seco y se quedó de pie tambaleándose mientras me miraba. El miedo me recorrió de arriba abajo.

—¿Qué dices, estúpida? Te voy a enseñar a no meterte en mis asuntos —arrastraba las palabras.

Empezó a caminar hacia mí cada vez más rápido, a pesar de su estado, y de inmediato noté que llevaba en la mano el mismo objeto con el que había roto la ventana: un martillo.

Por más rápido que intentaba encajar la llave en la cerradura, esta no cedía, y los nervios solo empeoraban mi puntería.

Empecé a gritar justo cuando el hombre estaba a solo dos metros de mí. Había entrado sin más, porque no había cerrado la cancela al llegar. Joder. Y en poco segundos el hombre llegó hasta mí.

Cerré los ojos, me agaché y cubrí mi cabeza con los brazos, preparándome para el impacto. Solo podía esperar que, si el golpe llegaba, al menos tuviera la suerte de perder el conocimiento…

Lo tenía encima y estaba alzando el martillo.

15. IRREMEDIABLE

Solo podía pensar en lo tonta que había sido… y en mi familia.

Esperaba el primer golpe, aferrándome a la esperanza de que, con suerte, la borrachera de ese tío me diera una oportunidad para escapar.

El corazón parecía querer salirse de mi pecho. Con la cabeza agachada, entreabrí los ojos y pude ver los pies de aquel hombre junto a mis rodillas, y supe que no tenía ninguna posibilidad.

Miles de fragmentos de mi vida pasaron fugazmente por mi mente, entrelazados con un torbellino de pensamientos y un miedo atroz.

Esperaba prácticamente resignada ese primer golpe cuando, de repente, escuché un grito y un estruendo ensordecedor.

Levanté la mirada y vi al hombre intentando ponerse en pie, sin éxito. Lo habían empujado con tal fuerza contra la fachada de la casa que le resultaba imposible incorporarse. Tras un par de intentos fallidos, terminó quedándose allí, tirado y semiinconsciente.

Alec estaba ahí, junto al desgraciado borracho, inmovilizándolo.

Su actitud era serena y su presencia irradiaba un aura de intimidación para quien no lo conociera.

Le ató las manos a la espalda, aunque el hombre apenas podía moverse. Luego, sacó su teléfono y llamó a la Guardia Nacional, que tenía un cuartel cerca, para que se hicieran cargo del delincuente. Alec apartó el martillo del suelo con una patada y, en ese instante, corrió hacia mí. Su expresión cambió de la total concentración a una preocupación más que evidente.

Yo seguía en el suelo, agachada, asustada y en shock.

—¡Jess! Dime que estas bien, oye… —Me zarandeo un poco. Su rostro estaba blanco.

—¿Te ha hecho algo? ¿Te ha tocado? ¡Dime algo! —Su expresión de miedo me hizo reaccionar. Apenas podía mover los músculos.

—No, no. Estoy bien, de verdad. Estoy bien —mi voz temblaba, al igual que mis piernas y todo mi cuerpo.

Alec me ayudó a levantarme y me abrazó contra su pecho. De repente, sentí la calma invadirme y el color regresar a mis mejillas.

—Pensé que no llegaba a tiempo. Cuando lo vi frente a ti, pensé que no llegaba, Jess —su voz era diferente, había perdido la seguridad y la firmeza que siempre le acompañaban. Estaba asustado, asustado de verdad.

Su abrazo se hizo más fuerte, como si necesitara asegurarse de que seguía estando allí, a su lado.

—Alec, estoy bien. Te lo prometo.

Me besó la coronilla tantas veces que perdí la cuenta, y nos mantuvimos abrazados hasta que sonó su teléfono y nos vimos obligados a salir de ese trance mutuo en el que nos habíamos sumido.

Me dispuse a abrir la puerta de casa, que esta vez no dio ningún problema, la maldita, y Alec esperó a que viniera la Guardia Nacional a recoger al individuo. Mientras tanto, me preparé una tila.

Estaba sentada en el sofá cuando vi a Alec atravesar la puerta del salón. Imaginé que el agresor ya no era un problema.

—¿Estas más tranquila? —me preguntó con un tono más sosegado en su voz.

—Sí, al menos ya puedo mover las piernas. —Lo miré con una expresión de profundo agradecimiento.

—¿Estás bien? Me refiero a la ansiedad.

—Sí, parece que si —dije sin muchas ganas, me notaba agotada y por raro que pareciera no tenía ansiedad.

—¿Qué ha pasado?

Le conté todo lo sucedido y me sirvió para liberar toda la tensión acumulada. Mientras hablaba se sentó a mi lado y me cogió las manos para reconfortarme, también me beso la frente varias veces.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que te habías ido con Pol —pregunté.

Había estado hablando tanto rato que no había preguntado lo más importante. Si no hubiera aparecido no estaría en mi sofá tomándome una tila.

—Bueno... le dije que quería hablar contigo, pero el muy capullo se fue a dormir y se llevó el coche. Me dijo que me estaba haciendo un favor... en fin, ya sabes cómo es —respondió con humor.

—No me importa en absoluto tener compañía hoy —respondí con una sonrisa—. Te has marcado un buen rescate, no podría dejar a mi héroe en la calle. —Le sonreí y continué—. Me alegro de que lo hayas hecho, si no, quizás ahora no estaría aquí. —Volví a mirar mi taza y Alec se acercó más a mí.

—No quiero ni imaginar lo que habría pasado si llego un segundo más tarde, Jess... No puedo ni pensarlo. —Acercó mi mano a sus labios y me la besó. Fue un beso cargado de amor, donde soltó el miedo y la preocupación, y volvió a recuperar la tranquilidad, la suya y la mía.

—¿De qué querías hablar? —pregunté, pronunciando cada palabra con cautela.

Su rostro se volvió serio, y noté cómo se contraían algunas de sus líneas de expresión.

Un escalofrío recorrió mi espalda, generando una sensación horrible que no me resultaba desconocida.

—Habla —le susurré, preocupada.

—No es nada, Jess, en serio. Además, ahora necesitas descansar —dijo, mientras su expresión cambiaba.

—La verdad es que no quiero dormir. —Dejé la taza en la mesa y me giré hacia él. Algo dentro de mí no quería indagar en eso que Alec había preferido no decirme. Puse mis piernas sobre las suyas.

—¿Ah no? —dijo sonriendo levemente.

—Yo diría que no, la adrenalina no me dejaría —comenté, mientras me sentaba despacio a horcajadas sobre él.

—Pero si quieres, dormimos, claro. —Me incorporé, haciendo amago de levantarme de sus piernas.

No habíamos estado juntos desde la primera vez en el antiguo archivo, pero esta vez me sentía casi más nerviosa y lo deseaba, lo deseaba con todo mí ser.

Alec me sujetó con fuerza y frenó mi movimiento.

—No…vuelve —dijo, agarrando mi cintura—. Llevas toda la noche volviéndome loco y no vas a alejarte ni medio centímetro de mí —susurró en mi oído, rindiéndose fácilmente.

Lo miré durante unos segundos intentando poner la mirada más sexy que era capaz de articular y luego me lancé desesperadamente a por su boca, dejando de lado cualquier atisbo de control sobre mí misma. Eso me asustaba, pero al mismo tiempo me daba igual. La adrenalina de lo sucedido me salía a borbotones por el cuerpo.

Él respondió con la misma necesidad. Desabrochó la cremallera de mi vestido y dejó que los tirantes resbalaran por mis hombros. Yo, ansiosa por sentir su piel entre mis manos, comencé a desabrochar su camisa.

Deslicé mis dedos por su abdomen y sus pectorales mientras sus labios recorrían mi cuello y mi pecho. Era increíble cómo lograba estremecerme con solo mirarlo.

Sin previo aviso, me levantó en sus brazos como si fuera una pluma y, agarrándome por los muslos a pulso, nos dirigimos hacia la

amplia mesa del salón.

Me colocó delicadamente en ella, y mi vestido terminó de desprenderse. Nos separamos unos centímetros y se quedó mirándome fijamente.

—Eres preciosa, no me cansaría nunca de mirarte —dijo, y luego volvió a besarme desesperadamente. Me sentía como una diosa a su lado, y su presencia me llenaba de seguridad.

Continuamos en nuestro bucle de locura mientras mis manos encontraban el botón de su pantalón y lo desabrochaban.

—Jess… —me susurro al oído con voz entrecortada.

Sus manos habían empezado a moverse dentro de mí de una manera indescriptible, haciéndome creer en algún tipo de cielo. Estaba perdiendo la cabeza y llegando a rozar el éxtasis cuando continuó hablando.

—He vuelto para decirte... —Con su otra mano libre, sujetó firmemente mi mandíbula y la enderezó, obligándome a mirarlo. Yo tenía la cabeza inclinada hacia atrás, perdida en el placer de lo que me estaba haciendo.

Nuestros ojos se encontraron y, por un instante, todo pareció detenerse. Lo miré con una necesidad imperiosa, deseando que continuara tanto con sus palabras como con sus actos.

Me atrajo aún más hacia él, llevándome al borde de la mesa.

—Que te quiero… —susurró, y, en el mismo segundo en que esas tres palabras abandonaron sus labios, me poseyó con toda su intensidad, arrancándome un gemido de placer.

Me aferré a su cuello y me perdí en él. Me olvidaba de mi misma, ni siquiera le contesté; no era capaz de decir ni una palabra. Y aunque sabía que en realidad no era eso lo que quería decirme, no dudé de su verdad. Yo también lo quería, de tantas formas diferentes que me sobrepasaba.

La cama sustituyó a la mesa y lo que quedó de noche se tornó corto, nos faltaron horas para seguir siendo uno. Nunca antes había disfrutado tanto en mi vida. Me estaba volviendo adicta a esa sensación que solo él podía darme, y por ahora, no quería pensar en nada más que en mirarlo… y verlo despertar a mi lado.

16. TEMOR

Había pasado el fin de semana desde aquella noche con Alec. Nos habíamos escrito algunos mensajes de esos que te hacen sonreír sin darte cuenta, y me sentía feliz.

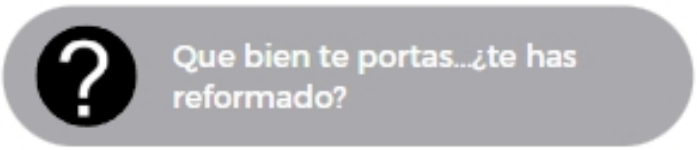
Quería más, pero al mismo tiempo no quería precipitarme. Me resultaba difícil saber cómo actuar, porque nunca había sentido algo así por nadie.

Deseaba hablar con Nick y odiaba no obtener una respuesta. Quería contarle cómo había cambiado mi vida o, simplemente, charlar con mi amigo. Quería que todo volviera a ser como antes.

Necesitaba decirle que me sentía intranquila por el mensaje que había recibido, aunque sabía bien cuál sería su respuesta: «Estás tardando en ir a la policía». Escuchaba su voz retumbar en mi cabeza y eso me hacía dibujar una sonrisa de añoranza, aunque también sabía que la idea de que estuviera saliendo con alguien no le haría demasiada gracia si él no le había dado el visto bueno.

En realidad, no quería preocupar a Alec ni tampoco alarmarme más a mí misma, y por eso estaba tapando el tema como si no tuviera importancia, pero quizás si la tenía…

Estaba calentándome un poco de sopa para cenar cuando mi móvil sonó, y ya no pude ignorar que alguien me estaba acosando.



Mis manos temblaban sujetando el teléfono cuando llegó otro mensaje.



Un chillido escapó de mi garganta, desgarrándome desde dentro, mientras cientos de recuerdos se agolpaban en mi mente, mareándome y reabriendo viejas heridas que supuraban los últimos restos de cordura que aún me ataban al suelo.

Sentía que estaba llegando a un límite que ni siquiera sabía que existía.

Llamé a Alec, pero no contestó. Necesitaba contárselo. Insistí varias veces, pero después de un par de horas seguía sin devolverme las llamadas ni responder a mis mensajes. Al final, me tomé un ansiolítico y me metí en la cama.

Me cubrí con las sábanas como si pudieran limpiarme por dentro, eliminar el dolor y los recuerdos, borrar el sufrimiento y mi pasado.

¿Acaso era una asesina? ¿Quién me estaba escribiendo y qué sabía de mí?

Me desperté sintiéndome como si un camión me hubiera pasado por encima la noche anterior y, sin pensarlo demasiado, decidí escaparme a casa de mis padres unos días. Necesitaba estar allí, sentirme en casa.

Llamé a Lira y le dije que no me encontraba bien, que me tomaría un par de días para descansar con mi familia. Antes de irme, le dejé un último mensaje a Alec, quien seguía sin contestar mis llamadas. No quería irme sin verlo, pero tampoco había estado ahí cuando lo había necesitado.

En el fondo, quería que notara mi ausencia, que la sintiera como un pequeño castigo. Quizás estaba ocupado o simplemente no había podido coger el teléfono, pero aun así, no podía evitar sentir cierto desengaño. Lo necesitaba y no estaba, y eso era precisamente lo que tanto temía cuando empecé a sentir algo por él.

Ahora, su ausencia sin una explicación me dolía. Me dolía mucho.

17. RESILIENCIA

La vuelta a casa fue como un bálsamo, un paño caliente en una herida abierta. Mi familia siempre había sido mi refugio, aunque no siempre les hubiera permitido ayudarme, y sabía que pasar unos días con ellos me ayudaría a ver las cosas de otra manera.

Mis padres estaban contentísimos de tenerme en casa y de ver que el cambio de aires me estaba sentando tan bien. No era muy difícil conseguir que me vieran mejor; me había pasado demasiado tiempo ausente, en depresión… Para ellos, verme bien era un regalo y un respiro, y yo tenía tanto que agradecerles… Me habían acompañado en cada paso de mi vida, especialmente cuando el camino se volvió intransitable.

—¿Quién crees que puede ser? —le pregunté a mi hermana en un momento en que nuestra madre no estaba con nosotras. No quería preocuparla.

Samy era tres años menor que yo y una de sus mayores cualidades era su sinceridad. Sabía que no dudaría en decirme exactamente lo que pensaba sobre mi situación, y eso era justo lo que necesitaba. Ella siempre sabía cómo sacudirme cuando me quedaba atrapada, bloqueada por mis propios pensamientos. Si no me hubiera salvado de mí misma antes de irme a Wislow, quizá nunca habría logrado ponerme en pie de nuevo.

—No puedes saberlo, Jess, y yo tampoco. Pero creo que deberías ir a la policía.

—¿A la policía? No, gracias… sabes cómo acabó aquello —dije.

—Sí, se cómo acabó, tu libre y sin cargos ¿Crees que solo porque alguna vez hayas sido sospechosa de algo, no te van a ayudar ahora? —soltó Samy.

—No puedo remover eso —contesté.

—Ah claro, es mejor dejar que un acosador te tenga acojonada. —Mi hermana me miraba como si tuviera delante a una cría de cinco años.

Para ella era evidente lo que había que hacer, pero para mí suponía abrir una caja que estaba compartimentada y hundida en un pozo oscuro, una que sabía que ya me había dejado secuelas de por vida.

—¿Prefieres dejar que esto vaya a más? ¿Crees que tienes derecho a preocuparme así? No lo tienes, ¿me oyes? Y no vas a dejarlo estar.

—Samy… por favor, déjame pensarlo. De momento solo han sido mensajes y, bueno… él no tenía familia, así que podría ser cualquiera. —Intentaba convencerme a mí misma aparte de a ella.

—Flipo con tu poca capacidad para psicoanalizarte a ti misma «doña psicóloga», de verdad, no haces cosas normales —dijo muy cabreada.

—Al próximo mensaje, a la policía —sentenció.

—Bueno… estoy saliendo con uno —dije sonriendo.

Samy abrió los ojos como platos, tirándome un cojín del sofá donde estábamos, y su cabreo se disipó ante la perspectiva de someterme al tercer grado del amor.

—¡Serás perra! ¿Y no le has contado esto? —preguntó atónita.

—No, es muy pronto… no quiero parecer una paranoica. Aunque si la cosa empeora, creo que tendré que contárselo.

La verdad era que la situación con Alec me tenía un tanto desanimada. No había sabido nada de él en los últimos dos días y no había respondido a mis mensajes. ¿Cómo podía decir que me quería y desaparecer así? No sabía si preocuparme o cabrearme.

Sentía que algo no encajaba y no sabía si quería descubrirlo, a lo mejor ya era demasiado tarde.

Había dejado demasiado apartada mi intuición, pero tenía claro que hablaría con él en cuanto tuviera la oportunidad, y no pensaba dejar ni una sola cosa que me preocupara sin preguntar.

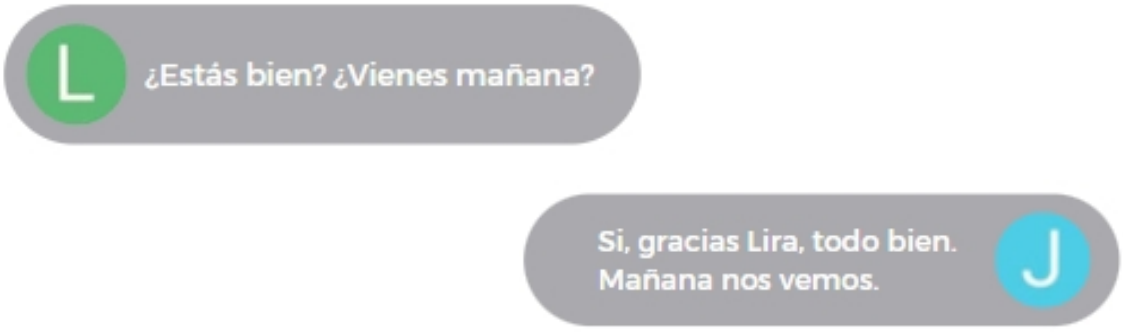
El fin de semana fue reparador y me vino muy bien para desconectar y aclarar mis ideas. Pasé tiempo con mi familia y los disfruté muchísimo; había olvidado lo que era ser feliz con ellos sin esa nube negra sobre mi cabeza.

Samy me amenazó varias veces para que fuera sincera respecto a los mensajes del acosador y yo sabía que no podía enfrentarlo sola, así que sin dudarlo, me apoyaría en ella.

Regresé a Wislow con una nueva determinación y sabiendo que tenía que hablar con Alec, o bien para que se explicara o para dejar lo que tuviéramos. Quizás me había adelantado diciéndole a Samy que salía con alguien…

Al llegar a casa, me di cuenta del desorden que había dejado el día que me fui corriendo. Organicé todo el caos y luego me di una ducha.

Mientras cenaba, recibí un mensaje de Lira.



Tenía claro que debía vivir mi vida y enfrentar lo que me deparara de ahora en adelante. Si Alec había desaparecido, bueno, pues él se lo perdía. Mi vida no iba a girar en torno a él, desde luego que no.

18. AUSENCIA

Pasé la noche soñando con perseguidores, cuchillos, sangre y engaños. Nada nuevo en mi mente, que parecía el circo de los horrores.

A la mañana siguiente, salí de casa preparada para afrontar el día y me dirigí al ayuntamiento. Al entrar, vi que el despacho de la policía no tenía luz. A veces tenían prácticas de tiro o días libres y no venían, pero deseaba que Alec hubiera estado allí o al menos que hubiera dado señales de vida. Necesitaba ver su cara y analizar que sentía al verlo.

Entré en mi despacho y, a los cinco minutos, Serry entró a saludarme jovialmente e incluso me preguntó qué tal estaba. Supuse que pensaba que había estado enferma.

—Mejor, gracias, Serry —le contesté, sin darle más explicaciones.

—Me alegro entonces. Voy a desayunar, ¿vienes? —me preguntó.

—Gracias, tengo un montón de trabajo atrasado. Mañana te acompaño —le contesté sonriendo, intentando no parecer seca. Lo cierto es que tenía un humor de perros con el misterio del policía fugado, pero no quería pagarlo con nadie que no fuera el interesado.

Serry se fue y yo comprobé mi móvil por quinta vez en los últimos veinte minutos para ver si Alec me había escrito, pero nada. Decidí subir a hablar con Lira para ver si ella podía iluminarme.

—¿Se puede? —pregunté tocando a la puerta de su despacho.

—¿Dónde narices estabas? ¡Me tenías preocupada, joder! —dijo levantándose de su silla como una insolación y corriendo hacia mí para agarrarme de los brazos y abrazarme después.

—¿Qué ha pasado? Alec estaba desquiciado, no daba contigo. —Estaba deseosa de respuestas.

—¿Desquiciado? —pregunté con cara de sorpresa.

—¡Desquiciada yo! No ha respondido a mis mensajes desde hace días ¿Dónde está?

—Ah no, primero hablas tú, señorita. —Me sentó en una silla y me plantó un café en las manos.

—Desembucha —dijo, sentándose en una silla junto a mí.

No me apetecía dar explicaciones cuando era yo quien las merecía, pero cuanto antes respondiera, antes sabría dónde estaba Alec.

—Necesitaba desconectar, Lira. Han sido unos días de mierda, la verdad, y últimamente estoy descentrada. Me tiene en vilo, y necesito encontrarlo y aclararlo. ¿Qué sabes? —exigí.

—Puedes hablar conmigo, ¿sabes? Si necesitas desahogarte, no hace falta que te vuelvas a casa. Estoy aquí para ti —dijo Lira, bajando esa coraza suya.

Agradecía sus palabras y se lo hice saber con un pequeño apretón en su rodilla, pero necesitaba otra información.

—¿Me puedes decir ya donde esta Alec?

—Oh, sí, está en la ciudad. Tenía asuntos familiares que atender, pero creo que llega mañana —me explicó. Noté cómo desviaba ligeramente la mirada al decir esas palabras y tal vez estaba siendo demasiado perspicaz, pero algo en ese gesto no me dio buena espina.

—¿Tienes idea de por qué no te ha contestado? —Lira estaba nerviosa y no entendía por qué. Podría ser preocupación por nosotros, pero no me cuadraba. Además, ¿en qué momento Alec acudió a ella desquiciado? Porque si estás buscando a alguien, lo primero que haces es llamarlo por teléfono.

—No lo sé, la verdad. La última vez que nos vimos, estuvimos genial. No entiendo que le pasa, y me estoy empezado a hartar. ¿Me puedes explicar por qué estás tan nerviosa? Me estás asustando, Lira. ¿Pasa algo? —le pregunté con cierta histeria en la voz.

—¡No, Jess! No pasa nada. Solo que estoy preocupada por los dos, solo eso —dijo—. En cuanto vuelva se arreglará todo, ya lo veras.

—¿Cuándo dices que vino desquiciado buscándome? —pregunté otra vez.

—Ah, pues no sé, creo que el día que te fuiste.

Su respuesta fue escueta para mi gusto, pero decidí no insistir más, estaba claro que estaba encubriendo lo que fuera que le pasara a Alec. Tras hablar sobre unos informes con los que tenía que ayudarla, me dispuse a trabajar.

Si Alec había estado desquiciado por encontrarme, ¿Por qué ahora no daba señales?

El día pasó sin más y yo me fui a casa con un estado de ánimo bastante mejorable. Me sentía en un limbo emocional. Justo cuando necesitaba escuchar esas palabras de Alec, que afirmaban que me amaba, no las encontraba por ningún lado. Me negué a enviarle más mensajes. Ya era suficiente.

Decidí que lo mejor era mantenerme distraída, así que salí a dar un largo paseo por el pueblo. Wislow tenía mucho territorio natural, con bosques y prados, y lo que necesitaba en ese momento era aire fresco. Cuando quise darme cuenta, ya casi estaba atardeciendo.

Mientras volvía a casa, escuché el sonido de un tractor acercándose por detrás. En él iba montado un joven que ralentizó el tractor al pasar junto a mí.

—Señorita, ¿quiere que la lleve? —me preguntó el muchacho.

—Oh, no gracias, estoy a punto de llegar —contesté.

—¿Esta segura? Mire que quedan pocos minutos para que le pille el frio —el joven, que llevaba una gorra y una camisa de cuadros, parecía más un anciano por su forma de hablar que alguien de su edad. Debía de haber crecido en el campo, ser de Wislow de pies a cabeza.

—Bueno, muchas gracias por su amabilidad. Venga, ¡Subo! —exclamé. No podía estar en Wislow y no montarme en un tractor. Me imaginaba a la tía Helen por esos caminos, hablando con esa gente, y me daba pena no haber tenido una relación más estrecha con ella.

El joven me ayudó a subir con una mano. Me senté en alguna parte del tractor, porque este solo tenía un asiento, pero el paseo me encantó.

Cuando llegamos al centro del pueblo, me preguntó dónde me dejaba.

—Por aquí está bien, no quiero desviarte de tu camino —le dije. Estaba a punto de bajar del tractor cuando el muchacho abrió los ojos de par en par.

—Vaya, pues fíjese por donde, a lo mejor me sale caro el paseo, señorita —dijo el joven, señalando con la cabeza al frente.

Un coche de policía estaba parado en la carretera y la puerta se estaba abriendo. Se me aceleró el pulso y me empezaron a sudar las manos.

—No se preocupe, los conozco, seguro que se portan bien. —Traté de tranquilizar a mi gentil acompañante.

Finalmente, James salió del coche. Mi pulso se ralentizó un poco y la decepción llenó mi cara y cada poro de mi piel.

Entonces, el joven se echó a reír y exclamó—: ¡Menos mal, mi paisano! —James se acercó y nos saludó, después de reírse un rato de mí y mi forma de bajar del tractor.

—No querrías que dejara a la señorita sola por los prados, Jimy. Debía recogerla —se justificaba el joven seriamente.

—Anda, Peter, estas hecho un truhan —dijo James dándole un pequeño golpe al tractor.

—¡Muchas gracias, Peter! —exclamé.

—De nada señorita, ha sido un placer —y se fue con su tractor calle abajo. Entonces, James me miró de nuevo y me preguntó qué tal estaba. Imaginé que todos habían asumido que había estado enferma.

—Estoy genial, James, gracias por preguntar.

—¿Tienes turno también mañana? —le pregunté, deseando saber si Alec aparecería.

—No, mañana no, Alec tiene turno doble, esta noche y mañana. —Su respuesta merecía ir acompañada de un coro celestial cantando el aleluya. Había sido el único capaz de ponerle fin a la ausencia de noticas con las que Alec había decidido torturarme. Además de dejarme claro que Lira me había mentido con respecto a su vuelta…

—Oh, bueno, nos vemos cuando tengas turno de nuevo —contesté rápidamente. Me despedí de James y me fui a casa para darme una ducha y cenar.

No podía parar de pensar en que al día siguiente, si los astros se alineaban, vería a Alec.

En mi interior, esperaba que apareciera esa noche para verme. Sabía que, si no lo hacía, mi decepción sería colosal, pero estaba preparada para lo que fuera, siempre lo estaba, una vieja costumbre. Mi madre solía decir a menudo: «Espera siempre lo peor y estarás lista para todo», y la verdad es que tenía razón a medias. Aunque intentara prepararme para lo peor con Alec, sabía que me dolería si las cosas no salían bien.

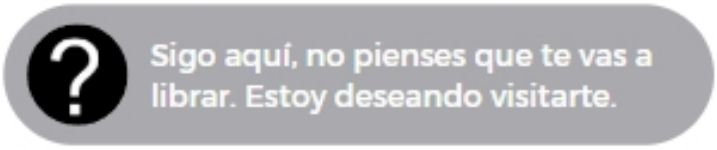
19. SUEÑOS

Me senté en el sofá con mi manta y mi pijama, y me puse una serie. Miraba la hora cada cinco minutos, y eso solo significaba dos cosas: la primera, que la serie era mala, y la segunda, que esperaba desesperadamente que Alec llamara a mi puerta. Quizás la serie no era tan mala y yo estaba un poco obsesionada. Pero el sueño empezó a atraparme, y cuando dieron las doce y media de la noche, supe que no iba a venir.

Me convencí de que tendría trabajo, o guardia o patrulla, o lo que fuera, y me acosté. No podía fingir que no estaba decepcionada, y eso hizo que no pudiera conciliar el sueño. La cama parecía tener agujas y ya no sabía cómo ponerme. No paraba de pensar en el porqué de la espantada de Alec, y empecé a imaginar bastantes finales catastróficos para lo nuestro, la situación me estaba afectando demasiado y odiaba admitirlo.

Por momentos, me asaltaba la indignación y me convencía de que ni siquiera le hablaría cuando tuviera el valor de mirarme a la cara, pero luego me encontraba desesperada por verlo, lo que venía siendo un sinsentido provocado por la bomba de humo monumental que me estaba haciendo. Maldito.

A las tres y veinte de la mañana, aun despierta, recibí un mensaje que me hizo dar un brinco en la cama, pero no era de él.



Aquel mensaje fue el golpe final que necesitaba para que mi estabilidad emocional se desmoronara por completo.

Lancé el móvil con todas mis fuerzas contra el armario del dormitorio y golpeé la cama hasta hacerme daño. Grité hasta quedarme afónica, suplicando que me dejaran en paz.

Era demasiado tarde para llamar a Samy. Pero esta vez, el mensaje tenía algo distinto… insinuaba que planeaba verme. El miedo comenzó a arraigarse más profundo en mi interior. Me sentía desprotegida, desamparada… y no le deseo a nadie esa sensación.

Le prometí a Samy que llamaría a la policía en cuanto recibiera otro mensaje, y eso hice.

Sabía que Alec estaba de guardia y no quería llamarlo directamente a su móvil. Lo que realmente deseaba era que viniera, que me ayudara, que me consolara… pero si no quería dar la cara, al menos lo haría presente a través de su deber.

Quizás era algo retorcido, pero al fin y al cabo, si llamaba a la policía, solo aparecería él, y en ese momento, necesitaba a la policía. Al menos sabía que no me miraría como una sospechosa. Tal vez, incluso, ni me mirara.

Marqué el teléfono y al primer tono descolgó.

—Policía de Wislow, dígame —su voz me aceleró los latidos al momento.

—Hola, quería denunciar un caso de acoso. Estoy recibiendo mensajes amenazadores y no sé qué hacer —dije, intentando que no me temblara la voz.

—¿Jess? ¿Eres tú? —dijo Alec con tono de sorpresa en su voz.

Oírlo me reconfortó de una manera preocupante, teniendo en cuenta nuestra situación. Su voz volvió a hacerme sentir que era real, que no era un producto de mi imaginación, que no se había evaporado.

—Sí —dije sin más.

—Voy para allá —dijo, y colgó.

Cuando oí sus palabras, inhale con fuerza, llenando mis pulmones de todo el oxígeno que pudieron abarcar, y solté el suspiro más largo de mi vida.

Miré por la ventana para ver si lo veía llegar. A los diez minutos, Alec aparcaba el coche y se bajaba de él, dirigiéndose hacia mi puerta. No se merecía estar tan guapo, la verdad.

Dejé que tocara a la puerta y me tomé mi tiempo para abrir, y cuando finalmente lo tuve frente a mí, solo tuve ganas de abofetearlo, aunque, claro está, no lo hice.

Esperé a que fuera él quien hablara primero.

—¿Qué ha pasado, Jess? —Estaba parado en el umbral del porche y se le notaba nervioso.

—Llevo un mes recibiendo mensajes anónimos que me amenazan y, bueno, acabo de recibir otro y la verdad es que me estoy empezando a asustar —dije.

Su cara pasó por varias fases, desde el asombro hasta la sospecha y del miedo a la incertidumbre. Al menos esa era mi percepción.

Se produjo una pausa demasiado larga. Nuestro lenguaje corporal denotaba una distancia dolorosa.

—¿Un mes? ¿Y me lo dices ahora? —exclamó, mirándome cabreado.

—Tampoco es que hayas estado muy accesible, la verdad —espeté.

Bajó la mirada y se acercó a mí. Intentó coger mi mano, pero me aparté.

—Ey, lo sé. Perdóname. Sentía que debía aclarar mis ideas antes de seguir adelante contigo. Debí decírtelo, pero sinceramente no sabía cómo hacerlo. —Su sinceridad me dejó fuera de juego. No estaba acostumbrada a que un tío me dijera la verdad sobre sus sentimientos así, sin más.

—Habría sido un detalle; además, era muy fácil: mandas un mensaje o llamas y ya está —Escupí las palabras con rencor, no podía evitarlo.

Lo cierto es que no podía culparlo por tener dudas, también las tenía yo. Nos habíamos lanzado sin mirar al suelo y tal vez no había una red de seguridad debajo, pero si podía culparlo por ser un capullo.

—Oye, ven aquí. —Tocó mi rostro y me atrajo hacia él para abrazarme, pero me resistí.

—No.

Me miró frustrado.

—Jess…perdóname —su voz parecía cansada. Tiro de mí de nuevo, pero esta vez me dejé abrazar porque lo necesitaba. Podía llegar a entender sus dudas, pero me dolían. Me dolía que hubiese preferido desaparecer sin ni siquiera darse cuenta de que eso me haría daño.

Unas lágrimas traicioneras asomaron por mis ojos, dejándome vulnerable y expuesta ante él.

Puede que yo también tuviera miedo y dudas, pero eso no importaba, porque estaba enamorada de Alec y no podía negarlo. Y, por supuesto, jamás le haría daño de esa manera.

Nuestro abrazo duró lo que mi dignidad permitió, que no fue mucho.

—No me merezco esto. No está bien comportarse así con alguien a quien le importas, ¿sabes? —dije mirándole con desdén.

Su cara denotaba vergüenza y algo más, pero no sabía qué.

—Jess, me asusté, ¿vale? Me dijiste en un mensaje que te ibas unos días, así de repente, y empecé a pensar… pensar que no querías seguir adelante, que quizás íbamos demasiado rápido. Y sí, sé que debí haber dado señales. Lo siento —se disculpó de nuevo.

Estaba claro que no tenía problemas en pedir perdón, pero de igual forma sus disculpas no me quitaban el resentimiento que estaba sintiendo.

—Lo sientes, vale. Me ha quedado claro. Y ahora es cuando te vas ¿no?, Adelante, puedes hacerlo.—Solté lo que estaba pensando porque era mi mayor miedo. Alec se iba a despedir de mí para siempre, eso decían todas mis alarmas y todas las referencias a sus puñeteras dudas.

—No me voy a ninguna parte —se giró para cerrar la puerta de la calle, que seguía abierta.

—No me alejaré más de diez metros de ti, nunca —dijo, esta vez muy serio—. Quiero estar contigo. Mírame. —Cogió mi rostro en sus manos y clavó sus ojos en los míos.

—Deja de mentirme. —Me zafé de su agarre y le di la espalda. Estaba realmente enfadada.

—¿Tienes idea de lo mal que lo he pasado? Estaba desquiciada, sola, asustada y sin saber nada de ti. Te puedes ir a la mierda.

Me volvió a mirar sorprendido.

—Me iré a la mierda si es lo que quieres, pero solo si está a menos de diez metros de ti —soltó sin más. No creo que pretendiera que sonara a broma, pero se me escapó una carcajada.

Se acercó de nuevo a mí, agarrándome por la cintura y girándome hacia él, y me besó. Me besó, devolviéndome el oxígeno que me había robado los días anteriores.

No me lo esperaba, pero le respondí al beso con la misma ansiedad con la que él me buscaba. Nuestros labios se encontraban y se separaban, como el latido de un corazón o la respiración, de forma inevitable.

Era difícil explicar lo que sentía por él. Mi enfado comenzó a transformarse en algo más; tal vez la furia y la pasión sean solo dos caras de una misma moneda.

Pero, aunque lo deseaba con todo mi ser, aunque necesitaba casi con desesperación que sus manos siguieran tocándome, no podía ignorar la sensación de haberme traicionado a mí misma por haberlo perdonado tan rápido. Y ese conflicto constante dentro de mí… me estaba agotando.

Estábamos sin aliento cuando nos separamos durante unos segundos. Alec parecía desorientado, al igual que yo, quizás por lo fuerza del momento. Habíamos liberado toda la tensión acumulada. Agarró mi mano y me miró fijamente. Yo estaba extenuada, necesitaba parar… detenerme un instante y escapar, aunque fuera por un momento, de mi propia mente.

—Cuéntame lo de los mensajes —dijo de repente.

—La verdad es que no tengo ganas de hablar de eso ahora, y no es más de lo que ya te he contado…

Siguió preguntarme un buen rato, pero le dije que lo hablaríamos por la mañana, y resté importancia al asunto una vez más. Estaba completamente abrumada por la situación y podía sentir cómo mi cerebro trabajaba a toda máquina para eliminar el miedo de mi mente y de mi cuerpo. Se despidió para continuar patrullando, con la promesa de hablar de esos mensajes al día siguiente, y yo me fui a dormir con una mezcla muy extraña de sentimientos.

En cuestión de minutos, estaba soñando, aunque esta vez con algo que no era horrible, para variar.

20. RENCOR

Por la mañana, me desperté nerviosa y ansiosa por ir a trabajar, por verlo. Sentía que Alec se escapaba entre mis dedos como si fuera humo, sin que pudiera hacer nada para alcanzarlo. Ese sentimiento era tan frustrante que casi me resultaba indescriptible.

Me arreglé a conciencia, no lo iba a negar. Quería gustarle cuando me viera y retomarlo donde lo dejamos, sin pensar en nada más. Aunque, en el fondo, una vocecita odiosa dentro de mí me gritaba que no estaba cuidando de mí misma, y me enviaba señales de todo tipo para captar mi atención. Pero la ignoré, como una autentica experta, como si hacer de cuenta que no existía pudiera evitar que, tarde o temprano, todo terminara explotando.

Al salir de casa, noté el aire frío azotando mis mejillas y me arrepentí un poco de haber elegido una falda para un día tan crudo.

Cuando llegué, mi mirada se fue directa al despacho de Alec. Había luz. Enfilé el camino hacia la puerta y entré de golpe sin pensarlo dos veces. Cuál fue mi decepción cuando solo encontré a Pol.

—¡Ey! ¿Cómo estás, Jess? —Pol se levantó y se acercó para darme un pequeño abrazo. No sabía hasta qué punto estaba al tanto de la situación, pero su reacción indicaba que algo sabía. Lira o Alec le habrían comentado algo, y era consciente de lo que existía entre nosotros, así que era lógico pensar que lo supiera todo o casi todo.

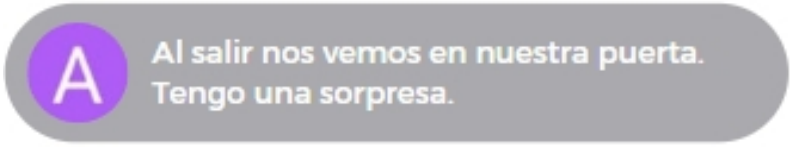
—Bien, genial, Pol. ¿Y Alec? —pregunté con poca paciencia, o más bien ninguna.

—Ha ido a por café, ahora vuelve —dijo.

Me despedí lacónicamente y entré en mi despacho. Me fastidió de una manera exasperante no encontrarlo allí. ¿Por qué seguía sintiendo que me evitaba?

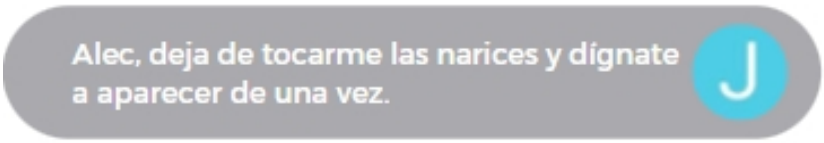
Algo no cuadraba y tenía una mezcla de enfado y decepción. ¿Seguíamos con los jueguecitos? Porque estaba hasta las narices, la verdad.

Unas horas después, mientras estaba ocupada atendiendo a dos vecinos del pueblo, mi móvil sonó.



Genial. ¿Ahora tenía una sorpresa? ¿Por qué no había entrado al despacho al menos para saludar antes de mis citas?

Le contesté bastante seca. Sabía que sonaba enfadada, pero era cómo me sentía y no pensaba ocultarlo. Ya estaba harta de ser comedida y aceptar todas sus actitudes con una dignidad estoica que no me creía ni yo. Siempre me habían gustado las cosas claras, y eso era lo que tendría.





Dejé el móvil sobre la mesa con desgana. ¿No podía simplemente compensarlo viniendo a verme, como siempre hacía?

Sentía que me estaba hundiendo en una espiral de decepción cada vez más dolorosa. Intenté enfocarme en terminar todo lo que tenía pendiente para ese día, con la esperanza de distraer mi mente, pero esta se negaba a cooperar. Divagaba sin control, incapaz de concentrarse en nada sencillo. Alec lo complicaba todo.

Me estaba haciendo sentir como en una montaña rusa, pero los momentos en los que cierras los ojos y quieres que pasen rápido cada vez eran más, y no lo soportaba.

Cuando faltaba poco más de media hora para salir, tuve que entrar en el archivo a buscar un expediente muy antiguo que me había encargado Maybel.

Se encontraba al fondo, en uno de los primeros legajos. Cogí las escaleras para alcanzar la carpeta del expediente que estaba en la fila más alta de la estantería, y cuando lo retiré, pude ver el trozo de pared que tapaba esa carpeta.

Era la pared donde empezaba el antiguo archivo. Bajé de las escaleras y al mover ligeramente la estantería, se apreciaba la puerta de la que Alec me había hablado cuando me llevó allí. Sentí un pinchazo en la boca del estómago al recordar ese momento.

Cuando por fin salí, esperé a Alec en la puerta del archivo porque, contra todo pronóstico, seguía confiando en él, a pesar de que no hiciera ningún esfuerzo para ganarse esa confianza. Y, como no, los minutos pasaban muy despacio y se acumulaban, haciéndome sentir estúpida. Después de esperar unos quince minutos, decidí irme.

Estaba hasta las narices de sus tonterías y de que se hubiera convertido en un fantasma que parecía no haber estado nunca en mi vida. No estaba dispuesta a aguantar sus estupideces ni un solo segundo más.

Me dirigí andando a casa con un cabreo impresionante. Mi forma de andar hacía a la gente cambiarse de acera para no toparse conmigo. La ira crecía por momentos y solo quería lanzar algo a la cara de ese engreído. ¿Quién se creía que era para ningunearme así? Estaba rozando mi límite, si es que no lo había sobrepasado ya.

Cuando iba a cruzar el paso de peatones que me separaba de la calle de casa, Alec apareció con el coche patrulla y se plantó en mitad del mismo.

Frené en seco. Me quedé paralizada y casi podría jurar que el tiempo se ralentizó. Vi a Alec bajar del coche como a cámara lenta. Parecía que hubieran pasado años desde la última vez que lo vi, a pesar de haberlo visto la noche anterior. Casi parecía haber sido un espejismo. Cuando miré su cara y vi sus ojos buscando los míos, volví a pisar la tierra.

Llegó hasta mí e intentó agarrarme la mano, pero di un paso atrás de inmediato, como un resorte.

—¡Capullo! —le grité con todas mis fuerzas en plena calle.

Él me miró con los ojos muy abiertos y expresión de sorpresa y después me agarró del brazo izquierdo. Si prefería que no hubiera gritado que se hubiera presentado cuando le tocaba.

—¿A qué juegas? ¿Crees que puedes poner mi vida patas arriba y desaparecer sin más cuando te da la gana?

—¡Te juro que te odio! ¡Suéltame, joder! —volví a gritarle en su cara mientras me zafaba de su agarre y le golpeaba el pecho con uno de mis puños.

Él no dijo nada. Me sujetó con más fuerza y me metió en el asiento de atrás del coche como si no me conociera y me acabara de detener, cosa que me dio aún más coraje.

Aparcó junto a la puerta de casa y antes de bajar, se giró para mirarme desde el asiento del conductor. Su rostro no parecía mostrar ningún sentimiento, y eso me descolocó y quizás me dolió un poco. Si pretendía enfadarse, lo llevaba claro. No tenía derecho, y no iba a permitírselo.

Y tras unos segundos de silencio, dijo—: Y ahora, si has terminado de insultarme, hablaremos.

21. RECORDAR

—Pues no sé si he terminado —dije cruzándome de brazos.

Alec salió del coche y abrió mi puerta para que saliera. Entramos en la casa y, de repente, sentí cómo toda la fuerza que la ira me había hecho acumular se desvanecía. Me desinflé, aunque no pensaba callarme nada de lo que tenía que decirle. Pero antes de que pudiera siquiera ordenar mis pensamientos, empezó a hablar, sin darme tiempo a decidir qué decir o hacer.

—Jess, Sé que he estado raro últimamente y que no te he dado ninguna explicación coherente—dijo.

—He estado hecho un lio, tenía dudas y mi forma de gestionarlas no es lo que se esperaría de una persona adulta. No quería hacerte daño, eso te lo prometo. —Seguía sin tener claro si quería estar conmigo o si quería largarse calle abajo. Era como si estuviera atrapado entre dos opciones opuestas y ninguna de ellas le satisficiera del todo.

—Alec, sinceramente, no te entiendo. Y lo peor de todo es que yo no buscaba complicarme la vida, pero eso es exactamente lo que ha pasado contigo. No me merezco esto. Eres todo de lo que cualquier mujer saldría corriendo, eres un caos—dije, alzando las manos al aire—. Así que, si tienes tantas dudas y estás tan confundido, te lo pondré fácil.

Abrí la puerta de mi casa.

—Adiós —dije, con una mezcla de tristeza e ira en mi voz.

—Jess... no quiero perderte, es solo que... —Alec no terminó la frase.

—No me pierdes, nunca he sido tuya. —Necesitaba que se fuera o me vendría abajo.

—De verdad, Alec, no quiero esto en mi vida. Quiero a alguien que sepa lo que valgo y que sus dudas sean solo por si pedimos chino o tailandés, no esto. —Procuré no mirarlo a la cara. No quería empezar a llorar.

Alec parecía enfadado. Podía ver cómo la rabia lo consumía poco a poco.

—¡Joder! ¡No es esto lo que quiero! ¡Te quiero a ti! —gritó, dándole con el puño a un ladrillo de la entrada. Parecía estar dirigiendo esas palabras a otra persona en lugar de a mí. Nunca lo había visto perder los papeles de esa manera.

Se acercó rápidamente, como si una fuerza lo atrajera, y me rozó el rostro con el dorso de su mano.

—Jess, no habrá más dudas. Solo quiero estar contigo. Se acabó, de verdad. La idea de que no me vuelvas a mirar como lo hacías me destroza —dijo.

—No, tú te has encargado de hacer desaparecer esa mirada, ahora no me vengas con tonterías. De verdad, paso de esta situación. Lo siento —dije apartándolo de mí.

Por favor, no me hagas esto —suplicó.

—¿Que yo no te haga esto? —pregunté ojiplática.

—Lo he hecho todo terriblemente mal, lo sé. Necesitaba ese tiempo y te lo impuse sin dar explicaciones —dijo.

Estaba cabreada y, al mismo tiempo, asustada. Asustada de que sus palabras no significaran nada, de que fueran solo eso… palabras, llevadas por el viento, y que desaparecieran igual que él lo había hecho.

—¿Crees que es normal hacerme creer que el hombre del que estoy enamorada ha desaparecido sin más? Me abandonaste —solté con rabia.

—No te abandoné, Jess. Puede que me equivocara, pero pensé que era lo mejor para aclararnos, bueno, aclararme —dijo lamentándose.

—Pues no lo fue, en absoluto —respondí cruzando los brazos—. Solo me heriste, sin más.

—Ahora estoy aquí, diciéndote que no tengo dudas, ya no, y además soy el hombre del que estás enamorada, ¿no es así? —dijo, esbozando una pequeña sonrisa, intentando cambiar mi estado de ánimo.

—Eso significa que todavía lo estás, ¿verdad? —preguntó emocionado.

—¿Y quién me asegura que esas dudas no volverán? —pregunté, haciendo caso omiso de su intento de llevarse la situación a su terreno y de mi confesión de amor.

—Yo.

—Tú no eres una fuente muy fiable, no te ofendas —dije con el ceño fruncido.

Alec negó con la cabeza y se acercó a mí con urgencia, levantándome del suelo en volandas y dando un par de vueltas sobre nosotros mismos, conmigo en brazos.

—¡Alec, bájame! ¿Qué haces? —grité entrecortadamente.

—Yo seré todo lo que necesites. Si necesitas fuentes fiables, te construiré una en el jardín y te prometo que tendrá agua todos los días del año.

Lo miré como si estuviera loco y, sin poder evitarlo, empecé a reírme.

—Sí, por favor, ríete. Necesito escuchar el sonido de tu risa, necesito escucharla todos los días.

Me bajó y agarró mi cara entre sus grandes manos, que prácticamente cubrían todo mi rostro.

—Te he echado tanto de menos… —dijo.

Y me besó, con fuerza y anhelo, y, una vez más, empecé a creer que Alec estaba allí conmigo y que todo iría bien.

Sabía que no debía aferrarme a esa felicidad como si fuera algo eterno, que probablemente era solo un instante fugaz… pero me resistí a esa realidad aproximadamente cinco segundos.

Tenía miles de preguntas sin respuesta. Y, siendo honestos, él no debía darme razones para hacérselas, debía disipar mis dudas con facilidad. Pero no lo había hecho. Había vuelto a cambiar de tercio, y yo lo sabía. Lo sabía… y aun así.

Vivir con un cinturón de seguridad es más cómodo, pero no es tan emocionante, y en ese momento sentí que valía la pena volver a creer en él. Me permití experimentar una felicidad plena y dejar de lado ese temor abrumador de perderlo todo, de perderlo a él, de perderme a mí misma. Decidí convivir con su naturaleza volátil y rezar para que no apareciera de nuevo.

A pesar de todo, en ese momento de mi vida aparté los temores y los miedos, y tome la decisión de vivir para recordar o al menos lo intentaría, ya fueran recuerdos buenos o malos.

22. DESCANSO

Convivir con la ansiedad hace que quieras tenerlo todo bajo control. Hace que necesites la certeza absoluta en cada uno de los pasos que das, y obviamente, eso es imposible. Por esa razón, Alec me traía de cabeza.

Es cierto que la felicidad lograba enmascarar los síntomas de la ansiedad, pero cuando menos lo esperaba, esta regresaba para recordarme que no tenía el control de nada. Y eso me desquiciaba.

A veces cerraba los ojos y, con todas mis fuerzas, le pedía al universo —o a lo que fuera que estuviera por encima de todo— que enviara un genio a la Tierra, alguien capaz de responder todas mis preguntas sin respuesta.

¿Alguna vez has escuchado esas típicas preguntas? : «¿Te gustaría saber cómo vas a morir?» o «¿Te gustaría saber cuándo?». Pues mi respuesta a esas preguntas era un rotundo sí. Sentía la necesidad de saberlo todo para poder respirar tranquila. Si en otro momento de mi vida hubiera sabido lo que estaba por venir… bueno, tal vez habría hecho las cosas de otra manera.

Pero Alec era una contradicción andante de todo eso, y aunque estar con él me hacía olvidarme de todo, la ansiedad seguía estando ahí. Luchaba contra ella y hacia un ejercicio de fe cada día para sortearla y creer de verdad que todo siguiera estando bien.

A veces, Alec me preguntaba sobre ella y cómo la enfrentaba. Hablar de ese tema me hacía sentir vulnerable. También quería saber qué me la provocaba, pero eso no pensaba contárselo. Nunca. Ni que él mismo la disparaba con sus idas de olla. La verdad era que, la mayoría de las veces, ni siquiera la enfrentaba… ella me

vencía. Y no quería que lo supiera. Por eso, casi siempre esquivaba el tema.

——————— ✧ ———————

Conseguí pasar página con el asunto de su desaparición, porque lo creía. Confiaba en él. Empezamos a disfrutar nuevamente el uno del otro. Cada día que pasaba con él lo vivía como si fuera el último, en parte debido al miedo de perder la felicidad que me brindaba. Vivir con ese miedo me carcomía pero lo apartaba de mi mente. No quería pensar hasta qué punto era insano vivir con esos miedos, hasta qué punto Alec no era bueno para mí. ¿Había sido algo puntual o no sería la última vez que me haría llorar?

Alec empezó a quedarse a dormir en mi casa con más frecuencia, y me encantaba. Despertar a su lado me hacía sentir algo que nunca antes había experimentado, una calidez que se instalaba en mi pecho y me envolvía por completo. Además, me daba una sensación de seguridad en lo nuestro que necesitaba con urgencia.

Cuando se quedaba, desayunábamos juntos y nos íbamos andando hasta el ayuntamiento. Era de mis cosas favoritas en el mundo. Una mañana, mientras íbamos de camino, Alec me miró muy serio:

—He estado pensando —comentó.

—Creo que el tío que te atacó podría estar detrás de esos mensajes que me contaste. No tengo aún un nexo de unión claro, pero sigo indagando —dijo, dándome un beso en la sien mientras me pasaba el brazo por los hombros.

Asentí y le di un leve beso en los labios. No había recibido más mensajes y no quería darle demasiadas vueltas.

—Oye, ¿no me debías una sorpresa? —le pregunté.

—Te debo mucho más que eso —susurró en mi oído y me dio un suave beso en la mejilla.

Me sonrojé.

—Pero sí, te lo dije y era cierto. ¿La quieres hoy?

—¿Hoy? ¡Vale! —exclamé, sonriendo mientras entrabamos en el ayuntamiento.

Nos detuvimos en el umbral que separaba nuestras puertas y nos despedimos con un beso corto, pero perfecto. Antes de que se marchara, le saqué la lengua y él meneó la cabeza, sonriendo, antes de entrar en su oficina.

Cuando salimos más tarde, Alec me pasó un casco para la moto y arrancó sin decirme adónde íbamos y, sinceramente, me daba igual donde fuéramos, siempre que estuviera con él.

23. FANTASÍA

Quince minutos después de salir de Wislow, llegamos a una zona repleta de prados, vegetación y bosques. Me dejó sin palabras. Wislow era un pueblo con mucha naturaleza, pero esto era completamente diferente. El aroma a hierba y campo era vigorizante, y la alfombra vegetal que pisaban mis pies desprendía una frescura agradable, probablemente debido a las recientes lluvias.

—¿Dónde estamos? ¿esto es Wislow? —pregunté.

—Sí, estamos a las afueras —dijo Alec, quitándose el casco de la moto. Me encantaba verlo quitarse el casco.

—¿Ves ese grupo de árboles? —me preguntó.

Me giré para observar lo que me señalaba y vi un conjunto de árboles que estaba a unos cincuenta metros de nosotros.

—Allí está tu sorpresa —dijo.

—¿Has plantado un ciprés con mi nombre? —pregunté riéndome.

—Le pondría tu nombre a todo el bosque —Alec me miró, y una punzada de nervios me recorrió el estómago.

Sonreí, bajando la vista hacia mis manos.

—Ven, vamos a verlo.

—¿Mi ciprés?—Me dio la risa floja.

—Serás tonta, ¡que no es un ciprés! Aunque empiezo a pensar que en el fondo te hacía ilusión —respondió riendo.

Los dos avanzamos en la dirección que él había señalado, mientras nos tronchábamos con la tontería del ciprés.

—Bueno, no es un ciprés, pero te prometí que te enseñaría a disparar —dijo, señalando una pequeña galería de tiro artesanal.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Lo has hecho tú? —pregunté, completamente sorprendida.

Frente a nosotros, a unos metros de distancia, había varias dianas hechas con círculos de madera extraídos de los árboles. A un lado, decenas de latas estaban agrupadas, listas para recibir disparos. Más al fondo, colgando de las ramas, neumáticos se mecían con la brisa, convertidos en blancos móviles. En algunos de ellos había papeles con siluetas negras dibujadas, pegados en los neumáticos, todo diseñado para practicar el tiro en movimiento.

Mire a Alec impresionada.

—Me gusta venir a practicar por mi cuenta. Estamos lejos del pueblo, no molesto a nadie y, bueno, tengo permiso, claro. Las galerías de tiro de la ciudad están demasiado lejos, y aquí podemos buscar nuestros propios sitios, siempre y cuando sean como este —explicó—. Ventajas de vivir en un pueblo tan apartado, supongo.

—¿Me vas a dejar disparar? —Parecía una niña pequeña la mañana de Reyes. De verdad me hacía ilusión y sentía curiosidad por ver la cara de Alec cuando me viera en acción.

—Eh…no, te he traído solo para que veas como disparo yo. Soy la caña, ya verás. —Se burló de mí.

—¡Oye! ¡De eso nada! —dije empujándole de broma.

Alec sacó su pistola y, con sumo cuidado, me explicó que siempre la llevaba descargada. En caso de llevarla cargada, mantenía el seguro puesto y la primera bala sin preparar, para evitar disparos accidentales debido a la sensibilidad del gatillo. Después de cargarla, se dispuso a disparar a las dianas que él mismo había creado. Realizó tres disparos que resonaron en mis oídos como si hubiesen retumbado en todo el mundo. Acertó los tres en el blanco.

—¡Vaya, menuda puntería! —Le celebré.

—Venga, ahora inténtalo tú.

Se acercó por detrás para explicarme cómo debía sujetar la pistola, la posición de la mano y la postura adecuada para minimizar el retroceso. Su contacto me erizaba la piel y me desconcentraba, aunque, en realidad, no necesitaba concentración ni instrucciones.

—Vale, ahora respira hondo y luego fija la mirada en el punto donde quieres acertar. —Su voz intentaba darme seguridad.

Me preparé, enfoqué la vista en la diana y no necesité ni respirar ni temer al retroceso. Realicé cinco disparos, todos en el centro.

Cuando me giré y vi la expresión de Alec, no pude evitar soltar una carcajada. Tenía la boca abierta y los ojos como platos.

—¿Pero quién eres? ¿*Lara Croft*? ¿Cuántas veces te has pasado el *Tomb Raider*? —Alec estaba totalmente asombrado, con una expresión de genuina estupefacción en el rostro. Se pasaba las manos por el pelo, la sorpresa no abandonaba su rostro y, aunque me hacía gracia, no me gustaba demasiado que me subestimara tanto como para causarle tal nivel de asombro.

—Bueno, yo era más de *GTA* —dije con una sonrisa pícara—. Y también hija de militar, más concretamente, coronel del Ejército del Aire. He disparado cosas más grandes que esta, cariño. —Guiñé un ojo mientras señalaba la pistola.

—¡Pero qué sinvergüenza eres! —exclamó, viniendo hacia mí con intención de cogerme en brazos y lanzarme sobre sus hombros. Tuve el tiempo justo para poner el seguro a la pistola y dejarla en el suelo. Eché a correr para que no me alcanzara, mientras ambos gritábamos como locos.

—¡Ven aquí, canalla! ¡Qué callado te lo tenías! —Él seguía corriendo detrás de mí y, cuando llegué a un árbol enorme que parecía una secuoya, me escondí detrás. Los dos comenzamos a dar vueltas alrededor del tronco: él para atraparme y yo para escaparme.

Al final, eché a correr, pero me alcanzó y los dos caímos sobre la hierba fresca, muertos de risa. Quedé tumbada boca arriba en el suelo, con él encima de mí.

—No deja de sorprenderme, Forbes —dijo, refiriéndose a mi apellido, cosa que me resultaba tremendamente sexy en su boca.

—Me gusta sorprenderle, señor Scott —le respondí con una sonrisa.

Alec me retiró un mechón de pelo de la cara y me acarició la mejilla.

—¿Siempre te sorprendo? —pregunté, para que me repitiera su afirmación.

—Siempre, y no sabes cuánto me alegro de que sea así.

Notaba su cuerpo apretado contra el mío y también esa urgencia que estaba creciendo entre los dos.

—No sabes cómo me ha gustado verte disparar —le dije, mordiéndome el labio inferior.

—Umm… lo sé —sus labios estaban casi rozando los míos, y podía sentir que a él también le había encantado verme disparar; su cuerpo hablaba solo.

Me agarró la pierna para alzarla a la altura de su cintura, y yo aferré su rostro entre mis manos. Estábamos en perfecta sintonía. Solo quería que me hiciera suya en el acto. No podía esperar más.

Me lancé a besarlo con desesperación, sintiendo cómo la hierba humedecía la parte superior de mi vestido. Cada uno de sus besos me arrebataba el alma del cuerpo por unas milésimas de segundo; casi podía sentir cómo regresaba a mí en el instante en que perdía su contacto.

Alec se aferraba a mis muslos con vehemencia mientras se deshacía de los pantalones. De un tirón, rasgó mis medias para poder acceder a mí sin obstáculos.

Y sin darle ni un segundo de cortesía para poder actuar como un caballero, le rogué que lo hiciera ya. Necesitaba tenerlo dentro de mí y no podía esperar ni un segundo más.

Él no se hizo esperar y se adentró en mí con todas sus fuerzas, llenándome como nunca nadie lo había hecho... excepto él. Deslizaba mis manos por su torso, y su contacto me erizaba la piel, transportándome al limbo. Me perdía en la sensación de ser suya. Me desbordaba. Siempre deseaba parar el tiempo cuando estábamos juntos. Ojalá pudiera haberlo hecho. Habría vivido en ese momento eternamente si hubiera podido.

Y una vez más, fue una de las mejores sensaciones que experimentaría en mi vida. Tenía la certeza absoluta de que ningún otro hombre me daría lo que él me daba. Alec se recostó sobre mi pecho y respiró profundamente.

—Te amo —dijo casi en un susurro.

Yo me guardé mi respuesta, a sabiendas de que podía ocasionarle algunas inseguridades, pero, aunque lo sintiera, no estaba preparada para decirlo todavía.

Ambos nos quedamos así, tumbados sobre la hierba, todavía siendo uno, esperando a que el otro se moviera, pero eso no sucedía. Simplemente disfrutamos de ese momento mágico e inigualable, y en silencio, le rogué al universo que no me la jugara esta vez.

24. MIEDOS

Hacía semanas que no recibía ningún mensaje. Quizá mi acosador se había cansado o simplemente se había dado por vencido. Si era el hombre que intentó atacarme, Alec me aseguró que ya estaba definitivamente en la cárcel. Por lo tanto, tenía sentido que los mensajes hubieran cesado si se trataba de él, y aunque Alec me mantenía al tanto del tema cada pocos días, preferí no darle demasiada importancia y dejarlo estar. Él estaba convencido de que ese hombre era el responsable, pero yo sabía que no podía ser él… tenía información demasiado detallada sobre mí. Y si no era él, entonces, ¿quién me enviaba los mensajes?

Mi relación con Lira se había vuelto tensa desde que me ocultó que había hablado con Alec. Sabía lo mal que lo estaba pasando y lo preocupada que estaba por encontrarlo, pero, aun así, no dijo nada. Alec me lo contó sin darle mucha importancia; para él, no fue más que un comentario casual. Ella era su amiga y le había confiado sus dudas con lo nuestro, pero para mí fue revelador. Me sentí dolida.

Lira era muy lista y sabía perfectamente que mi distanciamiento se debía a eso. No forzaba la situación, y me daba pena, pero no podía ignorar que su comportamiento no me pareció honesto. Yo también era su amiga… o al menos eso decía ella. Pero una amiga no actúa así.

Una mañana subí a su despacho para que me entregará un expediente.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Bien Lira, gracias —le dije, con cierto tono amable. No quería crear más tensión entre ambas.

—Jess, ¿Sabes que no quise provocarte más preocupación verdad? —dijo.

—Lo sé, pero es justo lo que hiciste.

—De verdad que no quería, estaba entre la espada y la pared…

—Da igual Lira. En serio, prefiero que pasemos página —le sonreí levemente.

—Solo quiero que sepas que te comprendo. Entiendo que te enfadaras conmigo y no quiero que nuestra relación se convierta en esto, te pido perdón, de todo corazón—dijo mirándome a los ojos. Sabía que era sincera. La conocía lo suficiente como para saber que su disculpa era verdadera.

—Te lo agradezco. Cuando quieras tomamos un café ¿vale? —le dije jovialmente para liberar algo de la tensión que se había acumulado en el ambiente.

Ella asintió con una gran sonrisa y luego salí de su despacho con un pequeño peso menos sobre mis hombros, aunque Lira había sembrado una desconfianza en mí que tardaría en sanar.

Me encontraba en mi despacho, trabajando en el expediente de uno de mis usuarios, cuando Alec entró a «coger algo de la impresora». Sabía que quería verme. Fue directo a la impresora, cogió un folio cualquiera y se acercó a mi mesa.

—¿Qué haces la semana que viene? —me preguntó, inclinándose para rozar mi mejilla con su mano.

Yo abrí un poco los ojos porque Serry estaba en el archivo buscando unos documentos. Le hice señas para que entendiera que nos podía oír, aunque a mí ya me daba igual que se enteraran, la verdad.

Al ver mi expresión se giró y vio a Serry salir del archivo, nos miró a ambas mientras cambiaba su postura a una menos intima.

—Bueno en realidad ¿Qué hacéis las dos? —dijo.

—¡Ah! Es tu cumple ¿verdad? —preguntó Serry.

—¡Efectivamente! Dios Serry, tienes una memoria alucinante —dijo Alec.

Y era cierto, siempre me sorprendía la memoria que tenía mi compañera para todo.

Me quedé un poco parada, porque nunca habíamos hablado de algo tan sencillo como nuestros cumpleaños. Eso me hizo pensar que, quizá, no nos conocíamos tanto como quisiéramos, aunque supongo que al inicio de una relación esas cosas son normales.

Pensar en la palabra «relación» con respecto a Alec me abrumaba. Nunca habíamos hablado sobre qué éramos, pero ambos sabíamos lo que sentíamos el uno por el otro. ¿Era realmente necesario ponerle un nombre? ¿O ya éramos lo suficientemente adultos para entenderlo sin etiquetas? La verdad es que tenía algunas lagunas que necesitaba rellenar al respecto.

—Espera, hay algo más este mes…—dijo Serry pensando.

—Sí, mi cumpleaños también es la semana que viene—dije con cierta vergüenza.

—¡Eso! —exclamó Serry.

—¿Qué dices? —La cara de Alec era muy graciosa.

—¿Qué día? —preguntó con unas ganas enormes de saber la respuesta.

—El día trece —dije.

— ¡El mío es el doce! —exclamó.

—¡Fiesta conjunta! —vitoreó de nuevo Serry.

—De hecho para eso venia, para invitaros a tomar algo, después del trabajo. Habrá comida y tarta —dijo Alec. Se le veía muy contento con la idea.

—¿Qué te parece? ¿Lo celebramos juntos? —me preguntó guiñándome un ojo.

Serry estaba tan entusiasmada que se acercó a nosotros dando pequeños saltitos.

—¡Si, si, si! —gritó. Parecía más su cumpleaños que el nuestro.

—¿Vendrá Juls? —preguntó Serry.

La expresión de Alec fue cambiando lentamente en un intento de disimular el impacto que esa pregunta le había causado.

—Eh, no. Solo gente del trabajo —dijo con un tono de voz diferente.

Estiró su mano para estrecharla con la mía.

—¿Trato hecho? —preguntó, volviendo a su jovialidad habitual.

Asentí y todo quedó sellado. La próxima semana cumpliría treinta años y lo haría junto a Alec.

Pero no podía pasar por alto su reacción cuando Serry mencionó ese nombre. Quería preguntarle al respecto y sabía que no me lo quitaría de la cabeza hasta hacerlo.

——————— ✧ ———————

Desde que Alec me descubrió el antiguo archivo, me gustaba pasar tiempo allí de vez en cuando. Me traía buenos recuerdos y me llenaba de paz estar rodeada de tantos libros. Aquel lugar parecía más una biblioteca que un archivo.

Una tarde, cuando la ansiedad me estaba dando guerra, salí a pasear y acabé allí. Me había hecho con la antigua llave que lo abría y había dejado un farol eléctrico para tener luz cuando fuera.

Me gustaba leer o encontrar libros antiguos y ver el año de edición. Tenía una pequeña obsesión por las primeras ediciones, y en ese archivo había muchísimas.

Estando allí sonó mi teléfono. Era Alec.

—¿Si? —contesté.

—Estoy en tu casa, ¿No estas por lo que veo no?—preguntó él.

—Estoy en el archivo —contesté.

—¿Sin mí? —preguntó Alec, con falso tono de ofendido.

—Puedes venir si quieres —le dije con voz melosa.

—Te veo enseguida —y colgó.

Alec llegó en menos de cinco minutos, era lo bueno de Wislow.

Cuando entró, me encontró sentada en el suelo, rodeada por dos columnas de libros, y con una primera edición de «El extraño caso del doctor Jekyll y Mister Hyde» en mis manos. Sostener un libro de casi ciento cuarenta años de antigüedad era increíble. El día que lo encontré, no podía creerlo; hallar libros así generaba en mí una felicidad difícil de describir. Aunque, volviendo a la historia del libro, siempre me provocaba desasosiego.

Se quedó parado, apoyado en la puerta, mirándome.

—¿Que? —le pregunté risueña.

—Nada. Me gusta verte así, parece tu hábitat natural. Es como ver a los animales en la naturaleza, me reconforta.

Le sonreí.

Alec se acercó y se sentó a mi lado.

—¿Doctor Jekyll y Mister Hyde? —preguntó.

—Siempre me ha llamado la atención como trata la dualidad de los seres humanos. Como todos tenemos bien y mal dentro. Nadie tiene solo una cara… aunque también me da repelús —contesté, con un gesto apropiado para acompañar la palabra «repelús».

—Sería estúpido pensar que la gente es perfecta. Todos tenemos esa doble moral —dijo él.

En mi cabeza solo retumbaba una pregunta que no tenía nada que ver con nuestra conversación, y no podía contenerla más.

—Alec, ¿Quién es Juls? —solté.

Bajó la mirada al suelo y cogió una gran cantidad de aire.

—Una antigua compañera —dijo.

—¿Del trabajo? —pregunté.

—No, bueno, algo así. Venía a menudo, hace tiempo que se fue, pero Serry la apreciaba. Imagino que por eso pregunto si vendría a la fiesta —contestó apresuradamente.

—¿Sabes que estas siendo de lo más obtuso verdad? —no me estaba quedando claro nada de lo que decía y su actitud no ayudaba.

—Si te ha preguntado si vendría será porque tienes un vínculo con ella ¿no? —Intentaba sacarle las palabras pero era difícil.

—Claro, el vínculo de una antigua compañera. Ya está —dijo.

—Pero si no era compañera ¿no? —Lo miré cabreada—. ¿Tuvisteis algo no?

Lo único que se me ocurría para su actitud extraña era eso.

—¿Qué? ¡No!, Jess, no te preocupes por eso, de verdad. Es una tontería y solo quiero celebrarlo contigo, me hace mucha ilusión. No quiero perder nuestro tiempo pensando en gente que no viene al caso —dijo.

—Alec, a veces pienso que no nos conocemos, no como deberíamos —le confesé.

—Eso tiene arreglo. ¿Qué quieres saber? —preguntó.

—No es eso, Alec. ¿Tú no quieres saber que hice o donde estuve antes de conocerte? Porque yo sí, a veces pienso que lo que siento me da todas las respuestas y otras veces creo que no.

Alec me miró como a un sudoku al que le tienes manía.

—Bueno, Jess, aunque estés muy rara y no entienda demasiado bien qué te ronda por la cabeza, te diré que me llamo Alec Scott. Tengo un hermano menor que es psicólogo como tú, se llama John. Mis padres viven en la ciudad; mi padre es policía y mi madre, médico. Me encantan los animales y tengo un labrador que se llama

Gapi y que vive con mis padres. Siempre tuve claro que quería ser policía, seguir los pasos de mi padre. Adoro a mi familia. Me gusta AC/DC y Romeo Santos… sí, no me juzgues, me pueden gustar los dos. Y lo más importante: estoy loco por ti. Por cada poro de tu piel. Por tu boca, tus ojos, tu olor… Siento que, desde que te conocí, encontré una pieza del puzle que ni siquiera sabía que me faltaba, y ahora no puedo ni quiero vivir sin ti. Te amo, y haría cualquier cosa para que fueras feliz y tuvieras la certeza de que eso nunca va a cambiar.

Su alegato me dejó casi sin parpadear. Creo que intuía que, en el fondo, yo temía que lo nuestro pudiera quebrarse en cualquier momento y quería dejarme clara su postura al respecto.

Me reconfortó y sí, me tranquilizó. Agarré su mano y la besé. Él se acercó más a mí y me besó la nariz.

—Cuando quieras, puedes contarme todo lo que te apeezca sobre ti; estaré deseando escucharte —dijo.

Yo tenía muchas cosas que contar pero ninguna de esas cosas podían gustarle, es más, podían espantarlo.

Estuvimos un buen rato hablando, pero no de lo que podría no gustarle, sino de nosotros, nuestras vidas, lo que nos hacía felices… y fue uno de los mejores momentos que vivimos juntos. Me sentía parte de él en la expresión más completa de la palabra, y por el momento solo me preocupaba encontrarle un regalo de cumpleaños, aunque debí haber prestado más atención a las señales, pero una no puede preocuparse por algo que desconoce.

25. REGALOS

Decidimos celebrar la pequeña fiesta un día antes de nuestros cumpleaños, aunque yo tenía en mente hacerle mi propia fiesta, una nuestra y privada.

Cuando llegamos al bar justo enfrente del ayuntamiento, donde habíamos quedado con todos, aluciné. Habían decorado el lugar con globos de todos los colores, y una pancarta colgaba del techo con un gran «¡FELICIDADES!» escrito en ella.

Todos llevaban gorritos de cumpleaños, y la escena me recordó a las fiestas que organizaban mis padres cuando éramos pequeñas. Alec y yo nos miramos al mismo tiempo y ya no pudimos parar de sonreír.

Nos lo pasamos en grande con todos, no faltó nadie, y disfruté viendo la risa de Alec en todas sus versiones. Además, limé asperezas con Lira. Fue un día perfecto.

A mí me regalaron un sello del «Ayuntamiento de Wislow», y me encantó; siempre estaba buscando uno porque no tenía el mío propio. Fue un regalo en plan broma, pero me hizo muchísima ilusión.

A Alec le regalaron un set de policía de juguete. Todos insistieron en que se colgara las mini esposas, la pistolita y la gorra, que, lógicamente, no le entraba. Por lo tanto, la apoyó sobre su pelo, haciendo que todos se troncharan de risa.

En un momento dado, Pol se dirigió a los dos y dijo en voz alta—: Bueno, los cumpleañeros, que se junten para una foto.

Alec y yo nos miramos y nos colocamos para la foto. Pol tiró unas cuentas mientras los demás seguían bebiendo y riéndose de las pintas de Alec.

—Oye, ¿y si la coges en brazos? En plan recién rescatada de un atraco —dijo Pol.

Yo sabía lo que intentaba y no me importaba en absoluto que los demás se enteraran de lo nuestro. Parecía que a Alec tampoco le preocupaba lo más mínimo, lo cual, tenía que admitir, me tranquilizaba.

—¡Eso está hecho! Ven Jess —dijo.

Alec me cogió en brazos como un marido coge a su mujer para pasar por el umbral de su nueva casa por primera vez.

Empecé a reírme con ganas y miré a Alec, que me observaba al mismo tiempo, riéndose sin parar.

Pol guardó su móvil y sacó una cámara Polaroid que había llevado para la ocasión. Con ella, capturó ese momento de felicidad plena entre los dos. En la foto, Alec me tenía en brazos, yo salía con la cabeza hacia atrás, riéndome, y él me miraba con una sonrisa radiante.

Pol se acercó y me dio la foto.

—Gracias Pol.

Para mí aquella foto valía más que todo lo demás.

No teníamos fotos de los dos solos y guardé la polaroid en mi cartera, como un tesoro.

Llegué a casa con un estado de felicidad altísimo y, para qué mentir, también algo piripi. Miré nuestra foto una vez más antes de guardarla de nuevo en mi cartera, pero coloqué sobre la estantería otra en la que salíamos todos juntos, justo al lado de una de la tía Helen con sus tres perros.

Esa casa estaba llenándose de trocitos de mí, y yo, de ella.

Le dije a Alec que viniera a las doce de la noche. Para entonces, ya sería su cumpleaños y quería ser la primera en darle su regalo. Llegó a las doce menos cinco.

Cuando abrí la puerta, su expresión era una mezcla de ansia, impaciencia y pasión. Lo recibí con un camisón corto de encaje color champán… y nada más. Me había ondulado el pelo y maquillado sutilmente.

—Llevo todo el día soñando con este momento.

Alec entró, cerrando la puerta de un portazo tras de sí, y me agarró por la cintura con vehemencia.

—Pues ya ha llegado. Felicidades —dije, dándole un beso tan intenso que sentí como las mariposas me bailaban en el estómago.

Me levantó del suelo cogiéndome a horcajadas mientras yo rodeaba con mis piernas su cintura.

Subimos la escalera que llevaba al dormitorio a trompicones, parándonos por el camino, empujados por el placer.

Alec me excitaba como nadie lo había hecho antes. Con él, perdía completamente la cabeza, y cuando no estaba a su lado, solo podía pensar en el momento de volver a él. A veces, me descubría a mí misma pensando en esos momentos, y me asustaba que pudieran nublarme el juicio, pero me sentía incapaz de no sucumbir a su piel, su masculinidad, su cuerpo, su rostro, a todo lo que era, no solo físicamente, todo él.

No era solo que yo lo tuviera en un pedestal y por eso para mí fuera impresionante, es que realmente Alec era un amante excepcional.

Antes de terminar de subir la escalera, me empujó contra la pared y deslizó el tirante de mi camisón, dejando al aire uno de mis

pechos. Levantó mi pierna, que fue a parar sobre la barandilla de la escalera y que me auxilio a modo de apoyo. Y entonces, él empezó su magia.

Me exploraba como nadie, sabía perfectamente donde y como tocar y me volvía loca. Era capaz de decir o prometer cualquier cosa en ese momento.

—Dime que sientes —susurró Alec a mi oído.

Yo apenas podía articular palabra mientras sus manos me dominaban.

—Dímelo —inquirió.

Saque fuerzas para hacer salir de mi boca algo que no fuera un gemido.

—Me muero por ti —conseguí decir.

Él seguía recorriéndome sin descanso con sus manos.

—¿Qué más? Vamos, dímelo. —exigió con una voz profunda, casi un gruñido.

No sabía que quería escuchar pero yo solo podía pensar en él dentro de mí.

—Alec… —supliqué, pidiendo más de él.

—Pídemelo.

—por favor… —gemí.

—¡Dilo! —rugió.

—Alec, por favor… te necesito dentro de mí —supliqué, con la voz entrecortada y los ojos encendidos de deseo.

En mitad de la escalera, rozando casi el éxtasis, Alec entró en mí con desesperación y anhelo, y soltó un grito ronco al hacerlo.

Yo solté otro menos ronco y más sonoro. Me volvió a regalar uno de los mejores orgasmos de mi vida, y sabía que para él era igual. Me volvió a coger en brazos para llevarme a la cama, escaleras arriba, y allí volvimos a la carga, toda la noche. Nunca nos saciábamos el uno del otro. Nunca.

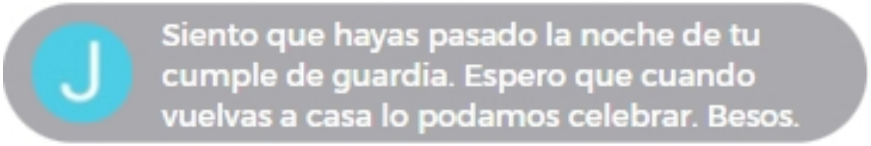
—No sé si el regalo te lo he hecho yo a ti o tu a mí —le dije, en un momento de calma, a las cuatro de la mañana.

—Tú siempre serás el regalo —me contestó.

Me besó la frente y se recostó sobre mi pecho, quedándonos ambos dormidos en milésimas de segundo.

A la mañana siguiente me despertó un sonido desconocido. Era el móvil de Alec. Estaba asomando del bolsillo de su pantalón, en el suelo.

Me levanté y lo recogí para colocarlo en la mesita que quedaba de su lado. Al dejarlo, la pantalla se encendió y pude ver un mensaje del nombre que, según él, no importaba: Juls.



El cuerpo me dio tal vuelco que sentí unas nauseas incontrolables. Fui corriendo al baño y vomité. Leer eso había hecho saltar todas mis alarmas y me encontraba en el punto de salida, desconfiando de todo, otra vez.

¿Quién era esa tal Juls? ¿Volver a casa? ¿Estaba Alec jugando conmigo? ¿Estaba con ella?

Algo muy dentro de mí sabía que no, que él me quería, pero... la vida me estaba poniendo demasiadas pistas en el camino como para seguir ignorándolas.

26. CALMA

No sabía cómo abordar el asunto, pero tenía que decirle algo. Ya le había preguntado por eso y su respuesta había sido, bueno, una mierda. Odiaba tener que insistir para conseguir algo tan simple como la verdad.

Alec era muy complicado… y yo tenía un imán enorme para los tíos complicados. Estaba quedándome clarísimo. Sabía que me volvería a decir lo mismo pero, esta vez, tenía más que explicar.

No pude volver a dormir después de leer ese mensaje. Llevaba despierta desde las seis de la mañana, y una hora después, la claridad del sol empezaba a filtrarse por la ventana.

Alec estaba tumbado boca abajo con los brazos sobre la almohada, completamente dormido.

Me quedé un buen rato observándolo. Me costaba creer lo guapo que era, lo feliz que me hacía. Me costaba creer que me quisiera, que se preocupara por mí. Y también me costaba creer que todo eso fuera mentira, pero lo cierto era que todo apuntaba en esa dirección.

El sol empezaba a rozarle las pestañas cuando entreabrió los ojos y me miró. Me derretí por dentro cuando me sonrió, aunque no le devolví la sonrisa.

Estaba sentada en la cama, apoyada en el cabecero, pensando sin parar en lo ocurrido.

—¿Has hecho la maleta? —me preguntó.

—¿Maleta? ¿Qué dices? ¿Todavía estas soñando?

—No, de eso nada. Es tu regalo. Tienes que hacer la maleta. Tienes exactamente una hora —dijo, mirando el reloj de la pared.

—¿Una hora? Pero si eso es lo que tardo en desayunar y vestirme —dije sin darle mucho crédito.

—Pues tú verás, ¿Quieres quedarte sin regalo?

Me quedé callada. No podía seguir como si no pasara nada. Lo miré con una mezcla de preocupación y miedo.

—Ey, ¿qué pasa?

—Juls te ha escrito. Y antes de que digas nada, no he mirado tu móvil. Sonó hace una hora y, al recogerlo del suelo, la pantalla se encendió. Quiere celebrar tu cumpleaños cuando vuelvas a casa —dije la palabra «casa» con bastante más asco del que pretendía.

Alec me miraba con una expresión tan neutral que me hacía pensar que no había oído nada de lo que le había dicho. Su silencio prolongado me estaba poniendo de los nervios.

—Bueno, gracias, gran explicación. Haz el favor de vestirte y salir de mi cama… y de mi vida también, de camino —solté con amargura.

Me levanté de la cama y empecé a recoger cosas del suelo, a doblar ropa, a hacer cualquier cosa solo para distraerme. Estaba demasiado nerviosa. Alec se levantó y se acercó a mí. Cuando lo tuve delante, me quitó un jersey de las manos y las sostuvo entre las suyas.

—Jess, no es lo que parece.

—Lo que parece es que tienes novia, y que está en vuestra casa esperando a que termines de hacer el imbécil con tu amante para celebrar juntos tu cumpleaños. Eso es lo que parece. —Le volví a arrebatar el jersey y seguí doblándolo.

—Juls es mi compañera de piso en la ciudad. Sabes que yo vivo con Pol en el pueblo de al lado, pero cuando voy a la ciudad tengo que tener dónde quedarme. Ese piso lo comparto con ella, ya está —dijo como si acabara de solucionar un problema sencillísimo.

—¿Y si es así, por qué no me lo habías dicho antes? ¿Por qué tanto secretismo con respecto a ella? Alec, no te creo.

Me dolía el alma otra vez, y me estaba hartando de esa sensación.

—No te dije nada porque no quería que pensaras que teníamos algo o que te pusieras celosa cuando fuera a la ciudad. No sé… Fue una estupidez no decírtelo, lo sé, ahora lo sé, pero no puedo deshacerlo.

—¿Celosa? ¿Cuándo me has visto a mí celosa? ¿No te das cuenta de que nada de lo que dices tiene sentido? —pregunté con resquemor.

—Bueno, para mí sí lo tiene, y ya sé que no he acertado, pero, como te he dicho, no puedo deshacerlo. Solo puedo disculparme y esperar que me creas.

—¿No te cansas de disculparte? —pregunté hiriente.

—Sinceramente, estoy empezando a hacerlo —contestó con altanería, dejándome totalmente alucinada.

¿Cómo podía decirme algo así? ¿Cansado él?

—Sinceramente, yo estoy empezando a cansarme de pillarte en una mentira día sí y día también. Será mejor que te vayas.

Alec se puso los vaqueros y la camiseta y se dirigió a la entrada de la casa.

—¿Vas a dejar que esta tontería nos fastidie el día que tenía preparado?

—No, yo no dejo que pase nada. Eres tú quien lo jode todo siempre —le solté con todo el dolor y el cabreo acumulado.

Alec salió por la puerta sin mirarme, y yo me quedé plantada en mitad del salón, con la sensación más desagradable que había sentido en mi vida.

El día fue pasando sin tener noticias suyas, y yo me debatía entre escribirle y plantarme de una vez. Una parte de mí quería creerle, y la otra estaba totalmente convencida de que me mentía.

Sobre las cinco de la tarde tocaron al timbre y cuando fui a abrir no había nadie en la puerta, pero si un sobre en el suelo.

« *Jess, lo único que puedo decirte es que cada día me enamoro más de ti. Siento ser tan imbécil a veces. El miedo a perderte hace que me comporte como un gilipollas, y te mereces la verdad, siempre. Te prometo que no habrá más mentiras.*

Te estaré esperando dentro de una hora en tu puerta. Quiero darte tu regalo de cumpleaños. Por favor, perdóname.

Alec.

PD: Prepara una pequeña maleta y echa el bikini »

No… madre mía. Me había vuelto a liar, lo sabía. Lo sabía muy bien porque ya estaba dando pasos en dirección al dormitorio para buscar la maleta… Estaba perdida con este hombre.

Preparé todo lo esencial y eché un bikini, como me había dicho. Prácticamente había pasado una hora cuando terminé. Miré por la ventana y vi el coche de Alec aparcado en mi puerta.

—De verdad, no sé cómo lo haces… —resoplé mientras me subía al coche.

—Lo sé, pero estás aquí, gracias —me contestó, sonriendo de oreja a oreja.

—Bueno, en realidad hoy es tu cumpleaños. El mío lo será a las doce de esta noche —dije, cambiando de tema.

—También es un regalo para mí.

—Dime dónde vamos, anda —le rogué, volviendo a sentir haces de felicidad.

—Oh, no. Por supuesto que no. Es sorpresa.

Antes de salir de casa, había cogido un regalo que tenía para él.

—Tengo una cosa para ti —le dije con timidez.

—¿Ah, sí? —me miró con una sonrisa pícara.

Saqué una pequeña caja de regalo y se la entregué.

—Jess, no hacía falta… —su semblante cambió, dándole a su rostro un matiz más serio y atractivo.

—Quiero que siempre me lleves cerca… al menos cuando no me traes de cabeza —dije riéndome.

Cuando lo abrió, encontró una pulsera de acero donde se podía leer la frase:

«*Nos encontramos a tiempo. A&J*»

Se quedó callado, mirando el regalo. Pensativo.

—¿No te gusta? —pregunté preocupada.

—Jess, eres el amor de mi vida. Me da igual el tiempo que llevemos. Me da igual lo que pase o lo que nos depare el futuro. Eres y siempre serás el amor de mi vida, ¿me oyes? —su respuesta me dejó descolocada y feliz a partes iguales.

—La llevaré siempre conmigo.

Se acercó a mí y me abrazó con tal fuerza que podía escuchar el latido de su corazón.

No le contesté. Algo dentro de mí me lo impedía. Por supuesto que lo amaba, pero necesitaba hechos. Hechos que me demostraran que sus palabras eran ciertas.

——————— ✧ ———————

Después de un viaje en coche de unos cuarenta minutos, en el que Alec fue todo el rato picándome para que adivinara la sorpresa, terminé por descubrir que mi regalo empezaba en el aeropuerto de la ciudad más cercana a Wislow.

—¡¿Cogemos un avión?! —exclamé eufórica.

—Así es. Venga, ahora a pensar a donde nos vamos, lo mismo tardas otra hora—dijo burlándose de mí.

—¡Madre mía! —Estaba nerviosa y ansiosa por saber a dónde íbamos. Alec había aprovechado que nuestros cumpleaños caían en fin de semana para organizar una escapada. Yo cumpliría treinta a las doce de la noche, y él ya había cumplido treinta y uno.

Alec se las arregló para que no viera ni oyera nada sobre el destino. El vuelo no fue demasiado largo, quizá duró una hora y media, a mi parecer, algo que mi ansiedad agradeció. Me pregunté si lo había planeado así pensando en mí.

Cuando aterrizamos, la luz del sol atardeciendo se notaba a través de una venda que me había puesto en los ojos, y no me dejó ver nada del trayecto hasta el hotel. Por suerte no tardamos mucho. Estaba deseando saber dónde estábamos.

Escuché como Alec abría la puerta del taxi después de pagarlo, y como alguien nos cogía las maletas. Luego me llevó hasta un

ascensor, y poco después olí el aroma de una habitación de hotel limpia, pero también notaba la esencia del mar en el aire.

—Bueno, a ver, ten cuidado. Yo te guío, ven por aquí —dijo Alec, sujetándome ambas manos.

—Escalón.

—Otro…

—Vale. Quédate quieta, voy a quitarte la venda.

Noté como se posicionaba detrás de mí y me desataba el nudo de la venda.

Cuando abrí los ojos no podía creer lo que estaba viendo.

Estábamos en una terraza preciosa, con una piscina privada. Delante de mí, el mar: inmenso y azul. A pesar de ser casi de noche, se veían algunos barcos y embarcaciones más pequeñas transitándolo. Cientos de casas blancas, algunas con tejados azules, se extendían alrededor. Pero lo que más llamaba mi atención eran las flores de todos los colores, que apenas brillaban ya con los últimos rayos del sol.

—¡¿Estamos en Santorini?! —exclamé.

Le había hablado a Alec de mis ganas de visitar Santorini, de caminar por sus callejuelas blancas bordeadas de buganvilias y de contemplar el atardecer desde una terraza con vista al mar Egeo. Soñaba con sumergirme en una de esas piscinas infinitas de uno de esos hoteles maravillosos que aparecían en las fotos, donde el azul del agua se fundía con el horizonte, como si el cielo y el océano fueran uno solo. Y lo había hecho realidad.

—¡Estamos en Santorini! —confirmó Alec con una sonrisa de oreja a oreja.

Me lancé a sus brazos y me aferré a su cuello, cubriéndolo de besos por toda la cara. Él dio unos pasos atrás por el impulso. La

habitación era preciosa, con una cama enorme y un jacuzzi en una de las esquinas.

—Estás loco, Alec.

Lo miré a los ojos y el verde que los invadía me atrapó.

Lo que viví en ese instante era difícil de describir, a veces pienso que no hay suficientes palabras en el mundo para expresar lo que él me hacía sentir, como si el diccionario fuera escaso para explicar lo que estaba viviendo.

En ese momento, mirándolo a los ojos, y él a mí, noté tal conexión entre los dos que sigo pensando que ese día una fuerza cósmica nos unió para siempre. Lo cierto es que estaba segura de ello, y hoy sé que no me equivocaba.

27. SIEMPRE

Alec tenía planeado todo lo que íbamos a hacer en nuestra escapada, y como eran dos días, había elegido lo mejor de Santorini.

El día que llegamos no salimos de la habitación; no queríamos. Disfrutamos del jacuzzi, la piscina, la cama…y unas vistas increíbles del mar Egeo.

Luego fuimos a cenar. El restaurante estaba en una zona preciosa y tenía un camino de antorchas que conducía a una fiesta que se celebraba en la orilla de la playa.

Alec estaba guapísimo. Se había vestido muy ibicenco para la ocasión, y yo también. El vestido blanco que había comprado dos horas antes en una pequeña tienda local dejaba al aire toda mi espalda. La falda larga tenía una apertura hasta el muslo en uno de los laterales, y pequeñas conchas de la playa adornaban el escote.

—¿Vamos ahora? —le dije señalando la fiesta en la playa.

—Sí, si quieres. Pero cuando den las doce. Quiero ser el primero en felicitarte.

Quedaba poco más de quince minutos para que fuera media noche.

El camarero trajo una botella de champán y nos sirvió. Alec cogió su copa y le dio un trago. Luego levanto su mirada hacia mí y me miró fijamente.

—Jess. Llegaste a mi vida para hacerme ver todo lo que me faltaba —dijo mirándome cálidamente.

—No exagero cuando digo que quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. Me haces feliz de tantas maneras que a veces creo que no eres real. A veces creo que ya no puedes sorprenderme más, pero

siempre lo haces. Siempre. Porque no tienes dos sonrisas iguales, tus ojos no siempre tienen el mismo verde, tu voz está llena de matices que me enamoran cada día más, y tú nunca eres la misma que el día anterior porque yo, siempre te quiero más al día siguiente. —Alec me dijo todo eso agarrándome las manos.

Empecé a pensar que en cualquier momento sacaría un anillo y se pondría de rodillas, pero no quería ir más rápido que los acontecimientos, aunque sabía perfectamente mi respuesta si él me hiciera esa pregunta.

—Alec…solo tú sabes cómo hacerme sentir la persona más especial del mundo—le dije con amor.

Entonces él cogió su copa de champán y yo cogí la mía.

—Brindo por nosotros Jess. Por nosotros siempre así.

Alzamos nuestras copas y bebimos. Nos reíamos y nos enamorábamos más cada segundo que pasaba.

Tras un rato hablando de lo precioso que era Santorini, descarté la idea de la pedida. Mi pequeña romántica interna estaba desenfrenada.

Cuando dieron las doce, Alec se levantó de su silla y me hizo levantarme de la mía, cogiendo mis manos. Luego me besó.

—Felicidades mi amor —dijo.

Me estremecí al escucharlo llamarme «mi amor». Nunca lo había hecho antes y me encantó.

Pasó su mano por mi clavícula y yo me estremecí al contacto con sus dedos sobre mi piel. Me rodeó hasta ponerse detrás de mí.

—Retírate el pelo.

Así lo hice. Estaba nerviosa y tan feliz que apenas podía contener los pequeños nervios que dan ese tipo de felicidad.

Noté como me colocaba un colgante en el cuello y lo abrochaba. El frio metal sobre mi cuello me produjo un escalofrío que

contrastaba con mi temperatura corporal.

—Tu regalo —dijo besándome la nuca.

Cuando lo miré, pude ver una esmeralda del color del mar colgando de mi cuello. Era preciosa, con forma ovalada, y en el engarce había una frase grabada rodeando la forma de la esmeralda.

«Nos encontramos a tiempo. A&J»

No podía creer que le hubiera dado tiempo a grabar la misma frase en el colgante. Lo miré, viendo en él todo mi mundo.

—Tu tampoco dejas de sorprenderme…te amo —dije, siendo consciente de que era la primera vez que se lo decía. Él me miró, y supe que también era consiente de ese hecho.

Me besó con ternura y me giró poniendo mi espalda contra su torso.

—y ahora, ¡a bailar! —dijo mirando en dirección a la fiesta de la playa.

Siempre había soñado con pasar una noche así, en una de esas fiestas de playa idílicas que aparecen en las películas. Y bueno, lo conseguí. Alec y yo bailamos hasta no poder más, nos besamos hasta quedarnos sin aliento y nos reímos hasta que nos dolió la barriga.

Llegamos al hotel entre risas y vaivenes, entre besos y «te quieros». No necesitaba nada más. Estaba total y absolutamente completa, y todo lo demás no me importaba.

Esa noche, antes de quedarme dormida, pasó fugazmente por mi cabeza una frase de Gustavo Adolfo Bécquer que leí una vez: «El alma que hablar puede con los ojos, también puede besar con la mirada». Mientras observaba a Alec pensaba en eso. Nuestra conexión era tan increíble como difícil de encontrar, a pesar de las complicaciones, lo nuestro iba mucho más allá de eso. No nos hacía falta besarnos o tocarnos, simplemente mirarnos, aunque besarnos y tocarnos estaba muy, pero que muy bien.

28. ÉXTASIS

Al día siguiente fuimos a dar un paseo para ver la isla en todo su esplendor. Era preciosa, aunque estaba abarrotada de turistas.

Alec no soltó mi mano en todo el día, y lo descubría mirándome absorto muy a menudo. Me gustaba que me mirara de esa forma.

Después de comer, paramos en una tienda de suvenires porque quería comprarle algo a Samy y a mis padres.

No les había dicho dónde estaba y de repente me sentí muy mala hermana e hija y esperaba compensarlo con un detalle. Al final, me decanté por un colgante precioso en plata que tenía la forma del mapa de la isla para mi hermana y unos pendientes para mi madre. También cogí imanes para la nevera, un abrebotellas para mi padre y algunos fulares de colores. En el ínterin, Alec me tomó una foto observando el colgante y luego me miró de nuevo con esa sonrisa suya.

Nos notaba en otra onda, en una sintonía diferente, una en la que ambos estábamos por fin en armonía. Seguros, felices e imparables, podía sentirlo en lo más profundo de mi ser.

El día fue tranquilo y se despidió de nosotros con la luz vespertina de la mejor puesta de sol que haya visto en mi vida. Cuando la noche empezó a llegar, solo me apetecía volver al hotel para disfrutar de las estrellas desde la piscina de la terraza con Alec.

—Que falta me hacía esto —dije mientras me apoyaba en su torso. Ambos estábamos en la piscina, yo sentada sobre su regazo—. Necesitaba desconectar urgentemente.

Alec me besó la cabeza y me rodeo con sus brazos.

—Me quedaría así para siempre, la verdad —dijo en mi oído.

Empezó a besar mi cuello y mi piel se erizó al instante.

—Llevo un tiempo pensando en hacerte algo ¿sabes? —susurró despacio. —Creo que ahora sería un momento perfecto…

—Um… No sé qué es, pero sea lo que sea, no se me ocurre un momento mejor —dije entre dientes.

Intenté girarme para besarlo, pero antes de que pudiera moverme, su mano ya me estaba tocando y me paralizó en el acto.

Seguía de espaldas a él mientras sus caricias recorrían mi cuello y sus labios se deslizaban por mi espalda. Su tacto hábil despertó en mí una oleada de placer arrollador, tan intensa que, en cuestión de segundos, sentí cómo mi cuerpo se rendía por completo, dejándome sin aliento cuando la euforia comenzó a disiparse.

—Acabo de empezar—dijo en voz baja.

—Déjame verte —le pedí. Quería mirarlo a los ojos.

Me giró suavemente hasta quedar frente a él, y con un movimiento deliberado, solté el nudo de la parte superior del bikini, dejando que la tela resbalara y liberara mi piel al contacto con el aire.

Alec se mordió el labio inferior a la vez que inhalaba con todas sus fuerzas.

—No sabes lo que te haría… —susurró, con su voz cargada de deseo—. Me vuelves loco.

Me acomodé sobre él, a horcajadas, sintiendo el calor que se encendía entre nosotros.

—Hazme lo que quieras —le rogué. Mi voz era apenas un susurro tembloroso, porque más que desearlo, lo necesitaba con una urgencia casi insoportable.

No tardó en fundirse conmigo en un movimiento firme y profundo. Nuestros cuerpos encontraron su propio ritmo, y entre

jadeos entrecortados, sentía cómo cada embestida me robaba la respiración y me la devolvían a partes iguales.

Perdí la cuenta de las oleadas de placer, y perdí la capacidad de hablar y de cualquier otra cosa que no fuera entregarme a él.

Cuando salimos de la piscina, Alec me cogió en brazos y me llevó hasta la enorme cama, donde me soltó con delicadeza. Estábamos completamente desnudos y los dos nos mirábamos con impudicia, empapados por el agua.

Se agachó junto a mis pies y empezó a besarme el cuerpo entero, parando en el único lugar que lo llamaba a gritos. El éxtasis de verdad no se puede explicar. Lo entendí en ese momento. La propia palabra retumbaba en mi mente y perdía el sentido cuantas más veces la repetía en mi cabeza.

Perdí el control de mí misma y de mi cuerpo. Alec me llevó a un sitio en el que nunca había estado. Lo amaba, lo anhelaba. Pero incluso esa palabra se quedaba corta para mí.

Al terminar, me recosté sobre su pecho, respirando su aroma, y caí en los brazos de Morfeo a una velocidad increíble.

Quizás fue porque, al moverme, adopté una mala postura, o por el frío que empezó a calarme la piel, o tal vez simplemente porque estaba siendo tan feliz que no me merecía que durara tanto. El caso es que aquella noche tuve una de las peores pesadillas del último año.

De nuevo los gritos, la sangre, el dolor… Me desperté gritando, grité hasta que fui consciente de que me habían despertado.

Alec estaba sentado a mi lado, acariciando mi espalda y hablándome con voz suave, pero se le veía asustado.

—Jess, ya está, ya está. Ha sido una pesadilla, tranquila. —Susurró—. ¿Estás bien?

Apenas lo distinguía en la oscuridad de la habitación, a pesar de que la luz de la luna llena entraba por la ventana. Mis ojos aún

estaban desconcertados.

Tomé aire e intenté calmar la ansiedad, luego me recosté de nuevo en la cama, tapándome con la colcha.

—Sí, estoy bien —dije algo irritada—. Tengo muchas pesadillas.

Me enfadaba que me hubiera visto así, no quería estropear su visión de mí. En cierto modo, me aterraba que viera algo en mí que no le gustara, y eso no era más que mi inseguridad haciendo de las suyas, pero a pesar de saberlo, ahí estaba.

—¿Quieres contármela?

No pensaba contarle a Alec mis pesadillas, jamás.

—No, prefiero no hablar de eso, la verdad —dije, evadiendo en tema.

Alec notó que en ese momento necesitaba cierto espacio, así que se levantó para ir a buscarme una tila y dejarme un poco a solas. Lo agradecí. Me desencajaba bastante cuando la pesadilla era tan abrupta. Sabía que tarde o temprano me tocaría tener esa conversación, pero por el momento no estaba preparada.

Me incorporé y me puse una sudadera de Alec porque seguía teniendo frío.

Mientras me dirigía a la puerta de la terraza para entornarla, vi su móvil sobre una de las mesas de la habitación. El teléfono estaba iluminado porque alguien le estaba llamando a las cinco de la mañana. En la pantalla se podía leer «Juls».

Me quedé parada mirando el móvil con desdén. No podía ser, otra vez no. La llamada pasó a ser una llamada perdida y, en un arrebato de ira, cogí su móvil e intenté desbloquearlo.

Probé lo típico: «1111», «1234» y otras combinaciones similares, pero no tuve suerte. Intenté con su fecha de nacimiento, sin éxito. Y entonces, sin saber muy bien por qué, me vino a la cabeza una fecha en particular y… el móvil se desbloqueó. Fui directa a los

chats, sin detenerme a procesar la extraña coincidencia que acababa de presenciar con su contraseña.

La tal Juls estaba de primera, sí, pero lo que encontré fue mucho peor.

29. INFIERNO

La primera conversación que aparecía en el chat era la de Juls, pero no fue eso lo que llamó mi atención. Ni siquiera la abrí.

Tres chats más abajo había un contacto llamado Nick. Reconocí la foto de perfil. Era Nick, mi Nick.

La contraseña era el cumpleaños de Nick. No podía ser. Ni siquiera sabía por qué se me había ocurrido probar con su fecha, pero fue como si mis dedos se movieran por su cuenta, sin más.

Me temblaban las manos y contuve la respiración tanto tiempo que, sin darme cuenta, empecé a marearme.

Abrí la conversación.

Era unidireccional, puesto que solo hablaba Alec; más que una conversación, parecía un diario.

Deslicé el dedo por la pantalla, repasando los mensajes uno a uno. Alec le contaba su día a día con un detalle casi obsesivo, y en muchos de esos mensajes hablaba de mí. La palabra «traidor» se repetía una y otra vez, siempre refiriéndose a sí mismo, como si intentara expiar una culpa que lo consumía.

Y entonces, un par de mensajes me detuvieron en seco.

El aire se atascó en mis pulmones, y un escalofrío me recorrió la espalda. Sentí cómo el corazón se me encogía en el pecho. Esas palabras… esas malditas palabras estaban grabadas a fuego en mi mente.

«Las asesinas nunca dejan de serlo»

«Sé lo que hiciste. No lo repetirás»

Había recibido esos mensajes de forma anónima… ¿Era Alec? Se había empeñado en convencerme de que el culpable era el delincuente que habían detenido. Pero ahora, con cada palabra que leía, la duda se aferraba a mí como una sombra.

No eran los únicos mensajes que había. Parecía haber estado escribiendo frases para enviarme.

«No mereces ver la luz del sol»

«Tú eres la que debería estar muerta»

«Lo pagarás»

Eran mensajes más antiguos, pero también más agresivos que los que había recibido. No había duda: los había escrito él.

El miedo me golpeó de lleno, tan rápido y con tanta fuerza que mi mente se quedó en blanco, atrapada en un pánico paralizante.

¿Qué debía hacer? ¿Salir corriendo de allí? ¿Enfrentarlo?

Las lágrimas resbalaban por mi rostro mientras una oleada de asco me revolvía el estómago. La angustia era tan intensa que apenas podía respirar. Solo quería que todo aquello desapareciera… o desaparecer yo.

No tuve tiempo de decidir qué hacer. Cuando me giré, Alec estaba en la puerta. Su rostro era un torbellino de pánico y urgencia, y sus ojos estaban fijos en el móvil que yo sostenía con manos temblorosas.

—Eh, ¡Jess, Jess! Espera…déjame explicarlo —dijo casi gritando.

Se acercó rápidamente a mí.

—¡No, para! —grité con todas mis fuerzas. Mi voz estaba impregnada del temor que me producía la situación.

Levanté la mano, señalándolo con el dedo índice en un gesto que decía: «No te muevas».

—Jess, escúchame, Juls ya no es lo que quiero, ¿me oyes? —explicó, como si a mí me importara una mierda eso. Estaba claro

que pensaba que mi descubrimiento era otro. —Vamos a sentarnos, por favor, te lo explicaré.

—¿¡Quién coño eres!? —Grité desquiciada—. ¡Contesta, desgraciado!

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no se trataba de la tal Juls... sino de algo más importante para mí que el hecho de que estuviera jugando a dos bandas con otra y me hubiera mentido descaradamente.

Me estaba moviendo lentamente con su móvil en la mano, intentando buscar algo para defenderme porque todo mi cuerpo me avisaba de que lo hiciera.

Terminé chocando con la mesita de noche y agarré un objeto que había sobre ella, no sabía cuál, parecía una botella.

—Joder… ¿Por qué has tenido que coger mi móvil? —dijo lentamente. Tan lentamente que agarré aún más fuerte la parte superior del objeto que tenía tras de mí. Estaba casi segura de que era una botella de champan.

—No te acerques a mí. ¡Contesta, joder! ¿¡Que quien coño eres!? —Él se acercaba poco a poco a mi posición.

—¿Nunca te han dicho que la curiosidad mato al gato? —Preguntó mirándome fijamente.

Me aterrorizó al instante.

Tras esa pregunta, salió corriendo hacia mí a una velocidad que no me esperaba. Corrí hacia la terraza, poniendo la piscina entre ambos, y alcé lo que, efectivamente, era una botella de champán.

—Si das un paso más te reviento la cabeza, ¿¡Me oyes!?

—Venga Jess, no vas a hacerme nada. —Bajó los brazos, relajando la postura.

Estaba tan asustada como confundida, pero tenía muy claro que, si se acercaba, era capaz de hacer cualquier cosa para detenerlo.

Desde luego que lo era.

—No voy a hacerte nada. Si eres capaz de tranquilizarte te lo explicaré todo —su tono era más calmado, pero parecía forzado.

Lo cierto es que no me fiaba un pelo de él después de haberse lanzado corriendo hacia mí, y ese cambio tan radical de actitud me ponía la piel de gallina.

Empecé a rodear el borde de la piscina, y él hizo el mismo movimiento. Al final, logré posicionarme junto a la puerta de la terraza de nuevo.

Alec había dejado la puerta de la habitación entreabierta; era mi oportunidad para huir de allí.

—No sé qué crees que puedes explicar, pero te aseguro que nada de lo que digas puede justificar lo que me has hecho y no quiero saberlo. —Intentaba mantener un tono firme y lo más seco posible. Me dolían los dientes de tener tan apretada la mandíbula.

Alec miró al suelo como si no pudiera mantener erguida la cabeza, como si no pudiera mirarme.

—Por favor… déjame…—empezó a decir, pero no había nada que yo quisiera escuchar.

Aproveché lo que me pareció una bajada de guardia mientras empezaba a hablar para lanzarle la botella con una fuerza inusitada, probablemente impulsada por la adrenalina, y salí corriendo sin mirar atrás, aunque escuché cómo la botella se rompía contra el suelo y un ligero grito, tal vez provocado por el golpe.

Corrí sin detenerme por el largo pasillo del hotel. No tenía dirección ni rumbo, no sabía a dónde ir ni qué hacer. Iba descalza y solo vestía una sudadera, pero sentía que cualquier lugar era más seguro que esa habitación.

Afortunadamente, llevaba el móvil de Alec, así que, al menos, no estaba incomunicada.

Pero, ¿a quién acudía? No podía llamar a Samy, solo la mataría del susto, por no mencionar que ni siquiera le había dicho que me había ido del país. Además, no tenía ni idea de dónde podía estar la policía en aquel lugar ni del número al que debía llamar.

Paré de correr durante un par de minutos para recuperar el aliento y orientarme. Estaba cerca de las escaleras que bajaban al restaurante donde habíamos cenado la noche anterior, unas escaleras que conducían al exterior, ya que el restaurante estaba al aire libre.

Parecía que habían pasado años, y no solo un día, desde esa cena.

¿Cómo había llegado a semejante situación? Mi cabeza era un torbellino, pero no podía permitirme pensar hasta encontrar un lugar donde esconderme.

El plan era llegar a recepción y pedir ayuda. Comencé a bajar las escaleras de madera, algo irregulares, tan rápido como podía cuando, de pronto, un grito resonó a mi espalda.

—¡Jess, para!

Alec estaba en los primeros escalones. Me había seguido. Su cabeza chorreaba sangre por la brecha que le había hecho al lanzarle la botella.

Intenté acelerar aún más mis zancadas, pero al llegar al último tramo de escaleras, mi pie izquierdo se encajó entre dos tablones de madera, y antes de poder reaccionar, rodé el resto del camino sin ningún control sobre mi cuerpo.

Cuando aterricé en el suelo, solo era consciente de un dolor inmenso en el pie y la espalda. Y luego… todo comenzó a oscurecerse, poco a poco.

En el último segundo, antes de perder la conciencia, el miedo me invadió al ver los pies de Alec junto a mi cara.

30. SECRETOS

Una punzada de dolor me atravesó la cabeza, instalándose en las sienes. Apreté los ojos en un intento de disipar esa sensación, pero el dolor solo aumentaba.

Tras unos segundos de desconcierto, mi mente volvió a estar alerta. Abrí los ojos de par en par y solté un grito de pánico que me sorprendió incluso a mí misma.

Escaneé rápidamente la sala en la que me encontraba. Estaba de nuevo en la habitación.

Busqué con la mirada cualquier indicio de Alec, pero no estaba por ningún lado. Respiré profundamente. Me resultaba increíble y aterrador cómo podía haber pasado de amarlo a tenerle miedo en cuestión de minutos.

A través de la terraza, la tenue luz del amanecer comenzaba a despuntar.

Analicé mis opciones lo más rápido posible. Tenía que salir de allí. La única puerta de la habitación parecía mi única opción, aunque si Alec la había cerrado con llave…

La otra opción era tirarme por la terraza y caer diez pisos, no era muy viable.

Me incorporé en la cama rápidamente y concentré toda mi energía en llegar a la puerta lo más rápido posible, pero antes de que me diera cuenta, estaba tirada en el suelo. Un dolor atroz me recorrió el pie. Me había roto algo, seguro, maldita escalera. Me era imposible andar así, mucho menos correr.

Me extrañó que no me hubiera atado o al menos inmovilizado. ¿Estaba siendo secuestrada? No tenía ni idea de a qué jugaba Alec,

pero ¿se podía considerar una buena señal ese hecho?

Me incorporé como pude e intenté localizar mi móvil o el de Alec, pero los había quitado de en medio. El teléfono de la habitación no funcionaba. La puerta de la terraza estaba sellada y no había manera de abrirla para salir y pedir ayuda. Tal como imaginaba, la puerta principal también estaba cerrada. A lo mejor sí que estaba siendo un poquito secuestrada.

Estaba en una jaula y era un pájaro herido.

Lo único que podía hacer era pillar desprevenido a Alec cuando entrara en la habitación.

Me coloqué detrás de la puerta como pude, lista para abalanzarme sobre él en cuanto cruzara el umbral y, con suerte, salir corriendo a pedir ayuda antes de que pudiera cerrarla de nuevo.

Había pasado una media hora aproximadamente cuando escuché pasos por el pasillo y me puse en posición por si era él.

La puerta comenzó a abrirse lentamente, con cautela, como si Alec esperara encontrarme al otro lado con una escopeta en la mano. Qué más quisiera yo.

En cuanto vi su nuca, me lancé sobre su espalda, golpeándolo con todos los codazos y puñetazos que fui capaz de darle en cuestión de segundos. Dos bolsas con comida se le resbalaron de las manos, dejando los alimentos desparramados por toda la habitación.

—¡Joder! ¡Jess, por Dios, para, para! —gritó.

Decidí que con esa tunda era suficiente para salir «corriendo» y que no me siguiera inmediatamente. Me dirigí a la puerta arrastrando el pie, que cada vez me dolía más.

Por desgracia… o quizás no, pisé una maldita lata de aceitunas y, en un abrir y cerrar de ojos, mi trasero aterrizó de lleno en la moqueta, dejándome fuera de combate definitivamente.

Lo que me faltaba. Menuda escapista de mierda estaba hecha.

—¡Joder! ¡¿Para qué coño compras aceitunas?! —grité con todas mis fuerzas, lanzando la lata contra la pared.

—¡Jess! ¿Estás bien? Madre mía, estas hecha un asco —dijo Alec al llegar a mi posición y analizar mis heridas y mi aspecto.

—Esto me lo has hecho tú y que sepas que también estas asqueroso —le dije con odio.

—Yo no te he tirado por las escaleras. —Parecía no presentar ninguna amenaza, aparentando estar preocupado, pero no me lo tragaba.

Lo cierto es que sí, estaba hecho un desastre. Tenía una herida bastante fea en la frente, probablemente la que le hice al lanzarle la botella. Se había abierto de nuevo con mi ataque, porque estaba sangrando bastante.

—Si no me hubieras perseguido, no me habría caído —dije—. Déjame salir de aquí. Eres un secuestrador. Ni siquiera eres policía, ¿verdad? —pregunté con severidad.

—Jess, déjame hablar —dijo con voz queda.

—Un policía decente no habría hecho algo así… Dios, ¿cómo he estado tan ciega? Te tuve todo este tiempo delante… Si me dejas irme, lo dejaré estar. Me iré y no diré nada de todo esto, lo prometo. —Mi tono iba de la seguridad al pánico demasiado rápido, me sentía ridícula y asustada, solo quería irme de allí, lo más lejos de él que pudiera. No podía escuchar más mentiras. —Di algo, joder.

Alec me miraba como una quietud en su rostro que me tenía descolocada.

—Jess, por favor, no te he secuestrado…—sonaba cansado.

—Pues cerrar todas las puertas y dejarme incomunicada me suena a secuestro —espeté.

—Solo quería que me dieras la oportunidad de hablar —prosiguió.

—Eso sigue siendo secuestro, y con una razón muy pobre. ¿Tú te oyes? —me arrastré por el suelo todo lo que pude para alejarme de él y me enderecé contra una pared.

Me palpé el pie, que estaba visiblemente hinchado.

Alec reprimió el impulso de acercarse a ayudarme en cuanto lo crucifiqué con la mirada.

—Quiero contártelo todo, necesito hacerlo desde hace mucho tiempo, nunca debí permitir que esto llegará tan lejos. —Su mirada estaba perdida.

—No quiero saber nada, no quiero explicaciones, solo quiero salir de aquí y no verte nunca más —bramé.

Sentí una punzada de dolor tan aguada en el pecho que pensé que me estaba muriendo por dentro. ¿De quién me había enamorado como una tonta?

—Tú también tienes que darme alguna explicación y no me iré de aquí sin ella, tenlo claro —su voz se volvió momentáneamente más áspera.

Me sorprendió su afirmación pero lo cierto es que conocía a Nick y eso era extremadamente raro.

—¿Tengo que darte explicaciones yo a ti? —Me parecía surrealista la situación—. Yo no soy la que ha engañado al «amor de su vida», la ha secuestrado, acojonado, utilizado y amenazado. —No podía impregnar mis palabras con más odio, era imposible.

—No. Tú solo me robaste a mi hermano.

Una lágrima comenzó a rodar por su rostro. Se giró, como si mirarme le supusiera un tormento, aunque, en realidad, el verdadero tormento parecía ser el deseo de querer mirándome a pesar de todo.

Sus palabras me dejaron paralizada. No podía moverme ni hablar; intentaba procesar lo que había dicho, buscarle algún sentido, pero me era imposible.

—Nick era mi hermano —sentenció.

No, no podía ser. Nick siempre dijo que no tenía familia. Incluso después de… cambiar. Era imposible.

—No —Solo podía decir eso.

—No —repetí—. No tenía familia.

—Claro que la tenía, aunque él no siempre era consciente. —Sus ojos empezaron a humedecerse más y yo estaba en shock.

—Mataste a mi hermano pequeño —dijo mirándome al fin.

Mis manos se fueron a mi boca, como si intentaran contener la verdad que amenazaba con escapar.

Sentía una cascada de recuerdos y dolor recorriéndome por dentro, un torrente imparable que parecía no tener fin. Nunca lo tenía, no desde que Nick se fue.

31. NICK

—¿Puedo sentarme? —preguntó el chico.

—Sí, claro —contesté—. Está libre.

El muchacho me dio las gracias y se sentó junto a mí.

—Me llamo Nick, por cierto —añadió, extendiendo la mano para estrechar la mía.

—Encantada, yo soy Jess —respondí.

Que Nick se sentara aquel día a mi lado, que fuera encantador, amable y una persona increíble, marcó nuestro destino. Así comenzó nuestra amistad. Fue el primer compañero que me dirigió la palabra en mi primer día en la universidad, y resultó ser el amigo más auténtico que encontré allí; quizá el más auténtico que he tenido nunca.

Nick era una persona extraordinariamente inteligente. Tenía una viveza contagiosa, una energía que iluminaba todo a su alrededor; por eso me resultó tan fácil quererlo en mi vida. Nos apoyábamos mutuamente, como si hubiéramos encontrado, por un afortunado golpe del destino, a la persona exacta que necesitábamos justo en aquel momento de nuestras vidas.

Yo necesitaba un amigo que me escuchara y con el que ser yo misma, y él necesitaba a alguien que lo salvara, pero lo descubrí demasiado tarde.

Por aquel entonces, mi vida era bastante sencilla y mucho más fácil. Yo era una joven estudiante de psicología con novio, y mis días transcurrían sin mayores complicaciones entre clases, amigos y fiestas. Entonces llegó Nick, dispuesto a mostrarme algo que hasta

ese momento desconocía: cómo era realmente una amistad genuina, sincera y sin dobleces.

Jordan, mi pareja por aquel entonces, era un chico deportista y despreocupado, tan despreocupado que pasaba bastante de nuestra relación, cosa que yo sufría a diario, y Nick empezó a hacer las veces de paño de lágrimas.

La gente solía pensar que Nick y yo éramos pareja porque siempre íbamos juntos a todas partes. Mis amigas no dejaban de repetirme lo tonta que era por insistir en ser solo su amiga. Nick las volvía locas a todas, y yo no podía negar que era muy guapo; desde luego, bastante mejor que mi ausente novio. Y aunque lo mío con Jordan no duró demasiado, nunca pude ver en Nick algo más que un amigo, precisamente porque significaba demasiado para mí. Claro que era atractivo, increíblemente simpático, alto y atlético, pero yo no necesitaba todas esas cosas, necesitaba a mi amigo. Al parecer nadie entendía que, si cruzaba esa línea, corría el riesgo de perder todo lo que teníamos.

Siendo sincera conmigo misma, no podía negar que se me había pasado por la cabeza en más de una ocasión, pero quería a Nick demasiado como para arriesgar nuestra amistad por una decisión impulsiva. Había visto antes lo que ocurría cuando dos amigos cruzaban esa línea y después todo se iba a la mierda. No solo perdías una pareja; lo perdías absolutamente todo. Y yo no quería eso para nosotros.

No puedo mentir ni negar que percibí que Nick quería algo más. Lo notaba en pequeños detalles, en gestos sutiles, miradas que duraban un segundo más de lo habitual; pero me respetaba tanto que jamás lo mencionó directamente. Si lo supe fue únicamente porque lo conocía demasiado bien.

Una mañana, mientras estudiábamos tirados en el césped de la facultad para un examen de Método Clínico, sucedió algo muy extraño.

—No creo que seas consiente del daño que le haces —dijo de repente Nick. No venía a cuento, me desconcertó.

—¿Cómo? —pregunté sin entender nada—. ¿a qué te refieres?

—¿Estás ciega o qué? Eres cruel. —Su voz sonó distinta, impregnada de algo que no supe identificar.

Sorprendida, me giré hacia él y busqué su rostro, intentando descubrir qué había detrás de aquellas palabras.

—Oye, ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Nick se quedó callado mucho rato, no me miraba, parecía intentar buscar algo en su mente que se le estaba escapando. Yo lo zarandeé un par de veces pero él solo cerraba los ojos con más fuerza.

—Perdona, me duele la cabeza —dijo al fin, en voz baja al cabo de unos minutos—. Tengo una duda con este apartado ¿Lo has leído ya?

Y así, sin más, cambió de tema. Parecía haber salido de algún tipo de trance y, por más que le expliqué lo que acababa de pasar, no quiso darle importancia y lo achacó al cansancio. A mí me pareció extraño, pero lo dejé estar y no insistí. Ahora sé que debí hacerlo, pero era incapaz de saber las dimensiones del problema que estaba acechándonos.

Después de dejarlo con Jordan, conocí a un par de chicos a los que Nick no soportó respectivamente. A Jordan lo toleraba porque me conoció con novio, pero sé bien que tampoco le caía bien. En una ocasión, meses después de nuestra ruptura, me encontré con Jordan mientras tomábamos algo en un pub con nuestros amigos, y nos saludamos, pero al ver a Nick las cosas se tornaron raras.

—Al final estás con él, era evidente —dijo Jordan con amargura.

Me quedé tan sorprendida que las palabras se atascaron en mi garganta. Apenas logré balbucear algo como «No, eh… solo somos

amigos», aunque con el ruido que nos rodeaba, no creía que Jordan me hubiese escuchado.

Entonces Nick se levantó con determinación, me rodeó la cintura con firmeza y, tras depositar un suave beso en mi cuello, respondió con absoluta calma:

—Sí, era evidente. Sobrabas.

Jordan se marchó, alucinando, mientras yo me giraba hacia Nick con la expresión más perpleja que jamás haya tenido en toda mi vida.

—¿Qué coño haces? —le pregunté, muy enfadada.

—¿Qué? Se lo merecía, no me digas que no. Te ha toreado como le ha dado la gana, que se joda.

Sus palabras cobraron sentido en mi mente, la verdad, y lo vi como la ayuda de un amigo. Ilusa de mí. Nuestros amigos me dijeron en numerosas ocasiones que aquello fue «marcar el territorio» y que estaba en Babia, y tenían razón.

Para mi cumpleaños, Nick propuso una escapada de fin de semana al campo con todos nuestros amigos.

Lo cierto es que la idea de dormir en tienda de campaña no me volvía loca, pero no podía despreciar su gesto.

Aquel fin de semana fue el más lluvioso de los últimos meses. Tuvimos que terminar durmiendo en los coches porque las tiendas de campaña estaban empapadas.

Nick y yo dormimos en mi viejo Toyota Yaris.

—Joder, me he clavado algo. —dijo Nick—. ¿Estos coches tienen muelles?

—¿Muelles? Y yo que se ¿Sabes lo que sí tienen? Calefacción. —le dije, girando al máximo la rueda de la calefacción hacia el lado caliente mientras lo miraba con ojos burlones. Hacia un frio descomunal.

—Dale al máximo —insistió.

—Me voy a fundir la gasolina —dije, acomodándome mejor en el incómodo asiento del conductor y cubriéndome con la manta que Nick había traído.

—La verdad es que no había imaginado el fin de semana así, ponía que haría sol —dijo el pobre con cara de decepción.

—Bueno, de esto nos acordaremos seguro, un fin de semana normal se puede olvidar más fácilmente —le contesté en un intento de animarle.

Me lanzó un cojín pequeño que estaba usando a modo de almohada y yo me reí.

—Que desastre —dijo con tono de derrota pero de risa a la vez.

—Bah, como mucho nos pillamos un resfriado y poco más, tonto —comenté con desenfado.

—No quiero que te pongas mala por mi culpa —su voz sonó más seria de repente. Se giró hacia mi lado y me miró a los ojos con una intensidad inusual en él.

Mi cuerpo se puso tenso sin darme cuenta y el aire me entraba con más dificultad en los pulmones.

—Estoy bien Nick —dije en voz baja. Refrené las ganas de acariciarle el rostro porque me parecía inapropiado pero él no lo hizo.

Su mano alcanzó suavemente mi mejilla, y sentí cómo su pulgar se deslizaba lentamente sobre mi piel. No sabría decir en qué momento exacto ocurrió, pero nuestros rostros se habían acercado tanto que apenas unos centímetros nos separaban.

—Jess, yo… —comenzó a decir, y una corriente eléctrica me recorrió la piel, erizando cada poro. Nuestros movimientos sutiles anticipaban lo inevitable. Pero aquello fue lo más cerca que estuve jamás de besar a Nick. Alana, una compañera nuestra, golpeó con

fuerza la ventanilla del coche, interrumpiendo bruscamente el momento.

—Tíos, dejadme dormir atrás, ¡la calefacción del coche de Bethany no funciona! —gritó.

Nick y yo nos incorporamos rápidamente, y yo abrí el pestillo manual del asiento de atrás. Y aquello fue el punto álgido en lo que a romance se refiere entre nosotros, porque al final quedó sepultado bajo… bueno, bajo todo lo demás.

Los dos fingimos que no había ocurrido, y a mí me pareció bien, aunque aún me pregunto por qué. Supongo que en esa época era una persona diferente.

Siempre he pensado que a lo largo de la vida eres varias versiones de ti mismo, pero nunca todas a la vez. Aquella versión de mí tomó decisiones que ahora no habría tomado, pero ese proceso forma parte de ti y de en quién te conviertes.

Después de aquello, pasó un año entero hasta que Nick volvió a hacer algo inusual.

Estábamos en la casa de la playa de mis padres, con mi hermana Samy, Bethany, Karen (si, Karen Ackerman) y Kevin, todos compañeros de nuestra clase.

Nick estaba algo deprimido últimamente, así que me pareció buena idea intentar que se despejara. Aunque normalmente éramos capaces de entendernos con solo una mirada, esta vez no conseguía que me contara qué le ocurría. Era como si hubiésemos perdido esa conexión especial. Cada vez que intentaba hablar con él, se cerraba en banda, negándose en rotundo a explicar lo que fuera que estuviera pasando. Lo único que me quedaba era tratar de animarlo, aunque no siempre lo conseguía. En el fondo, intuía que lo único que Nick realmente necesitaba de mí era algo que yo no podía darle, y eso me dolía profundamente. Ese asunto se había convertido en una brecha silenciosa entre los dos, que poco a poco se iba haciendo cada vez más grande.

A Karen le gustaba Nick desde que lo conoció, y yo había intentado emparejarlos en numerosas ocasiones, pero Nick se ponía inaguantable con ese tema. Karen, por otro lado, era muy clara conmigo. Una noche antes de salir a tomar algo por los pubs de la playa, tuvimos una conversación.

—Jess, deja de hacer de celestina, a él solo lo jodes vivo y a mí me dejas como un segundo plato que nadie quiere —me soltó.

—Karen, somos amigos, joder. No sé cómo tengo que decirlo —respondí harta, agotada ya de escuchar siempre lo mismo; que Nick me quería y que yo solo le hacía daño.

—Claro que sí, Jess, sois amigos —replicó con sarcasmo—. Pero él quiere algo más, algo que tú no vas a darle y que él ni siquiera se atreve a confesarte. Por lo menos no te metas en su vida amorosa cuando sabes perfectamente que ese lugar lo ocupas tú, aunque sea con tu indiferencia.

La conversación me dejo muy fría y aquella noche estuvimos distantes, pero en el fondo sabía que tenía razón, aunque fue el principio del fin para Keren y para mí. Al final decidimos salir todos a tomar algo y bailar para cambiar el ambiente extraño que se había creado después de nuestra charla.

Nick estaba algo más animado. Lo veía hablar con todos y estaba riéndose.

—¡Ey Nicky! Pídeme una a mí también —le dije cuando vi que se dirigía a la barra.

No se giró, pero pensé que me había oído.

Pasó demasiado tiempo y Nick no volvía, así que decidí acercarme a la barra a buscarlo. Lo encontré en el otro extremo del pub, hablando con una chica. No quería interrumpirle, pero me aproximé para avisarle rápidamente de que nos habíamos cambiado de sitio.

—Déjame en paz —fue su respuesta.

No podía creer que me hubiera contestado así, él jamás me había hablado de esa manera.

—Oye, tranquilo. Haz lo que quieras —le dije con desdén.

—Lo que quiero es que te vayas a la mierda de una vez.

Después de decirme eso, se giró y besó a la chica que tenía delante… o más bien, la succionó.

Se me saltaron las lágrimas de pura rabia, y me marché de allí lanzándole una mirada llena de desprecio. No me importaba con quién estuviera, pero sí lo que acababa de decirme. Cuando le conté a Samy lo ocurrido, no daba crédito. Aquello no era propio de Nick. Él nunca se comportaba así; era todo lo contrario: amable, risueño, bueno hasta decir basta y, sobre todo, mi mejor amigo. No había ninguna razón para actuar de ese modo, salvo que estuviera cansado precisamente de eso: de ser solo mi mejor amigo.

No lo volvimos a ver en toda la noche.

Cuando despertamos, a la mañana siguiente, él estaba en su cuarto y durmió hasta tarde. Yo estaba deseando que se levantara para cantarle las cuarenta.

—¡Buenas tardes! —dijo, saliendo de la habitación despeinado, sin camiseta y como si no hubiera pasado nada—. Buah, qué manera de dormir.

Karen, que estaba enfadada desde que lo vio con aquella chica, no despegaba los ojos de su cuerpo y yo permanecía seria sin mirarlo. Se acercó a mí para darme un abrazo pero lo aparté.

—Oye, ¿Qué pasa? —preguntó.

—Pensaba que querías que te dejara en paz —el rencor inundaba mis palabras.

—¿Ahora te molesta que se enrollara con otra? Madura, Jess —soltó Karen con un tono de desprecio exagerado, metiéndose en la conversación. Claramente estaba pagando conmigo los celos que

sentía por lo ocurrido la noche anterior y muy probablemente los celos que también me tendría a mí.

—Te puedes ir a la mierda cuando quieras, Karen. Es más, te puedes ir yendo de mi casa ya —soltó mi hermana.

—Déjalo Samy —dije.

Me levanté y me planté delante de Karen.

—¿No eres ya mayorcita para comportarte así? En serio, no sé quién de las dos tiene que madurar.

Ella se levantó indignadísima y salió por la puerta como alma que lleva el diablo.

Mientras, Nick nos miraba como si estuviera viendo un partido de tenis.

—¿Pero se puede saber que pasó anoche? —preguntó.

—Te enrollaste con una y Karen está reventada de celos, y además me mandaste a la mierda después de comportarte como un capullo, eso pasó —dije hastiada.

—¿Pero qué dices? ¿Cuándo he dicho yo eso? Estás muy rara.

—¿Rara yo? Mira, Nick, paso. Si no quieres reconocerlo, está bien, pero te comportaste como el culo.

—¿¡Qué!? Estás equivocada, Jess. Jamás te diría eso —dijo con estupefacción en su cara—. Oye, quizás estaba algo pedo, no sé si pude decir algo así, pero si lo hice, no fue conscientemente, perdóname —dijo acercando su mano a mi brazo.

Noté tal sinceridad en él que no pude dejar de perdonarlo. Quizás después de todo solo fuera eso, que estaba borracho. Pero no, no era eso en absoluto. Por no hablar de que no recordaba haberse enrollado con nadie aquella noche y lo negó hasta la saciedad, a pesar de que todos lo vimos con nuestros propios ojos.

Nick era mi mejor amigo sí, pero también era parte de mi familia y para él yo era lo único que tenía, me lo había verbalizado en

alguna ocasión y me partía el corazón que alguien tan puro y bueno estuviera tan solo en el mundo.

Nuestra amistad era fuerte o lo había sido. Con el paso del tiempo, noté que dejó de mostrar esos «celos» que lo hacían parecer otra persona, pero al mismo tiempo había ido perdiendo a mi Nick, como si hubiera dejado de importarle como antes.

El último día de clase y de nuestra carrera, quedamos todos para celebrarlo con una fiesta por todo lo alto. Nick y yo ya llevábamos varios meses distanciados, en cierto modo. Habíamos dejado de hablar todos los días y me costaba un mundo mantener una conversación de más de dos minutos con él cuando me lo encontraba por el campus. Tenía la sensación de que huía de mí.

Aquella noche fui con Bethany, ya que Karen estaba de lo más borde últimamente, y la verdad es que no me apetecía aguantarla. Pero al llegar, me encontré a Nick en la barra, hablando animadamente con ella. Se reían a carcajadas y ella posaba sus manos sobre él.

Cuando cruzamos la mirada, su semblante cambió; se puso serio de repente. Estaba harta de la situación y me planté delante de él en menos de dos segundos.

—¿Dime qué te he hecho? Venga, dímelo —le exigí.

Nick me miró con el ceño fruncido y cogió su cerveza para darle un trago.

—Jess, ¿te quieres ir? Por favor, estás interrumpiendo nuestra conversación —soltó la odiosa de Karen.

—Karen, date un paseo. Voy a hablar con mi mejor amigo, estés tú delante o no, así que cállate de una vez.

Ella me miró como si tuviera un cementerio aparte y una tumba con mi nombre.

—Oye, danos un momento —le dijo Nick. Y a mí me encantó que lo hiciera. Karen se fue con una cara de pasmo que me provocó una

risa que no pude ocultar.

—No me has hecho nada, pero nuestras vidas están tomando caminos diferentes y tienes que aceptarlo.

—¿Qué mierda dices, Nick? ¿Qué caminos? Somos amigos. ¡Te echo de menos, joder! Esto lo has decidido tú, no yo —le reproché, casi al borde del llanto.

—Alguien tenía que tomar las riendas de este sinsentido. He sido yo porque no soportaba más ser tu perrito faldero. Vete, Jess, en serio, pasa de mí. Cómprate un perro de verdad o haz lo que te dé la gana.

El desprecio con el que dijo todo eso me dejó fuera de órbita. Estaba fuera de toda lógica que Nick me tratase así… Y me fui, sin entender nada y sin saber si seguir luchando por él era una buena idea.

Nuestro distanciamiento y aquellos extraños episodios se volvieron cada vez más frecuentes, especialmente desde que empecé a trabajar y dejamos de vernos a diario. Yo seguía luchando por él, por no perderlo, pero Nick me lo ponía cada vez más difícil, casi imposible.

En una ocasión, lo llamé para ver cómo estaba y me insultó al contestar. No volví a llamarlo hasta que pasó un mes y su respuesta fue muy similar. Al final, tuve que admitir que no podía hacer más sin sufrir en el camino, sentí la necesidad de alejarme de él porque su comportamiento me hacía más mal que bien.

Lidiaba continuamente con la tristeza de perderlo e intentaba aceptar que aquella había sido su decisión. La coraza que Nick se había construido era tan impenetrable que no solo me alejaba de él, sino que también me impedía salvarlo de sí mismo. Nuestros amigos tampoco conseguían acercarse a él.

Ambos habíamos terminado nuestros estudios con notas excepcionales, pero parecía no importarle su futuro. Seguía trabajando en el restaurante de comida rápida que le había ayudado

a pagar el grado, y no quiso asociarse conmigo cuando le propuse abrir una consulta juntos.

Todo había sido tan progresivo que no me di cuenta hasta que hice un ejercicio de retrospectiva, pero el comportamiento de Nick había cambiado tanto que apenas se parecía al chico amable que me saludó en mi primer día de universidad. Lo achacaba a que, al no estar juntos como él quería, había terminado llenándose de resentimiento y de ira hacia mí. Era un pensamiento egocéntrico pero era lo único que podía explicar su comportamiento, al menos para mí.

Llevaba más de seis meses sin verlo cuando una mañana se presentó en mi consulta. Estaba casi irreconocible: sucio, desaliñado, muy delgado y fuera de sí.

Entró en el despacho donde estaba con una paciente, dándole una patada a la puerta.

—¡Nick, por Dios! ¿¡Pero qué haces!? ¡Sal de aquí ahora mismo! — le grité desesperada.

No parecía estar en sus cabales y su mirada me puso la piel de gallina.

Le dije a mi paciente que esperará fuera y me disculpe. Ella salió escandalizada.

—Siéntate —le dije con voz seria y firme.

—¿Me va a psicoanalizar la doctora imbécil? —se burló.

—No, quiero que me cuentes que te pasa de una maldita vez.

Se quedó de pie, mirándome con desinterés.

—Nick, por favor... —dije—. ¿Cuándo no hemos podido ser sinceros el uno con el otro?

—Déjame que piense, um… ¿nunca? —soltó con asco mientras deambulaba por mi despacho.

—Pero, ¿qué dices, Nick? Por Dios, para ya. —Estaba tan cansada de la situación que prácticamente me había rendido con él.

—Oh, pobrecito Nick, ¿verdad? ¿Qué le pasará? A lo mejor solo es un pringado y no tiene huevos para conseguir lo que quiere. —su tono intentaba ridiculizarme. —Y tú eres una estúpida que no se entera de nada y que no vale más que para engañar a una panda de tarados.

Sus palabras hacía tiempo que dejaron de dolerme; no me había quedado más remedio.

—No puedo entender cómo te has convertido en esto. Tenías el mundo a tus pies, eras un hombre admirable, eras mi amigo y ya no te reconozco. ¿No te das cuenta de que todavía estás a tiempo de salvar esto? —dije señalándonos a ambos. Intentaba hacerlo reaccionar.

—¿No lo puedes entender? Claro, no eres capaz de entender una mierda, ¿verdad? Normal que Nick se volviera loco, lo dejaste inservible. —Usar la tercera persona para referirse a sí mismo me resultó extremadamente espeluznante, a la vez que un dato escondido en mi cerebro empezaba a iluminarse lentamente.

—No estás loco. Solo desorientado y sabes que puedo ayudarte, solo tienes que dejar que me acerque.

—¿Acaso he dicho que sea yo el que está loco? —dijo, de nuevo aludiendo a otra persona.

Intenté dar un paso hacia él para comprobar el nivel de seriedad de sus palabras.

Su rostro cambió. Apretó sus ojos con fuerza mientras se golpeaba la cabeza con los puños.

—¡No, Jess! ¡Sal de aquí! —gritó de repente mientras se alejaba de mí en dirección a la puerta.

Paré en seco y por un momento me pareció ver al Nick que yo quería. Pero no duró mucho.

—No vas a ir a ninguna parte —dijo cambiando radicalmente su voz.

Se abalanzó sobre mí, llevando sus manos a mi cuello y apretándolo con una fuerza descomunal que me robaba el aire a cada segundo. Me tumbó de un golpe en el escritorio del despacho, golpeando mi cabeza una y otra vez contra la dura madera. Notaba cómo la vista se me empezaba a nublar y sentía la sangre salir de algún lugar de mi cabeza.

No recuerdo prácticamente nada de ese momento, solo la sensación fría de un objeto punzante y fino que conseguí agarrar con la mano. Mi pluma.

Ojalá nunca la hubiera cogido.

32. REVELADO

Alec seguía de rodillas en el suelo, con las manos en la cabeza y un llanto que partía el alma. Me costaba verlo bien porque mis propias lágrimas no dejaban de caer, nublándome la vista por completo.

—No quería hacerle daño —confesé, con la voz rota—. Era lo último que quería.

Alec se pasó los brazos por los ojos con brusquedad, limpiando sus lágrimas con dureza, como si no quisiera dejarse ver tan vulnerable.

Ante la revelación de que Alec era el hermano de Nick, una sensación extraña me invadió, como si se me presentara una oportunidad de redención, si es que eso era posible. Podía volcar todo mi arrepentimiento en alguien que también había querido a Nick, y aunque eso no me trajera consuelo, quizá sí podría dárselo a su familia.

—Quiero que me cuentes todo lo que pasó. Necesito saberlo —dijo Alec.

Un fuego sordo me abrasaba por dentro, como si se encendiera en lo más hondo de mi alma y se derramara por cada rincón de mi cuerpo, sin dejar espacio para el alivio. Me desgarraba aceptar que todo lo que había vivido con Alec no era más que una farsa, que Nick había dejó a una familia rota por mi culpa, y que, en el fondo, Alec jamás me perteneció.

Había tantos frentes abiertos que me sentía al borde del colapso. No sabía por dónde empezar, todo parecía una maraña imposible de desenredar. Pero respiré hondo, me centré todo lo que la ansiedad me permitió y comencé. Si Alec quería una explicación, la tendría… pero yo también tenía unas cuantas preguntas.

—No eres el único que necesita respuestas, y no pienso moverme de aquí hasta que me expliques cada una de las mentiras que me has soltado —sentencié.

Alec asintió, esperando que fuera yo quien comenzara a hablar, pero al final fue él quien rompió el silencio.

—¿Qué pasó? ¿Qué relación teníais? ¿Matarlo fue la única solución? —Sus preguntas fueron claras y directas, propias de un policía. Las mías también lo serían, aunque su última pregunta me destrozó por dentro.

Le conté cómo nos conocimos, lo fundamental que fue nuestra amistad en mi vida y cómo, poco a poco, Nick fue cambiando hasta volverse alguien casi irreconocible. Le expliqué que siempre había sospechado que quería que hubiera algo más entre nosotros y que, durante mucho tiempo, pensé que su cambio de actitud se debía a que eso nunca ocurrió.

Alec escuchaba mis palabras con la mirada fija en el suelo de la habitación, como si estuviera procesando cada una de ellas con cautela. Pero cuando mencioné que Nick estuvo enamorado de mí, cerró los ojos con evidente dolor. Si ya se consideraba un traidor por haber estado con la mujer que mató a su hermano, debía de ser horrible descubrir que, además, esa mujer era también a quien Nick había querido.

—¿Notaste algo extraño en él? —volvió a preguntar, recuperando la quietud en el rostro.

—Su actitud variaba mucho, sobre todo en el último año y… fui tan imbécil por no darme cuenta… —mi voz se quebró por un instante antes de continuar—. Pero creo… bueno, creo que Nick tenía un trastorno de identidad disociativo —arrastré esas últimas palabras como si fueran una blasfemia—. No tengo pruebas, ni siquiera lo había considerado hasta que todo sucedió, pero es la única explicación que encuentro para que dejara de ser él mismo de una manera tan radical.

Alec me miró con los ojos muy abiertos. Su cara volvía a estar desencajada y me hacía cerrar los ojos para no contemplar el dolor que rezumaba.

—Nick no era su nombre de verdad. Se llamaba Jhon —dijo Alec.

Sus palabras parecían haber anclado mi cuerpo al suelo y me atravesaron como una puñalada. Era el hermano del que me habló una vez.

—Mis padres lo adoptaron a los seis años, yo tenía siete. Mi padre lo rescató de una situación familiar espeluznante, tanto que, bueno… lo persiguió toda su vida. —Alec se enderezó y tragó saliva.

—Mi padre movió cielo y tierra para conseguir su adopción, cuando mi madre lo conoció también lo adoró al instante —dijo, sonriendo levemente, perdiéndose en algún recuerdo, y continuó—: Querían darle una vida mejor pero lo que debió ver, las palizas que recibió desde tan pequeño… —Alec se quebró y se dobló sobre sí mismo aguantando el llanto, golpeando el suelo con uno de sus puños.

Un pensamiento fugaz pasó por mi mente. La intención de la familia de Alec siempre fue mejorar la vida de Nick, pero, al final, eso fue imposible, pasó todo lo contrario, y se cobró la felicidad de su familia adoptiva por el camino.

Pero sobre todo, en mi cabeza solo imaginaba a un pequeño Nick tan desamparado y solo que me moría por dentro de la pena.

—Creó a Nick al poco tiempo de llegar a casa, y luego aparecieron otras tres personalidades más. Las necesitaba para sobrevivir a lo que le pasó —continuó.

—Nick se impuso a John, y los médicos lo vieron como un salvavidas. John apenas hablaba, estaba completamente traumatizado… Nick era, en cierto modo, la versión de John que hubiera existido si su vida hubiese sido como debería. Los médicos creyeron conveniente intentar, por todos los medios, mantener a

Nick como la personalidad dominante, ya que era la más estable y beneficiosa para él. Las otras… bueno, sacaban lo peor de John.

Alec me miraba fugazmente mientras hablaba.

—Pusimos todo nuestro empeño en ayudarlo, mi familia se volcó en eso como único objetivo.

No podía creer lo que Alec estaba diciendo. Sus palabras eran como piezas sueltas de un rompecabezas que, poco a poco, empezaba a tomar forma.

—Y funcionó… al menos durante un tiempo —continuó—. Pero cuando cumplió los veintidós, empezó a cuestionarse muchas cosas. No entendía por qué debía tomar una medicación que lo mantenía alejado de su verdadera esencia, de John. Se sentía fuera de lugar, como si no encajara en su propia piel, y comenzó a sufrir crisis.

Alec hizo una pausa, como si decir lo siguiente le costara más de lo esperado.

—Tuvimos que ingresarlo en una clínica.

Me resultaba casi imposible imaginar la vida de Nick así. Parecía que Alec me estaba contando la vida de un desconocido, y me daba cuenta a cada momento que pasaba que así era; no conocía a Nick en absoluto.

—Sentía que lo estábamos engañando, que solo queríamos anularlo. Para él, todo aquello era muy real. Pero nosotros solo queríamos que fuera feliz, y Nick era lo mejor para eso.

Alec hizo una pausa, como si intentara ordenar sus pensamientos antes de continuar.

—Las otras personalidades empezaron a rivalizar por el control de lo que sentían como suyo, y pasó otro año más hasta que finalmente pudo salir de la clínica. Salió como Nick… pero desde ese momento nos apartó de su vida.

Tragué saliva. La historia que estaba escuchando me estremecía hasta los huesos.

—Yo sabía que, si realmente Nick hubiera estado ahí, no nos habría apartado así —retomó Alec, su voz estaba quebrada—. Pero hizo todo lo posible para que no lo encontráramos… y no lo volvimos a ver hasta que nos llamaron... para reconocer su cuerpo.

Su último susurro se perdió entre sollozos.

—Habían pasado cinco años.

Alec hizo una pausa para mirarme a los ojos y respirar profundamente, recobrando la compostura.

—Por eso, te vuelvo a preguntar, ahora que sabes su historia… ¿cambió? ¿Dejó de ser él? —preguntó Alec, con una voz cargada de desesperación—. Necesito saber si fue John o cualquiera de los otros quienes lo arrastraron hasta la muerte. Necesito creer que Nick logró sobrevivir a ellos… y que nunca habría sido capaz de intentar matar a nadie.

Su pregunta y su relato me abrieron un camino de respuestas y sembraron otro de preguntas.

—¿Y de que te sirve eso? No va a cambiar lo que pasó —respondí.

—Porque sé que, si al final de su vida tuvo a Nick para refugiarse, podré encontrar algo de paz —contestó finalmente.

Empecé a encontrar algo de lógica a su duelo y a ese caos que se enredaba con su ira y su pena.

—Sí, al principio. A veces decía cosas que luego no recordaba, me trataba mal o incluso se refería a sí mismo en tercera persona… y después, para él, era como si nada hubiera pasado.

Alec me miraba como si yo fuera la única botella de agua en medio del desierto.

—Pero estoy segura de que conocí a Nick desde el principio. Puede que después cambiara, pero te aseguro que era él. Y al final… también lo era. Intentó resistirse, me dijo que huyera… —sollocé, sintiendo cómo mi propia voz se rompía.

Dolía demasiado… Como si hubiéramos abierto una herida que aún no había cerrado del todo y alguien la estuviera cubriendo de sal sin el más mínimo cuidado.

—El día que sucedió todo, distinguí un enfrentamiento dentro de sí mismo, pero no fui consciente de lo que le estaba pasando. Pensaba que me odiaba, sin más, y que había perdido el norte. —Alec se dejó caer sobre la pared, dejando sus brazos lánguidos a ambos lados de su cuerpo, sin fuerzas.

—Y no, no quise matarlo —dije cuadrándome e intentando serenarme—. Pero en ese momento no me quedó alternativa. Me estaba estrangulando. Ojala solo lo hubiera herido.

Esas eran mis pesadillas: Nick sobre mí, mi pluma clavada en su cuello, su sangre en mis manos, salpicando las paredes de mi despacho. El peso de su cuerpo, inerte, aplastándome. Su último aliento, ahogándose en mi oído. Y la certeza insoportable de que fui yo quien se lo arrebató.

Era algo que me perseguiría toda la vida. Nada puede borrar algo así de la mente.

—¿Crees que no sé que, si hubiera estado más atenta, si me hubiera dado cuenta antes de lo que pasaba, podría haberlo salvado? —mi voz se quebró antes de transformarse en un llanto lleno de ira—. ¡Por supuesto que lo sé! —grité, sintiendo cómo el dolor me desgarraba por dentro—. No necesito que la familia de Nick se vengue de mí… ya lo hago yo por vosotros cada día. Vivo en este mundo sin él, soportando lo despreciable que soy, con su sangre en mis manos.

Había estado ciega, y eso solo hacía que me sintiera aún más desgraciada. No solo maté a mi mejor amigo, sino que, además, no fui capaz de ayudarlo.

—No podías saberlo —dijo muy serio.

¿Estaba justificándome? No podía entenderlo. Había orquestado todo un espectáculo para vengarse, y ahora, de repente, ¿intentaba

hacerme sentir mejor? Decir que estaba perpleja era quedarse muy corta.

—Me defendí, sí. Ojalá no lo hubiera hecho. Créeme, he deseado muchas veces ser yo la que estuviera muerta. Cargar con el peso de su muerte casi me destruye —confesé, sintiendo cómo las palabras me quemaban la garganta.

—La policía me tomó como sospechosa. Algo no les cuadraba, a pesar de que todo indicaba que había sido en defensa propia. Lo cierto es que ni siquiera intenté defenderme ante ellos, estaba rota… y eso solo me hizo parecer aún más culpable —continué, con la voz más firme—. Tuve que cerrar mi clínica y, aunque al final quedé libre, nunca me he recuperado. No del todo.

Hice una pausa y lo miré con dureza.

—Aunque imagino que habrás hecho los deberes y no te estoy contando nada nuevo —espeté con frialdad, recomponiéndome poco a poco y enfocándome en los hechos. Porque, al final, la que estaba retenida en esa habitación de hotel era yo.

Alec me miraba con el semblante de quien ya conoce la historia que está escuchando. Su silencio comenzaba a incomodarme cuando, de repente, habló:

—Tuve que usar todo lo que estaba en mi mano. Necesitaba saber qué había pasado… No podía admitir que parte de lo que le sucedió a John también era culpa mía. Ahora lo sé —su mirada reflejaba un ruego silencioso de perdón—. Intenté que fueras la mala, la responsable de todo, porque necesitaba que alguien pagara. Pero eras inocente… y yo no podía aceptarlo.

Hizo una pausa, como si las palabras le pesaran demasiado.

—Debí haber hecho más. Buscarlo sin descanso. No lo hice. Te culpaba a ti porque la alternativa era admitir que lo habíamos hecho todo mal con él.

Su voz se apagó con esa última confesión, como si en esas palabras estuviera la verdad que había estado evitando enfrentar.

—¿Me estás diciendo que todo ese acoso y derribo por parte de la policía era cosa tuya? ¿Y qué? ¿Se supone que ese argumento debe compensarme? —siseé, sintiendo la rabia arder en mi interior—. El infierno que viví no se justifica con una sola frase, malnacido.

Lo miré con asco.

—¿Y todo esto qué es? ¿Una forma de vengarte? ¿Utilizarme para hacerme sentir un despojo? —mi voz tembló, no de miedo, sino de cansancio, de puro agotamiento—. Jamás pensé que diría esto, pero maldigo el día en que conocí a Nick. Me habéis destrozado la vida.

Apenas fue un susurro, pero cada palabra pesaba como una losa.

Intenté ponerme en pie, pero el dolor en mi tobillo era inaguantable. Estaba demasiado hinchado y, en cuanto intenté apoyarlo, un grito ahogado escapó de mis labios.

Alec se levantó de golpe, moviéndose instintivamente hacia mí.

—¡No! Ni se te ocurra. Te he contado todo lo que querías saber. No sé si has entendido o no que yo no fui la mala, ni tampoco lo fue Nick. Y créeme, me ha costado mucho asumirlo. Pero ahora… te toca a ti.

Lo miré fijamente, con todo el odio del que era capaz.

La poca fuerza y dignidad que me quedaban estaban concentradas en una única cosa: obligar al hombre despreciable que tenía delante a explicar el juego sucio y cruel al que me había sometido.

—Sé que nada de lo que diga puede justificar lo que he hecho… Sí, intenté acercarme a ti, atraerte… incluso te recomendé para el puesto. Necesitaba tenerte cerca, analizarte, investigarte, comprobar si de verdad eras inocente. Necesitaba saber si realmente mi hermano era el culpable de todo.

Cada palabra que salía de su boca apretaba más el nudo en mi garganta, nudo sobre nudo. Sentía el escozor en mis ojos, desgastados de tanto llorar. Mis manos se aferraron a mi pecho, como si con ese gesto pudiera protegerme de tanto dolor.

—Miserable… Te conté asustada que me acosaban, ¿cómo podías mirarme a la cara? —solté con desprecio, sintiendo una ira tan profunda que apenas reconocía mi propia voz.

Alec apartó la mirada, incapaz de sostenerla.

—Lo siento —fue todo lo que dijo.

Me reí sin humor, con una mezcla de asco y amargura.

—Eso no significa nada para mí. Jugaste a ser el héroe de la película, pero fuiste el villano desde el principio. ¿Cómo pudiste escribirme esas amenazas y al día siguiente mirarme a la cara como si nada? ¿Cómo pudiste besarme sabiendo lo que hacías? Eres un psicópata. —Lo fulminé con la mirada.

—¿Y quién coño es Juls? —pregunté harta, notando cómo la indignación me subía por la garganta.

Alec bajó los hombros con un suspiro largo y cansado, como si, de repente, todo su peso recayera sobre él. Evitó mi mirada, clavando los ojos en su pecho, como si quisiera esconderse del mundo.

—Juls es mi mujer.

33. CLARIDAD

Me acerqué al rostro de ese desconocido—porque eso era ahora para mí, un completo extraño—y, con todo el odio acumulado en mi puño, le solté un puñetazo con tanta fuerza que el impacto me dejó la mano casi en el mismo estado que el pie.

—¿¡Casado!? ¡Eres un hijo de puta! —mis gritos se estarían oyendo en toda la isla.

Empecé a sentir una rabia tan fuerte que temí por mi salud, estaba tan acelerada que me mareaba.

—Te mereces sentir todo el dolor que sientes. Ya sea por mi o por tu hermano. Te lo mereces. —Odiaba cada aspecto de su persona, era incapaz de controlar tanta ira. El pie me ardía, pero aun así no paraba de moverme por la habitación.

Alec se llevó la mano a la mejilla izquierda, justo donde había recibido mi puñetazo. No levantó la vista del suelo ni se movió del sitio, lo que me irritó aún más, porque intuía que, al final, me había hecho yo más daño que él.

—Jess, me he enamorado de ti. —Seguía sin mirarme.

—¡No te atrevas, desgraciado! ¡¿Me oyes?! No tienes derecho a decir que me quieres.

Nunca antes había experimentado un nivel de humillación tan profundo. Me encontraba totalmente expuesta y ninguna barrera podía ocultar la vergüenza que sentía por mi ceguera y la forma tan ridícula en la que había caído en su trampa.

—No tengo derecho, lo sé, pero es la verdad —dijo.

—Cuéntaselo a tu mujer; seguro que lo entiende mucho mejor que yo. —Dios, estaba casado.

—Me mandaste esos mensajes, me dejaste vivir asustada, viste cómo la ansiedad me consumía por dentro y, aun así, ¿no paraste? Eres despreciable. ¿Cómo puedes decir que me quieres?

—Paré, Jess, lo hice, pero era demasiado tarde. Había sobrepasado la raya hacía mucho, y no quería perderte.

—A veces, después de estar contigo, me sentía como un traidor. No podía soportar esa culpa, y terminaba cogiendo el móvil para escribirte esas cosas... Pero me arrepentía en cuanto las enviaba.

El silencio entre ambos se hacía más incómodo con cada segundo que permanecíamos callados, pero Alec al fin continuó hablando.

—Intenté desaparecer, pero no sirvió de nada. Solo quería estar contigo y compensarte por todo lo que había hecho —dijo abrumado—. Intenté decírtelo tantas veces… pero no era capaz de mirarte a los ojos y hacerte semejante daño. Nunca tuve dudas, jamás, es solo que no sabía cómo solucionarlo.

Me miró fugazmente, pero su valor para mantenerme la mirada no duró mucho.

—Compensarme con mentiras. Debiste haber desaparecido y no volver, cobarde. Eres un hombre casado. ¿Tú te estás oyendo? —susurré.

—Me estoy divorciando de Juls. Cuando me fui aquellos días, estuve hablando con ella y le pedí el divorcio. Le expliqué que me había enamorado de otra persona —confesó.

—Eso ya da igual, Alec. ¿No te das cuenta? Estás solo. Nunca te perdonaré por esto, y no espero que tú me perdones por lo de Nick, pero no puedo ni mirarte.

—No necesito perdonarte, porque nunca fue tu culpa. Lo que de verdad me duele es haber sido tan estúpido como para entenderlo

cuando ya no había vuelta atrás —dijo.

—No, no tiene vuelta atrás. Cuando salgamos de este infierno, me iré, y no quiero volver a saber nada más de ti —espeté, con toda la frialdad que me quedaba.

Tras mis palabras, Alec me miró con los ojos vacíos, como si algo dentro de él se hubiese apagado. Luego, sin decir una sola palabra, dejo mi móvil en una mesa y salió de la habitación apresuradamente.

La luz de la mañana ya llevaba un rato iluminando la habitación, y a mí me parecía como si un tren de mercancías me hubiera arrollado. Tomé un antinflamatorio para el pie y, con dificultad, me di una ducha que necesitaba más que respirar.

Aprovechando el alivio del medicamento, recogí todas mis cosas y llamé a recepción para pedir un taxi. Tuve que luchar contra el sopor que me invadía, pero esa noche dormiría en casa.

El vuelo salía en tres horas y no tenía idea de qué pensaba hacer Alec, pero lo único que yo quería era irme de allí sin verlo. Y, como si hubiera escuchado mis plegarias, no lo vi. No apareció en el aeropuerto ni se subió al vuelo que debíamos coger juntos.

Sinceramente, lo agradecí con toda mi alma.

Necesitaba tiempo, espacio, un respiro para procesar la pesadilla que había vivido. Me daba exactamente igual dónde estuviera él.

Mi mente empezó a atar cabos y, de repente, todo comenzó a cobrar sentido.

Siempre estaba encerrado en su despacho, concentrado, mirando papeles, probablemente sobre mí. Su actitud extraña aquel día que se chocó con Megan y conmigo en la puerta del ayuntamiento. Todas esas veces en las que parecía querer decirme algo que nunca pronunciaba. Y, por supuesto, los mensajes de Juls…

¿De verdad todo había sido mentira?

¿De verdad había sido tan tonta?

Sentía un odio tan intenso dentro de mí que me carcomía, y no sabía si lo odiaba más a él o a mí misma.

En el fondo, no podía negar la evidencia. Me había enamorado de un hombre que me había engañado de todas las maneras posibles y, a pesar de despreciarlo, seguía amándolo. No podía borrar lo que sentía sin más. Esa era una traición contra mí misma, una traición contra la que no podía hacer nada, salvo darle tiempo al tiempo.

El vuelo se me pasó muy rápido; me dormí casi al instante de despegar. Estaba agotada.

En cuanto bajé del avión, llamé a Samy para que viniera a recogerme al aeropuerto. Tardo un buen rato en llegar.

—Me vas a matar un día del susto —dijo Samy al verme, y tenía razón.

—¿Puedes explicarme qué haces en el aeropuerto, viniendo de no sé dónde, con esa cara de muerta, coja y sin avisar a nadie? —Su tono de enfadado me recordaba a mamá.

La miré sin más, con la maleta en una mano y las lágrimas saliendo repentinamente de mis ojos.

—Ay, madre… —Samy corrió hacia mí y me envolvió en sus brazos. En ese instante, me sentí en casa. Necesitaba sentirme a salvo de todo, y por fin lo estaba… al menos físicamente. Mi alma ya, era un tema aparte.

34. REPARAR

—Si tú no lo denuncias, lo haré yo —dijo Samy enfadadísima.

—No serviría de nada… Además, si pudo hacer todo aquello cuando lo de Nick, ahora también. Y no me apetece meterme en eso ahora, Samy —la miré suplicante.

—Sinceramente, me da igual si no te apetece, y que sea policía también. Por mí, como si es el Papa de Roma —Samy hablaba mientras andaba de un lado a otro de mi habitación en casa de mis padres, agitando los brazos como si así pudiera hacerme entrar en razón.

—Ese psicópata te ha acosado, engañado, secuestrado y utilizado, además de confesarte que usó sus influencias para que te consideraran sospechosa de lo de Nick, John o como quiera que se llamara. —Sabía que Samy apreciaba a Nick, pero estaba realmente enfadada; pocas veces la había visto así—. No puedes tolerarlo.

—Tienes razón en todo, pero me siento como si flotara a la deriva. No tengo fuerzas para nada que no sea alejarme y sanar —expliqué—. Entiéndelo, por favor.

—Lo entiendo, sí, pero también entiendo que siempre dejas pasar todo lo que te afecta a ti, y a mí no me da la gana de que ese sinvergüenza se vaya de rositas. Te costó muchísimo salir del pozo en el que te hundió lo de Nick, como para que ahora este tío venga a ponerlo todo en riesgo de nuevo.

—No creo que se vaya de rositas. Ya tiene bastante con lo que carga en su conciencia… y también perdió a Nick. No tiene justificación, lo sé. Pero si yo te hubiera perdido a ti, habría hecho mucho más —dije, mirándola con sinceridad.

Tomé aire y le dediqué una leve sonrisa tranquilizadora.

—Y no te preocupes, no volveré a meterme en esa jaula. Te lo prometo.

Los ojos de mi hermana se empañaron por la inminente aparición de unas lágrimas tontas que se quitó como si nada con el dorso de la mano. Ella siempre estoica, pero solo de fachada.

—No, no tiene justificación —sentenció.

Dejamos el tema a petición mía, y Samy me concedió una tregua muy necesaria para mi cabeza, que me iba a estallar.

Tendría que haber vuelto a Wislow el día anterior, pero no lo hice. También debería haberme presentado en el trabajo, pero tampoco lo hice. Lira y Megan me habían escrito varias veces, pero decidí ignorar los mensajes y, al final, opté por apagar el móvil después de llamar a Maybel para avisarle de que le enviaría mi carta de renuncia por correo.

—¿Cómo? ¿Pero qué ha pasado, Jess? —preguntó alarmada.

—Me han ofrecido un puesto aquí, en la ciudad. No puedo rechazarlo, Maybel, me pilla muy cerca de casa —expliqué. Era una mentira como una casa, pero no se me ocurría otra cosa.

Maybel se entristeció mucho, pero al final me deseó lo mejor. Le agradecí todo lo que había hecho por mí, me disculpé al menos cien veces por marcharme así, sin previo aviso, y le pedí que se despidiera de todos por mí.

Aunque aún tenía que volver a casa de la tía Helen a recoger mis cosas, tenía claro que no pensaba pisar el ayuntamiento de nuevo.

Decidí mantener a mis padres al margen de lo ocurrido. Ya lo pasaron demasiado mal cuando me vi envuelta en lo de Nick, y no quería que volvieran a revivir ese dolor. Les dije que mi contrato había terminado antes de tiempo, y eso era todo lo que pensaba contar al respecto.

No eran tontos, claro que sospecharían algo, pero lo cierto es que respetaron mi decisión y no insistieron.

Con el paso de los días, empecé a sentir esa calma que llega después de la tormenta, aunque aún quedaban escombros dentro de mí.

Una y otra vez, en mi cabeza, analizaba cada momento con Alec. Los diseccionaba, intentaba recordar cada detalle de su piel, cada matiz del color de sus ojos, la forma en que su boca se curvaba cuando sonreía. Incluso el eco de su risa seguía resonando en mi mente, al igual que el sonido de mi nombre en su voz.

Me torturaba con eso constantemente, porque necesitaba entender cómo era posible que todo hubiera sido una mentira.

Tenía el corazón roto de una forma irreparable y sentía que nunca volvería a estar como antes. Era un dolor desesperante, uno de esos que necesitas que desaparezca inmediatamente, pero que no se va, no hasta que sea el momento, y eso era una tortura.

Llevaba casi dos meses en casa cuando Samy me propuso acompañarme a Wislow para dejar la casa vacía y recoger mis cosas. Ya iba siendo hora.

Solo escuchar el nombre del lugar donde había sido tan feliz me provocaba escalofríos. Era algo así como estar conduciendo mientras en la radio suena una canción que te encanta y, de repente, tienes un accidente de coche. Por mucho que la hubieras amado antes, nunca podrás desvincular la canción del momento.

Así era Wislow para mí. Un lugar que alguna vez fue hogar, pero que ahora estaba irremediablemente ligado a Alec.

—No puedo verlo, Sam —le dije, muy preocupada mientras estábamos de camino.

—No tienes que verlo. Vamos a la casa y luego media vuelta, ¿vale? —me consoló.

Cuando el coche enfiló la calle principal de Wislow noté como el estómago se me iba a los pies y una sensación de mareo y nauseas me invadió de arriba abajo.

—¡Ey! Tranquila. Va a ser rápido y yo estoy contigo —dijo Samy, agarrando mi mano.

Aparcamos el coche en la entrada de la casa. El césped estaba algo descuidado y el buzón rebosaba de facturas y propaganda acumuladas.

Mientras nos acercábamos a la puerta, vi que alguien había echado un sobre por debajo de la puerta.

Me agaché para recogerlo y, al hacerlo, pude ver el nombre de Alec escrito en el remitente. El pulso y la respiración se me aceleraron. Giré el sobre y vi que tenía algo escrito.

«*Nick escribió esto para ti poco antes de su muerte. Lo siento.*

Alec»

Me daba miedo abrir el sobre y que la herida de Nick volviera a supurar. No quería que el muro que había construido contra él cuando todo cambió se viniera abajo, porque ese muro me había protegido. Pero, al mismo tiempo, sentía que al intentar olvidarlo, en realidad, le había fallado.

Daba igual si fingía que seguía vivo, si seguía dejándole mensajes en el contestador solo para desahogarme, aun sabiendo que nunca podría contestar. Eso no era más que un acto egoísta, una forma de calmarme cuando su ausencia se volvía insoportable, cuando la soledad y la culpa me asfixiaban.

Echaba de menos a mi amigo.

Y, al mismo tiempo, lo odiaba por lo que me hizo.

Pero también me odiaba a mí por lo que le hice.

Miré a Samy, quien me devolvió una mirada de absoluta comprensión, más allá de cualquier juicio o pensamiento. En sus ojos no había preguntas ni dudas, solo apoyo incondicional.

Eso me dio la fuerza que necesitaba para abrir el sobre y comprobar si, después de todo, todavía era tan fuerte como mi hermana decía.

« Jess, sé que hace un tiempo tuviste que dejarme ir; no te dejé otra opción. Ahora mismo, soy yo, soy Nick, el Nick que te llevaba cafés a la biblioteca cuando teníamos los finales y el mismo que te hacía reír con sus imitaciones malísimas de Mickey Mouse. He decidido escribirte ahora porque no sé cuánto tiempo tengo. No sé hasta cuándo podré seguir siendo yo, y si ya no volviera más, quiero que encuentres esta carta y sepas la verdad. Quiero contarte que no cambiaría nada de mi vida porque todo me ha conducido a ti. Sé que no te he contado demasiado, y conociéndote, sé que terminarás por entenderme, por entenderlo todo, pero si alguna vez no estoy, si alguna vez me pierdo, recuerda que te quiero.

Nunca he tenido el valor de decírtelo a la cara porque sé que no soy lo mejor para ti, pero aunque sea solo en esta ocasión, quiero decirte que me enamoré de ti casi al instante, y que sé que es absurdo pensar que podemos tener un futuro cuando no puedo darte la seguridad que mereces. No puedo pedirte eso. Por eso nunca lo hice, nunca lo intenté realmente, estar contigo, aunque a lo mejor nuestras vidas serían distintas si lo hubiera hecho. Supongo que nunca lo sabremos, pero siempre soñaré con ello.

Te quiero, Jess, y siempre lo haré, pero si alguna vez se te olvida o incluso eres testigo de cómo se me olvida a mí, puedes buscarme en estas líneas, porque ahora mismo soy Nick al cien por cien, tu Nick.

Te quiero. »

35. IRA

Siempre estuvo ahí, la posibilidad de haberme contado todo. Y no lo hizo. Da igual que yo lo sospechara o incluso lo supiera muy dentro de mí; no me lo dijo. Si hubiera confiado en mí, si me hubiera contado todo lo que acababa de leer mucho antes, ahora estaría a mi lado.

Mis sentimientos cambiaban demasiado rápido, oscilando entre el cabreo y la pena, de la ira al llanto, como un relámpago fugaz en la oscuridad de la noche.

¿A quién culpaba ya? ¿Quién tenía la culpa de todo esto? ¿Yo? ¿Él? Si aquella noche nos hubiéramos besado, ¿habría cambiado algo?

Samy me miró, preocupada, mientras yo sostenía la carta entre mis manos. Mis ojos, enrojecidos, se llenaban de lágrimas otra vez. Mi hermana me zarandeó en un intento de sacarme de mi trance, intentando que respondiera a las mil preguntas por segundo que me estaba haciendo.

Y las lágrimas dieron paso a la ira. ¿Cómo era posible que todo hubiera salido tan sumamente mal? Debería haber estado con Nick, haberlo besado, haberlo apoyado… y ahora estaría aquí, conmigo. Debería haber dejado atrás esa estúpida idea de que, si hubiéramos estado juntos, todo habría salido mal y habría perdido a mi amigo. La cagué por completo. Por supuesto que habría cambiado algo; lo habría cambiado todo, porque, al no seguir mi instinto, lo había perdido de todos modos.

Arrugué la carta contra mi pecho y, tras dejarla caer al suelo, lancé mi bolso con toda la fuerza que pude reunir contra una pared cualquiera.

Grité. Grité sin parar hasta desgañitarme. No quería llorar más, solo quería romperlo todo hasta agotarme. Fui directa a por lo primero que encontré, un paragüero que ya estaba en la casa cuando llegué. Lo pateé y luego lo usé para romper el espejo de la entrada. La tía Helen me estaría maldiciendo desde donde quiera que estuviera.

Samy me miraba, impactada, sin saber qué hacer.

—¡Jess, por Dios! ¡Para! —gritó.

Pero no podía detenerme. Agarré un paraguas que había caído del paragüero y lo lancé contra la puerta del salón, rompiendo uno de sus cristales. Samy me sujetó por los brazos para inmovilizarme e intentó calmarme.

—Shhh, shhh, ya está, cariño. Vuelve en ti. Puedes con esto —dijo con temple en la voz.

Estaba harta de lidiar con todo, de ese infierno que me desgarraba por dentro. Volver a la calma me parecía imposible, pero lo hice más rápido de lo que imaginaba; tal vez simplemente estaba agotada.

Me dejé caer al suelo, sin fuerza en las piernas, y me quedé allí, abrazada por Samy, sin saber qué hacer ni qué pensar.

Mi hermana recogió la carta del suelo y la leyó. Su expresión era indescifrable... pero no para mí.

—¡No es culpa tuya, ¿me oyes?! ¡No lo es! ¿Acaso estos hermanos se han propuesto joderte la vida porque sí?

Mi hermana se levantó del suelo y tiró de mí.

—Levántate, Jessica. No vas a quedarte ahí tirada así. ¡Levántate! —gritó.

Me incorporé para hacerle más fácil la situación, pero me habría quedado en el suelo durante horas.

—¡No! ¿Me oyes? ¡No tienes la culpa de nada! Ese hombre estaba enfermo, y tú no podías saberlo —dijo, señalando la carta con el dedo índice, con tanta fuerza que pensé que la rompería.

—Nada habría cambiado aunque le hubieras correspondido. ¿Crees que no sé qué, en el fondo, te gustaba? No sucedió porque no tenía que suceder, y mirar atrás solo te va a llevar a esto —me señaló, dejando claro que mi estado actual era un auténtico desastre. Y tenía razón.

—Y su hermano es un sociópata que ni siquiera tiene la excusa de una enfermedad —añadió—. ¿Crees que es normal dejarte esto bajo la puerta? ¿Esto es lo que buscaba? ¿Volverte loca?

Samy se llevó una mano a la cabeza con un gesto de exasperación y resopló como una fiera.

—No puedo más, Samy.

—Sí puedes, si algo haces siempre es levantarte. Este imbécil no te va a tumbar, tú flotas como un corcho ¿me oyes?

Mi hermana me miró de nuevo como si tuviera delante un problema de matemáticas dificilísimo, pero lo que no sabía es que aún se lo iba a poner más difícil.

—Siento la necesidad de despedirme. Si no lo hago no podré pasar página —dije.

No había sabido nada de Alec desde aquella conversación en Santorini y, a pesar de sentir rechazo por él y por su engaño, también sabía que lo quería. Sabía que dejar esa carta bajo mi puerta no era un intento de hacerme daño, más bien lo contrario. Si no pasaba página, nunca lo olvidaría; siempre tendría ese sentimiento de incertidumbre dentro de mí.

—En serio, tengo que decirle lo que siento y después… me iré.

—¿Y qué sientes? ¿Todavía puedes sentir algo bueno por ese tío? Jess, de verdad que intento seguirte el ritmo pero es complicado. —Samy se sentó en el sofá exhausta.

—Sé que debería darme miedo, pero no es así. No puede hacerme nada más y yo necesito decirle lo que pienso, y se acabó. Prometido. —La pobre me miró, rindiéndose.

—Pues adelante. Ve. Pero mantenme informada o llamo a los GEOS.

Sabía que aunque fingiera que no, me entendía.

Miré el reloj y quedaba muy poco para que Alec se marchara, si es que ese día estaba trabajando. Salí corriendo para intentar llegar a tiempo.

Cuando tuve la puerta del edificio frente a mí, sentí cómo mis pies se anclaban al suelo. Con un esfuerzo titánico y el vértigo recorriéndome la piel, avancé hasta entrar en el ayuntamiento.

Lira estaba bajando las escaleras cuando entré por la puerta principal. Alzó la cabeza y, al verme, sus ojos se iluminaron.

—¡Madre mía, estás aquí! —exclamó.

Bajó el tramo que le quedaba de escaleras corriendo y se abrazó a mí con todas sus fuerzas.

—Ay, Jess, por fin. Maldita sea, ¿por qué no me contestabas? Te mataría si no me alegrara tanto de verte —dijo.

Su actitud me tomó por sorpresa. Y su frase me pareció un cliché. No sabía si Lira estaba al tanto de algo.

—Alec me ha contado… —concluyó, algo dubitativa, disipando mis dudas. No me esperaba esa respuesta.

—¿Cómo? —fue todo lo que pude decir.

—La pelea en Santorini, cuando supiste lo de Juls —explicó.

Alec le había contado una versión muy edulcorada y conveniente de lo sucedido. Pero era de esperar.

—Ah, sí. En fin, he venido a recoger unas cosas de mi despacho y me voy —espeté, restándole cualquier ápice de importancia a lo que

decía. En realidad, no iba a mi despacho, pero no iba a decirle que lo estaba buscando, y tampoco estaba de más recoger algunas cosas.

Veía a Lira como una traidora. Era consciente de la verdad y, aun así, decidió ocultármela, sabiendo que hacía daño a terceros. Ella, que se creía moralmente superior por no enrollarse con Pol, permitía que otra mujer fuera engañada sin más, solo porque Alec se lo había pedido. Y ni hablar de en qué posición dejaba nuestra amistad esa forma de actuar. ¿Qué valor podía tener yo para ella?

—No, Jess, por favor, no dejes el trabajo por esto. Oye, ¡Espera! —exclamó al ver que yo evitaba su presencia y me dirigía a mi despacho.

—El trabajo lo dejé hace dos meses, pero veo que no te has percatado hasta ahora —le solté con rencor.

Me miro con cara de póker.

—Lira, no quiero hablar contigo. Lo sabías todo y me dejaste creyendo en una historia de amor que era falsa —dije, zafándome de su mano que estaba agarrando mi brazo—. Entiendo que es tu amigo, pero estás muy lejos de ser amiga mía.

Su rostro reflejaba sorpresa y vergüenza. Lira era muy clara con todo el mundo, pero rara vez los demás lo eran con ella. Tenía esa aura que poseen algunas personas con su carácter. Enmudecía a los demás. Su sorpresa ante mi respuesta probablemente era mayor por el hecho de haberle hablado como ella lo hacía con todos, más que por lo que realmente le estaba diciendo.

—No me correspondía a mí…

—Bueno, a mí tampoco me corresponde ahora hablar contigo. De verdad, no tengo tiempo para esto, adiós —espeté con bastante mala leche.

No tenía ni ganas ni tiempo para arreglar una amistad tan decadente.

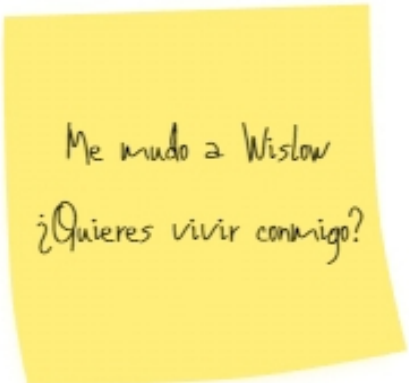
Entré en mi despacho, dejando a Lira parada en la entrada con una cara de pasmo que, aunque me hizo bastante gracia, también me hizo sentir un poco mala persona.

Recogí las cuatro cosas que tenía en el escritorio. Supuse que no me habían sustituido, porque todo estaba tal y como lo había dejado. Mientras guardaba el sello que me habían regalado por mi cumpleaños —y que pensaba llevarme, aunque fuera propiedad del ayuntamiento—, vi un post-it amarillo pegado en el borde de mi ordenador.



Era una nota de Alec, claramente de antes del viaje; reconocí su letra. Abrí el cajón de mi escritorio y dentro encontré una cajita negra. Sentí una sensación extraña, de nostalgia robada; me invadió la pena, porque hubiera lo que hubiera dentro, ya no valía nada.

Cuando la abrí, encontré una llave y otra nota.



Se mudaba… y quería vivir conmigo. ¿De verdad había dicho en serio que iba a divorciarse? Mi cabeza empezó a elucubrar escenarios alternativos en los que Alec y yo vivíamos juntos y nada había pasado. Pero la realidad me sentó de un golpe en el suelo, que era donde estaban mis deseos y sueños. Por mucho que me gustara fantasear con una vida así, no iba a pasar.

Salí de allí con la nota en el bolsillo, con la esperanza de guardar algo suyo, esa fantasía que había imaginado en mi mente, algo de antes de que se convirtiera en mi pesadilla. Dejé la llave en la misma caja y cerré el cajón con ella dentro.

Salí de mi despacho y fui directa al de la policía, pero solo estaba James.

—¡Hombre! Jess, me he enterado de tu nuevo trabajo, enhorabuena, pero te echamos de menos.

James se levantó y me dio un pequeño abrazo.

—Gracias, James. Fue de repente —dije sin mucho convencimiento—. ¿Sabes dónde está Alec?

—Se ha ido hace un rato. Está muy cabizbajo últimamente.

Me hubiera cambiado por James y su falta de información sin pensarlo. Al menos él parecía feliz.

—Gracias por todo, James. —Lo abracé fugazmente y salí corriendo del ayuntamiento.

Ya en la calle, giré la cabeza en ambas direcciones y, por inercia, mis pasos se volvieron más firmes y decididos hacia un lugar conocido: el antiguo archivo.

36. REDENCIÓN

La puerta del archivo estaba entornada, y mi mano en el pomo apenas dejaba de temblar.

Cogí aire y, armándome de una determinación más bien inventada, entré en la sala. Alec estaba apoyado en el borde de la destartalada mesa, con la cabeza gacha.

Una ráfaga de pánico helado me recorrió el pecho, dejándome una sensación similar a la embriaguez. ¿Cómo podía estar tan nerviosa?

Al escuchar el sonido de la puerta, Alec se giró.

Resultaría imposible expresar con palabras lo que sentí cuando nuestras miradas se cruzaron, un delirio de anhelo, desesperación, pasión y odio.

—Estás aquí… —murmuró. Casi parecía una pregunta, y su expresión reflejaba incredulidad.

—Necesito decirte algo —dije con voz temblorosa.

Alec se levantó y dio dos pasos hacia mí, pero se detuvo antes de que pudiera decirle que parara, quizá recordando nuestro último encuentro.

—He venido para decirte adiós y para darte mi perdón. No por ti, sino por mí —dije—. Hace mucho que cargo con la culpa de lo de Nick, y sé que pasará mucho más tiempo antes de que pueda desprenderme de ella… si es que alguna vez lo logro.

Sentía alivio con cada palabra que pronunciaba.

—Él no puede darme su perdón, pero yo sí puedo dártelo a ti. No sé si te servirá de algo, y en realidad me da igual. Pero a mí me

ayudará a vivir sin rencor, a no quedarme atrapada en el odio.

En ese momento comprendí que, si alguien debía perdonarme por lo sucedido, ese era Nick… y después yo misma. Nadie sabía lo que significábamos el uno para el otro, ni siquiera Alec. Y por eso, no tenía derecho a hacer lo que había hecho.

Alec giró el rostro, con la mirada fija en mis ojos.

—¿Eso significa que no me odias? —preguntó.

—No puedo odiarte cuando aún te amo. Y no me avergüenza decírtelo, aunque haya sido fruto de un engaño —confesé—. No me avergüenza, a pesar de saber que no significo nada para ti. Esto ya no va de ti, va solo de mí y de mi bienestar.

Alec cerró los ojos con fuerza.

—Va de que me merezco paz. Paz de verdad. Y alguien que me ayude a encontrarla.

—Significas más para mí que cualquier otra cosa en este mundo —dijo, mirándome de nuevo.

A la tenue luz del farol que había llevado hacía meses a la sala, noté que estaba más delgado. Se había dejado barba y su cabello estaba despeinado.

—Me das tu perdón, pero no creo que eso baste para deshacerme de esta sensación.

—No puedo darte otra cosa —dije.

—Pero yo sí puedo darte algo. Una explicación. Si lo que quieres es decir adiós, quizás la necesites.

En mi fuero interno se libraba una batalla complicada. Una parte de mí se negaba a escuchar nada de lo que tuviera que decir, pero otra, más fuerte, se aferraba a Alec y estaba dispuesta a aceptar cualquier palabra que aliviara, aunque fuera un poco, el dolor.

—Me enamoré de ti en este mismo sitio. En esta mesa —dijo, pasando la mano por el viejo escritorio del archivo.

—No era consciente al principio, pero lo hice, y yo solo me basté para joderlo todo, para crear el infierno en el que se convertía mi vida poco a poco. —Se apoyó en el filo de la mesa de nuevo.

La forma en que sus músculos se dibujaban bajo la camiseta me turbaba la mente y me hacía desear algo que no debía.

—Mi vida no se estaba volviendo un infierno por darme cuenta de que no quería a mi mujer o porque mi estúpida venganza no se estuviera cumpliendo como yo quería —prosiguió.

—Era un infierno verte cada día y saber que, tarde o temprano, te partiría el corazón.

Sus palabras estaban cargadas de emoción.

—Mi infierno era tenerte así, con engaños. Verte sonreír y saber que yo mismo arruinaría esa felicidad. Traicionar a mi hermano enamorándome de la mujer que él amó… La mujer que lo…

Cerré los puños con fuerza y giré el rostro bruscamente, intentando borrar de mi mente la palabra que había estado a punto de pronunciar.

«Lo mató» pensé.

—Sí. Puedes decirlo. No vas a hundirme más en la culpa que yo misma.

—No, no. Intento que entiendas cómo me siento —explicó.

—A veces pienso que Nick se encargó de trastocar mis planes y de mostrarme quién eras, que me guió hasta ti para que te quisiera más que a nada.

Se levantó del filo de la mesa y se acercó a mí. Esta vez, no sentí la necesidad de alejarme; más bien, lo miré con una perspectiva diferente, quizá del mismo modo en que lo hice la primera vez, sin los prejuicios que ahora se había ganado a pulso.

—No iba a decir lo que crees, iba a decir la mujer que lo hizo feliz.

Dio un paso más hacia mí.

—He pagado un precio muy alto por no aceptar cómo sucedieron las cosas. Me he sentido un traidor, hacia mi hermano y hacia ti, incluso conmigo mismo. He sido capaz de romper mi vida para alcanzar una venganza que no necesitaba. —Su voz era áspera y estaba impregnada en verdad.

—No puedo creerte cuando dices que me amas, Alec. Eso es incompatible con lo que has hecho —dije mirándolo fijamente y llena de dolor, porque estaba rota.

—¿Nunca te has equivocado verdad? —preguntó con cierto enfado.

—¿Equivocado? Esto no es un error insignificante. Esto no se puede arreglar.

—Simplemente porque has decidido que no tiene arreglo, ¿por qué? —Su expresión denotaba cierta esperanza.

—¿Cómo que por qué? No me hagas responder a esa pregunta. Lo que me has hecho… podría hasta denunciarte. Y la verdad, no sé por qué no lo hago.

—Sé que no puedo pedirte nada y que cualquier cosa que quieras darme es un regalo. Esto que estás haciendo ahora lo es para mí. Pensé que nunca volvería a verte, y la idea de no saber más de ti me partía en dos —dijo, mirándome.

Por un momento me permití imaginar qué pasaría si decidía perdonarlo, si pudiéramos tener el futuro que una vez soñé. ¿Podría vivir con eso? ¿Confiar en él?

Esa parte de mí que deseaba escucharlo crecía cada vez más, y me asustaba no ser capaz de controlarla. Pero sabía que no podía estar con Alec porque, aunque lo amara con todo mi ser, me había herido de una forma incurable. Había roto algo en mí que no tenía reparación posible.

—Alec… —me acerqué a él, acortando la distancia entre nosotros—. Solo nos haríamos daño. Algo así no se supera, ni siquiera con amor. No sé qué haría falta para superar esto… o si siquiera es posible.

—Jess, yo creo en nosotros. Creo que podemos conseguirlo. Empezar de cero —dijo, acercándose más a mí.

—No estoy segura de poder hacerlo… —murmuré, conteniendo a esa parte de mí que ya había ganado la partida.

Alec apoyó sus dedos en mi barbilla y me obligó a levantar la cabeza. Su mirada, cargada de súplica, me desarmó; solo quería dejarme arrastrar por ese ruego silencioso. Su contacto sobre mi piel despertó algo en mí, algo que sabía que no podía durar.

—No tenemos esa opción, Alec. Nick no empezará de cero y nosotros siempre lo sabremos. —Levanté mi mano para acariciar su rostro.

Mi sentido del tacto se agudizó en el instante en que mis dedos rozaron su piel de nuevo. Alec cerró los ojos con intensidad, dejándose llevar por el contacto, y llevó su mano hacia la mía, aferrándola con fuerza. Parecía tener miedo de que me desvaneciera.

—No puedo estar sin ti, Jess. Aborrezco cada segundo que no estoy a tu lado… es una tortura hecha a mi medida —murmuró, su voz apenas era un susurro cargado de desesperación—. Tú eres mi razón de ser, mi destino. No hay nada que tenga más claro… Nací para encontrarte. No me hagas esto.

Alec me agarró la cara con ambas manos y apoyó su frente en la mía. Empecé a llorar casi sin darme cuenta y mis intentos por parar eran inútiles.

—¡Tú nos has hecho esto! ¿Crees que a mí me gusta esta situación? ¡Esto es una mierda! —dije apartándome de golpe—. Siento que estoy renunciando a lo mejor de mi vida, pero necesito

hacerlo porque no puedo quererme tan poco y sé lo que pasará. No acabará bien.

Alec me miraba con los ojos apagados. No me sentía dueña de mis emociones; me dominaban por completo. El descontrol era tal que me desbordaba.

—¡Joder! ¡Maldita sea! —grité, girándome totalmente y dándole la espalda.

—¿Qué has hecho? —le pregunté.

—¿Cómo?

—Cuál es tu situación ahora, ¿Sigues con tu mujer? ¿Sabe algo?

—No. Me fui hace días de casa. Solo sabe que me he enamorado de otra persona —dijo Alec.

—A la mierda —sentencié.

Me lancé hacia él sin pensar en nada más que en besarlo con todas las ganas acumuladas, mezcladas con el torbellino de emociones que había vivido la última semana. Por un momento, dejé de lado todo lo demás.

Alec me recibió entre la sorpresa y el deseo. Sus manos en mi cintura me apretaban contra él con una fuerza tan placentera que me extasiaba.

Sus caricias recorrieron mi cuello, mi rostro, mi cabello. Había cierta violencia en nuestros movimientos, como si el odio y la decepción que sentía por mí misma se volcaran en él, y su cuerpo respondiera de la misma manera.

Empecé a desabrocharme la camisa sin despegarme de sus labios. Ver de nuevo su cuerpo desnudo me secaba la boca y me hacía temblar de deseo.

Lo atraje hacia mí, agarrándolo del cinturón, y empecé a quitárselo. Él me besaba el cuello con frenesí mientras yo dejaba caer mis pantalones al suelo.

Alec me cogió a pulso, con firmeza, y me sentó sobre el viejo escritorio. Sentía que me estaba volviendo loca de lujuria, que no lo tenía lo suficientemente cerca de mí. Lo necesitaba de inmediato y, al mismo tiempo, detestaba desearlo.

Me retiró el cabello de uno de mis pechos, dejándolo a la vista. Al mismo tiempo que lo sujetaba con su mano y me besaba el cuello con furia, me penetró con una vehemencia frenética.

El grito que escapó de mis labios rompió toda norma, toda órbita de placer. Lo había echado tanto de menos… pero no fui realmente consciente de cuánto hasta ese instante.

Con cada acometida, me dejaba más y más cerca de ese lugar al que yo había llamado cielo y que, quizás, ahora era el infierno de los dos. Un hormigueo me recorrió los brazos y las piernas y, casi sin ser consciente, llegué a la gloria.

Alec me incorporó de la mesa con suavidad, acercándome a su boca, y apoyó su frente contra la mía.

—Puedo vivir con la culpa, pero no puedo vivir sin ti —dijo, y después me besó de nuevo.

37. DESTINO

Cuando volví a casa y Samy me miró, sentí que me escaneaba con la mirada, como si tuviera rayos X. Me conocía demasiado bien… sabía lo que había hecho.

Sus brazos en jarras pasaron a estar desganados a ambos lados de su cuerpo. Estaba decepcionada.

—Joder, Jess.

Mi hermana me miró enfadada y se dio media vuelta mientras terminaba de meter las cosas de baño en una caja con brusquedad.

—Lo quiero, Samy. No sé qué hacer, solo sé que lo quiero.

Odiaba sentirme así al pronunciar esas palabras, pero quizás esa fuera mi penitencia. Aceptar que quería a Alec era aceptar su traición, y eso dolía. Dolía demasiado. Y aún no sabía si dolía más que no tenerlo.

¿Me estaba autoengañando o, en realidad, me estaba equivocando por completo?

—Lo quieres… ¿Sabes lo que quiero yo? No tener que volver a recoger los restos de lo que quede de ti cuando esto te estalle en la cara otra vez. Eso quiero.

La entendía. Si estuviera en su lugar, me sentiría igual. Pero eso no hacía que necesitara menos su apoyo.

—Nunca te he pedido que estés. Es mi vida —dije, y me arrepentí en el mismo instante en que las palabras salieron de mi boca.

Samy abrió los ojos, sorprendida.

—Eso no es justo. Estoy aquí porque eres mi hermana y te quiero, pero no voy a apoyar este comportamiento kamikaze.

En lo más profundo de mí, sabía que tenía razón. Sabía que no se merecía lo que le acababa de decir, pero no podía luchar contra mis sentimientos. Me estaban colonizando.

—No creo que pueda vivir con la incertidumbre de no saber qué pasaría. Si tengo que sufrir, prefiero hacerlo por algo que sepa y no por algo que solo imagino.

—¿De verdad crees que una historia de amor con un psicópata que ha intentado secuestrarte y que, además, está casado va a terminar bien? —La indignación de mi hermana era palpable; ni siquiera intentaba disimularla.

—¿Tienes síndrome de Estocolmo o qué? Sinceramente, Jess, creo que te patinan las neuronas. Siempre has puesto por delante a tu corazón, pero es que él no mira por ti; tu mente sí, solo que no la usas.

Samy me sostuvo la mirada, y en sus ojos vi algo peor que la furia: la rendición.

—Espero que no termines deseando habértelo imaginado —concluyó.

Se dio la vuelta y desapareció tras la puerta de la habitación de invitados. No salió en toda la noche, ni siquiera para cenar. Y a mí, el sentimiento de culpa me consumía, transformándose por momentos en incertidumbre… y en un miedo inmenso.

Alec me había pedido una oportunidad, y yo había accedido a dársela. El primer paso era quedarme en Wislow y recuperar mi trabajo. Tenía que luchar contra el miedo y confiar en lo que teníamos, en nosotros, a pesar de lo que me gritaban la razón… y mi hermana.

A la mañana siguiente, me arreglé para ir a hablar con Maybel. Tenía que explicarle que, al final, no me iría a la ciudad y pedirle, por

favor, que me permitiera recuperar mi puesto, si es que eso aún era posible después de haber desaparecido así. Parecía que no me habían sustituido.

Antes de salir de casa, me acerqué a Samy, que estaba desayunando en la cocina.

—Dime algo, anda.

—No estoy enfadada, Jess, solo tengo miedo por ti.

—Lo sé.

Y no podía rebatirle ese argumento.

—Voy a hablar con Maybel para ver si puedo volver al trabajo.

Samy asintió.

—Suerte, entonces —dijo.

Detestaba ver esa expresión de decepción en su rostro, pero sabía que no podía ocultarla. En eso éramos iguales. Y, para ser sincera, yo también estaba decepcionada conmigo misma, por más que intentara ignorarlo. Tendría que aprender a lidiar con eso durante un tiempo.

Cuando pisé la calle, escribí un mensaje a Alec.



Una mezcla de nervios y ansiedad me recorría el cuerpo. Tenía muchas ganas de verlo y de empezar de cero, sin secretos. Quería descubrir hacia dónde nos llevaría esta nueva vida que estábamos a punto de comenzar y deseaba con todas mis fuerzas que llegara a buen puerto.

Al cruzar la puerta del ayuntamiento, vi a Megan y Serry conversando animadamente a los pies de las escaleras, y eso me dibujó una sonrisa.

—¡Hola, chicas! —las saludé con la mano.

—¡Jess! ¡Estás aquí! —exclamó Megan, acercándose a mí casi corriendo.

—Pensábamos que te habías ido a la ciudad —comentó Serry, acariciándome el hombro.

—Sí… bueno, ese era el plan, pero al final he decidido volver. Aunque antes debo hablar con Maybel —expliqué.

—Seguro que no hay problema, ya verás —me consoló Megan.

—¡Eso espero!

Me despedí de ambas y subí las escaleras hacia el despacho de Maybel.

La luz estaba apagada. Chasqueé la lengua, frustrada. Necesitaba solucionar el tema cuanto antes; me tenía demasiado intranquila.

Comprobé mi móvil para ver si Alec me había contestado. Nada. Una sensación de malestar se instaló en mi interior, lo suficientemente grande como para hacer que mi respiración se entrecortara por un momento.

Me senté en una de las sillas frente al despacho de Maybel. Apenas llevaba cinco minutos ahí cuando escuché voces en la planta baja. Sonaban alegres, como si estuvieran celebrando algo.

Me asomé por la baranda de la escalera y reconocí la espalda de Alec. El corazón me dio un vuelco. Me levanté de un salto y bajé las escaleras como un rayo.

Pero lo que vi me hizo detenerme en seco, dos escalones antes de llegar al recibidor.

Alec estaba conversando con Serry y Megan, pero no estaba solo. A su lado, una mujer morena y guapa lo sujetaba de la mano.

Parecía que no se habían percatado de mi presencia… hasta que Pol apareció detrás de mí.

—¡Ey, chicos! Cuánto tiempo sin verte, Juls —dijo Pol, pasando a mi lado.

Fue entonces cuando Alec se giró y me miró. Su rostro se transformó en una milésima de segundo. Vi el pánico reflejado en su expresión; parecía querer correr hacia mí a toda costa. Yo, en cambio, me encontraba en shock, incapaz de moverme de mi estúpido escalón.

—¡Jess, ven, que tenemos que brindar! —dijo Serry con entusiasmo.

Pol me lanzó una mirada de compasión que poco podía consolarme. Todos sabían que Alec estaba casado, y casi todos intuían que estábamos juntos... Me sentía una estúpida en toda regla. Había sido la otra todo este tiempo, pero el papel de la mujer de Alec no era mucho mejor.

Juls se giró al escuchar mi nombre y entonces me vio.

—Ah, la nueva, ¿no? —espetó con un tono que no dejaba lugar a dudas. Sabía quién era yo. No solo la recién llegada, sino la persona por la que Alec la había dejado. O al menos, eso pensaba yo.

Alec parecía incapaz de reaccionar. Estaba petrificado. Dentro de mí, podía escuchar mi propia voz gritándole cobarde, y en ese instante lo vi descender del pedestal en el que nunca debió estar. Al mismo tiempo, la venda que me había empeñado en sostener sobre mis ojos cayó, por fin.

Así que, en un arranque de valentía, decidí salir de mi cascarón.

—Así es —dije, con todo el aplomo que pude reunir, que no era mucho.

—Bien, pues entonces brindemos, claro —respondió Juls, volviendo a mirar a Serry. Me percaté de que todos sostenían copas de champán.

En ese momento, James y Lira entraron por la puerta principal, conversando animadamente.

—¡Pero bueno! ¿Qué se celebra aquí? —exclamó James.

Lira me miró, luego a Alec y a Pol. Su rostro cambió al instante; entendió en qué clase de embrollo me encontraba.

Alec mantenía una expresión neutra. Ni tristeza ni alegría. Lo buscaba con la mirada, pero no lo encontraba. Su rostro estaba perdido… igual que mis sentimientos por él.

Juls se giró hacia James y Lira con una sonrisa desbordante que me pareció falsa. Estaba esperando el momento perfecto para soltar la bomba, y lo hizo delante de todos.

—¡Vamos a ser papás!

38. REALIDAD

Sentí cómo la sangre se helaba en mis venas. A mi alrededor, la gente parecía moverse a cámara lenta, como si el tiempo se hubiera vuelto espeso.

Mi orgullo y mi dignidad estaban en el suelo, pisoteados, inservibles.

Alec me miró por primera vez desde que lo había visto. Su expresión era una contradicción en sí misma, tan absurda como la situación que estábamos viviendo.

Quería correr, desaparecer de allí, pero mi cuerpo no respondía. El bloqueo de mis articulaciones era aún más agobiante porque lo único que deseaba era huir… y no podía.

La esposa de Alec recibió los abrazos de James, Lira y el resto de los compañeros. Cuando Lira terminó de saludarla, vino directa hacia mí.

—Muévete, ven —susurró en mi oído.

Me cogió del brazo izquierdo con la mayor sutileza posible, como si intentara evitar que pareciera un secuestro, y me guió hacia las escaleras. No había dado ni dos pasos cuando me detuve en seco.

—No… ¡No! —solté a media voz.

—Tengo que irme de aquí. Déjame, Lira.

Me zafé de su agarre con más fuerza de la necesaria y me giré, dispuesta a bajar de nuevo. No iba a ser la que diera lástima, y mucho menos iba a permitir que Lira me consolara.

Juls me miraba con un odio latente en los ojos. Y no podía culparla.

Cuando llegué a su altura, me detuve y la miré de frente.

—Enhorabuena. Que seáis muy felices —escupí las palabras sin creerme ninguna de ellas, con el tono menos seco que pude encontrar… aunque tampoco me esforcé demasiado.

Luego miré a Alec con absoluto desprecio. Su brazo se movió con la intención de tomar mi mano, pero Juls lo frenó al instante, sujetándolo con fuerza.

—Lo seremos, no lo dudes —replicó ella con aire desdeñoso.

Las miradas curiosas de la gente a nuestro alrededor eran todo un poema. Quien no sabía ya de qué iba la película, empezaba a intuirlo.

Salí de allí lo más rápido que pude.

Al cruzar la puerta y sentir el aire fresco golpeándome el rostro, el peso de la vergüenza y la lástima por mí misma se hizo indescriptible. Dolían. Dolían de verdad.

¿Cómo había podido creerle? Ni siquiera había dado tiempo a que me confiara del todo. Era la ganadora indiscutible del premio a la tonta del año. Pero, a pesar de todo, prefería saberlo ahora y no después. Este no era el final que quería, pero sí el que necesitaba.

Comencé a caminar calle abajo como quien sale de una trinchera esperando el impacto de una bala. Solo quería llegar a casa, mirar a mi hermana a los ojos y admitir que tenía razón, que yo era la persona más imbécil sobre la faz de la Tierra.

Pero entonces, escuché unos pasos apresurados detrás de mí.

—¡Jess, espera! —gritó Alec.

Me detuve en seco. No quería hablar con él. No quería despedirme. Pero la ira me quemaba por dentro. Necesitaba decirle cuatro cosas.

—Hijo de puta… Sigues jugando. ¿No te bastaba, verdad? Tenías que llegar hasta el final —mis palabras se atragantaban en mi

garganta, cargadas de angustia y odio.

Alec negaba con la cabeza sin cesar. Parecía desquiciado.

—Espero que seas un infeliz todos y cada uno de los días que te queden de tu miserable vida, ¿me oyes?

Los borbotones de dolor salían de mí en forma de palabras. Y no podía detenerlos.

—No lo sabía, ¡Jess, joder! No lo sabía. Se plantó ayer en el piso que alquilé para vivir contigo y me lo dijo.

—¿Y pretendes que te crea? ¡Embustero de mierda! —grité.

Alec dio un paso hacia mí, pero mi postura lo detuvo en seco.

Y entonces, apareció Juls.

—Vaya, qué mona la rompehogares. ¿Te han mentido? Oh, lo siento, bienvenida al club —su tono era inquietantemente calmado.

Mi expresión debía de ser de estupefacción. La de Alec, más bien, de asco.

—Este bebé estaba aquí antes de que tú llegaras, y no vas a separar a mi familia, bruja.

Las palabras me golpearon con más fuerza de la que esperaba. ¿Antes de que yo llegara? Eso significaba que debía de estar de cinco o seis meses… pero no lo parecía. ¿Habría sido cuando Alec ya estaba conmigo? No tenía forma de saberlo.

—No quiero nada suyo —dije, mirando a Alec—. Puedes estar tranquila.

—Juls, por favor. Vuelve, tengo que aclarar esto —rogó Alec.

—Ja, no, cariño. De eso nada. Esto ya está más que aclarado. Si me dejas, no verás a este niño en tu vida. Y si quieres formar parte de la suya, ya sabes el trato: no volver a ver a esta zorra jamás —sus palabras estaban llenas de veneno—. Puedo joderte la vida, cielo, casi tanto como tú me la has jodido a mí.

Lo que dijo Juls me confirmó que Alec no debía de saber nada ayer, cuando nos vimos. Pero también que, de alguna manera, ya había aceptado sus condiciones. De otro modo, no habrían aparecido en el trabajo como una pareja feliz.

Este era el final.

—Esto ha llegado hasta aquí. No quiero volver a verte —sentencié.

Alec me miró como quien ve un salvavidas en medio del océano mientras se ahoga… pero sabe que nunca podrá alcanzarlo.

—Jess… por favor…

Pero ya no había más cartas que jugar. Juls ganaba. Yo perdía estrepitosamente. Y Alec… bueno, su jugada me daba igual.

De repente, me di cuenta de que aún llevaba colgado el colgante que me había regalado por mi cumpleaños. Instintivamente, busqué su muñeca con la mirada. Ahí estaba mi pulsera.

Sin pensarlo, me arranqué el colgante de un tirón y se lo lancé con fuerza. Rebotó en su pecho y cayó en sus manos.

Sin decir una sola palabra más, me giré y emprendí un camino de ida sin retorno.

Cuando dejé de sentir su mirada clavada en mi espalda, ya estaba frente a la puerta de casa.

Samy estaba sentada en el sofá, con el móvil en la mano.

—¿Cómo ha ido?

No necesité responder. Mi mirada lo dijo todo.

Se levantó y me envolvió en un abrazo. Enterré el rostro en su cuello y rompí a llorar sin consuelo.

—Quiero matarlo, te lo juro —dijo con la voz entrecortada al escucharme llorar.

Nos quedamos así un buen rato, hasta que sentí que ya no me quedaban más lágrimas.

—Hay que seguir recogiendo —murmuré al fin.

Samy sonrió un poco.

—Ya, en realidad no he parado.

—Chica lista. Debería parecerme más a ti.

Le conté todo lo sucedido. Creía que nada podía sorprenderla a estas alturas, pero cuando terminé, su expresión lo decía todo.

—Jess, en serio… esto te convalidaría por un máster de algo. Deberías escribir un artículo científico sobre ese loco. Y su mujer también, la verdad. Vaya dos psicópatas.

Me reí, porque la alternativa era seguir llorando.

Samy debía de estar hasta las narices de mis problemas, pero ahí seguía, intentando animarme. La adoraba.

—Perdóname por lo que te dije ayer. Últimamente no estoy muy fina, como ya te habrás dado cuenta.

Samy me agarró las manos y me dedicó una sonrisa que decía, sin palabras, que ya me había perdonado mucho antes de que yo me disculpara.

—Voy a por una infusión, ¿quieres? —le pregunté.

—Vale.

Fui a la cocina y puse dos tazas de agua en el microondas. Mientras esperaba, me apoyé en la encimera y dejé la mirada perdida en el patio trasero, a través de la puerta de cristal.

El pitido del microondas me sacó de mi ensimismamiento, pero cuando me giré para sacar las tazas, algo no estaba bien.

Un mareo repentino me hizo tambalearme.

Mis manos comenzaron a hormiguear.

La sensación de que iba a desmayarme se hizo insoportablemente real.

—¡Samy! —grité.

Y después, todo se volvió oscuro.

39. DESPERTAR

Desperté en un lugar desconocido. Un dolor punzante me atravesaba la cabeza y el brazo derecho. Parpadeé varias veces, tratando de enfocar la vista. Me costó unos minutos centrarme lo suficiente para reconocer el sitio donde estaba.

Un hospital.

¿Qué coño me había pasado? El día no podía ir a peor.

—¡Samy! —grité con voz áspera.

Una doctora muy joven apareció tras la cortina que me mantenía casi oculta y se acercó a mi cama.

—Hola Jessica, soy la doctora Ross. Estás en el hospital Comarcal. Has sufrido un desmayo.

—¿Dónde está mi hermana? —pregunté.

—Llámala —dijo la doctora dirigiéndose a un auxiliar que estaba revisándome el gotero.

Mi hermana apareció a los pocos minutos a mi lado, con una expresión de preocupación tan grande que me hizo sentir aún peor por hacerla pasar por esto.

—¡Ay, Jess! ¿Cómo estás?

Apenas me dio tiempo a responder cuando se giró hacia la doctora.

—¿Está bien, doctora?

—De momento, estamos esperando los resultados de los análisis. Todo apunta a una bajada de tensión o quizás de azúcar.

¿Has estado estresada últimamente? —preguntó la doctora con tono profesional.

—Estresada es poco, se lo aseguro —contestó Samy sin dudar.

—Bueno, eso es un factor a tener en cuenta. En cuanto tengamos los resultados, me volveré a pasar.

La doctora se retiró con una sonrisa amable.

Miré a mi hermana a los ojos y, en ese instante, fui realmente consciente de dónde estaba: en una cama de hospital.

—Voy a matar a ese desgraciado hijo de puta. Te lo prometo —murmuró Samy mientras me apartaba un mechón de pelo con ternura.

Intenté ordenar mis pensamientos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Estabas en la cocina, me llamaste y cuando llegué estabas en el suelo, totalmente inconsciente. No conseguía hacerte reaccionar. Estaba histérica, no te encontraba el pulso. No lo he pasado peor en mi vida, Jess.

Mi pobre hermana tenía los ojos llorosos y sus manos agarradas a las mías con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

—Ey, estoy bien cariño. Lo de esta mañana ha sido demasiado… bueno, lo de estos meses en realidad. Por algún lado tenía que salir, imagino.

—Cuando la ambulancia te estaba sacando de la casa, apareció él. Empezó a correr hacia la camilla como un loco y los paramédicos han tenido que sujetarlo para que no se metiera en la ambulancia con nosotras. Estaba fuera de sí, no paraba de gritar tu nombre.

No sabía qué decir al respecto. Tampoco sabía qué había ido a hacer a casa y, sinceramente, debía darme igual.

—¿Y qué pasó? —pregunté.

—Le pegué una bofetada tan fuerte que casi me abro la muñeca. El paramédico se quedó pasmado, pero creo que les hice un favor, porque se calló al instante y dejó de dar la tabarra —dijo con media sonrisa—. Ah, y también lo insulté, creo.

Se me escapó una carcajada. La verdad, me hubiera encantado ser yo quien le diera esa bofetada, pero ese derecho también le pertenecía a Samy. Por justicia poética. La pobre había soportado todo nuestro melodrama.

—Solo quiero que te deje en paz y que volvamos a casa, lejos de todo esto —susurró, apretando mis manos con fuerza.

—Papá y mamá vienen de camino. Lo siento, tuve que llamarlos. Estaba acojonada.

No podía culparla. Yo hubiera hecho lo mismo.

Los análisis tardarían unas horas, según nos había informado el enfermero. Samy fue a buscar algo de comer y, antes de darme cuenta, me quedé dormida.

Me despertó un leve movimiento en mi brazo.

El mismo enfermero estaba retirándome la vía.

—¿Ya están los resultados? —pregunté con la voz aún adormilada.

—Deben de llegar en breve, pero ya se ha acabado el gotero. No te preocupes.

Miré hacia el pie de la cama. Samy estaba dormida en una silla, encogida en una postura incómoda. Aun así, parecía profundamente dormida.

Me incorporé un poco y me dirigí al enfermero:

—¿Puedo levantarme? Me encuentro bastante bien.

—Sí, claro. Si te sientes con fuerzas.

Me levanté con facilidad y fui al baño para refrescarme la cara.

Cuando fijé los ojos en mi reflejo, por un instante, me pareció no reconocer a la chica que me devolvía la mirada. Aquella chica a la que tanto me había costado reencontrar después de lo de Nick estaba, otra vez, irreconocible.

No me había dado cuenta de que el peso que había recuperado meses atrás lo había perdido en las últimas semanas, ni de las ojeras que ahora se extendían hasta el inicio de mis mejillas.

¿Cómo había permitido que mi vida se me escapara así de las manos?

Y entonces, lo sentí. La convicción absoluta de quien acaba de descubrir una verdad innegable, una verdad que siempre había estado ahí, pero que yo me había empeñado en ignorar.

Por fin, algo hizo clic dentro de mí.

En lo más profundo, sentí un amor propio tan fuerte que nada ni nadie, ni siquiera Alec, volvería a pisotearme jamás.

Era como si, por primera vez, me conociera de verdad.

Como si toda mi vida hubiera sido solo una versión incompleta de mí misma… y ahora, al fin, entendiera quién era.

Cogí mi teléfono y vi seis llamadas perdidas de él. Varias notificaciones de mensajes se acumulaban en la pantalla.

Todos de Alec.

Y los borré.

Lo borré todo sin leerlo. Lo bloqueé de mi teléfono y de mi vida.

Dejé el móvil sobre la mesa junto a la cama y salí de la habitación para estirar las piernas. Samy seguía respirando profundamente, sumida en un sueño profundo.

El pasillo donde se encontraba mi habitación era llamativamente largo. Mientras caminaba, me sujeté la bata con discreción, intentando no enseñar demasiado la retaguardia. Siempre me había

hecho gracia ver a la gente con medio culo al aire en los hospitales… pero, claro, no era el mío.

A medio camino, encontré dos puertas a ambos lados del pasillo, cada una dando acceso a pequeños jardines con bancos.

Atravesé la de la derecha y me senté en un banco blanco.

Levanté la vista al cielo y, por primera vez en mucho tiempo, sentí cómo el oxígeno se renovaba en mis pulmones.

Cerré los ojos mientras los cantos de los pájaros me regalaban un pequeño instante de paz.

Y, en efecto, fue breve.

Cuando abrí los ojos de nuevo, Alec estaba en el quicio de la puerta por la que yo había entrado.

Esta vez, al verlo, sentí algo distinto. Algo nuevo.

Desdén.

Mirarlo no me producía dolor ni nostalgia. Solo una indiferencia inusual tratándose de él.

Mi expresión debió decirlo todo.

—No voy a molestarte. Solo quería saber si estabas bien.

Su rostro transmitía una tristeza agotadora… y rabia. Pero no hacia mí. Parecía enfadado con el mundo entero.

—No sabía nada. Debes saberlo. Quería empezar contigo de cero. Lo quería todo contigo…

—Ya no me importa —lo corté, sin dudar.

Lo miré de nuevo, transmitiéndole el poco aliento que me quedaba para seguir oyéndolo.

—Lo sé. Y lo siento. Si pudiera volver atrás, haría las cosas de otra manera.

—Ya. ¿Sabes? El tiempo nunca vuelve atrás. Y aun así, entre nosotros dos, los arrepentimientos nunca cesan. Eso debe significar algo. Al menos, ya lo significa para mí.

Aparté la vista de él y la clavé en un rosal blanco a pocos metros.

Una de sus rosas empezaba a marchitarse.

Me sentí tan identificada con ella que, por un instante, me compadecí de la flor… y de mí misma.

—¿Recuerdas lo que te dije el día de mi cumpleaños, cuando me diste esta pulsera? —susurró, acariciándola con los dedos—.

—Para mí, siempre será así. Siempre te querré, Jess. Cada minuto, de cada día. Siempre.

Alec dejó algo sobre el alféizar de la ventana que había junto a la puerta.

El colgante que me había regalado.

Si alguna vez nos habíamos encontrado a tiempo, a mí me parecía una cruel broma del destino, porque habría preferido no haberlo encontrado nunca.

Me miró una última vez y, como si nunca hubiera existido, se marchó.

Dejando el marco de la puerta como si nadie se hubiera apoyado en él.

Dejando mis oídos como si nunca hubieran escuchado su voz.

Dejándome. Sin más.

Vacía.

40. VIDA

Pasé los siguientes diez minutos en la misma posición, observando el lugar donde Alec había pronunciado esa última frase: «Siempre te querré». Parecía haber pasado un mundo desde la primera vez que lo vi sentado en su despacho.

Me levanté y cogí el colgante. Lo apreté en mi puño, como si pudiera hacerlo desaparecer… o como si, en el fondo, aún quisiera protegerlo. No lo tenía muy claro.

Negar que lo quería no me ayudaría en nada. Pero aceptar que, por primera vez, me quería más a mí, sí que lo haría.

Por fin había entendido la verdadera naturaleza de nuestra historia.

Alec y yo nunca estuvimos destinados a estar juntos, pero sí a vivir ese breve e intenso lapso de tiempo entre nosotros.

No sonreímos todo el tiempo. No tuvimos un final feliz.

Pero esos momentos en los que tocamos el cielo con los dedos, aunque solo fuera por un instante, me hicieron sentir que no todo había sido en vano.

Que algo de lo que vivimos juntos había valido la pena.

Al menos para mí.

Ya no era la misma que llegó a Wislow perdida. Ya no quería borrarlo de mi mente. Quería aprender de lo vivido, cargar con el peso de la experiencia y, algún día, poder decir que había sido valiente por haber vivido todo eso.

Puede que me llevara tiempo olvidar a Alec. Puede que nunca lo hiciera del todo. Lo sentía arraigado en lo más profundo de mí, por

más que detestara ese hecho.

La sensación que me dejaba era agridulce, como el sabor que dejan ciertas frutas en la boca. Mientras las saboreas, el dulzor es exquisito, pero con el tiempo solo queda un regusto amargo.

Debía aceptar que las cosas no siempre salen como una quiere, y que no pasaba nada por ello.

Aunque fuera en contra de mi naturaleza exigente y controladora, lo haría. Aceptaría que ese había sido el final que el destino me había concedido.

Estaba muy concienciada con esa idea cuando vi a la doctora Ross caminando a paso rápido por el pasillo.

Al verme, se detuvo en seco y retrocedió.

—Jessica, iba a tu habitación.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Sí, iba a darte el alta.

—¡Bien! —exclamé, poniéndome de pie. —Tengo que terminar la mudanza y volver a la ciudad.

La doctora Ross sonrió con amabilidad.

—Bueno, está todo en orden. Aunque tendrás que cuidar mejor tu alimentación a partir de ahora.

—Ya, claro… He pasado una racha bastante mala y lo cierto es que he estado comiendo fatal. Imagino que fue una bajada de azúcar o…

—Bueno —me interrumpió con suavidad—, en realidad me refería a que ahora tienes que comer por dos.

Hizo una pausa antes de soltar la bomba.

—Estás embarazada. Enhorabuena.

El sonido de la sangre corriendo por mis venas se volvió ensordecedor. Sentí un golpe seco en el pecho, como si algo me

hubiera dejado paralizada por completo. Mis articulaciones, mis facciones, incluso mi respiración… todo se detuvo.

No podía ser. No.

Tomaba la píldora. No había fallado ni un solo día.

—Veo que no lo esperabas… —dijo la doctora con tono calmado—. Estás de unas siete semanas. Está todo perfectamente.

Una presión en la garganta me impedía reaccionar.

—No, doctora, no puede ser. Tomo pastillas anticonceptivas y nunca he fallado, ni un solo día —dije, aferrándome con desesperación a la idea de que aquello debía ser un error.

—Bueno, los resultados son claros. Aunque sea algo excepcional, no es imposible que fallen. Su eficacia no es del cien por cien; quizás ese uno por ciento haya sido el responsable —explicó con la serenidad de quien dicta una clase de biología.

La miré con el ceño fruncido. Un enfado irracional y descomunal me recorrió el cuerpo.

—Te dejo para que lo asimiles, pero estaré por la planta si necesitas saber algo más antes de irte.

Y así, sin más, aquella mujer se marchó. Como si no acabara de hacer estallar mi vida en mil pedazos.

Apoyé la espalda contra el banco y exhalé un suspiro tembloroso.

Siete semanas…

Maldito viaje a Santorini.

Tenía las manos heladas, el pulso desbocado y la mente envuelta en una niebla espesa.

Estaba embarazada.

De un hombre que me había engañado, utilizado y humillado de todas las formas posibles.

De un hombre al que amaba… y con el que jamás podría estar.

De un hombre que esperaba otro hijo con su esposa.

Las lágrimas se me amontonaban en los ojos y, de repente, fui consciente de una verdad devastadora: siempre estaría atrapada en la vida de Alec.

Una vida de la que no quería ser ni parte ni testigo.

Y no lo sería.

No lo sabría.

Nunca.

Alec se había ido y no volvería a verlo. Eso era lo único que tenía claro.

Samy me encontró sentada en aquel banco, en un estado anímico deplorable, para variar. Me miró con el ceño fruncido, preocupada, y ni siquiera esperó a preguntarme qué me pasaba.

Se lo conté sin rodeos.

—Madre mía… no, Jess, no. No puedes tenerlo.

Levanté la mirada, sorprendida por sus palabras.

Sabía que mi vida sería más fácil sin ese bebé, pero, siendo honesta conmigo misma, ni siquiera podía plantearme la posibilidad de abortar.

Samy lo sabía, y no volvió a mencionarlo.

—Sé que debería decírselo. Tiene derecho a saberlo. Debería llamarlo y complicarle la vida como él me la ha complicado a mí… pero no puedo, Samy. No quiero.

Mi hermana me miró fijamente, con esa intensidad suya que siempre me hacía bajar la guardia.

—Jess, deja de pensar en lo que *deberías* hacer y en lo que está bien. Después de todo lo que te ha hecho, no le debes nada. Es en el *cómo* y en el *por qué* donde el ser humano vive, no en el *debería*.

No supe qué responder. Sus palabras me sacudieron por dentro, como casi siempre. Entonces me abrazó.

A pesar de ser mi hermana pequeña, también era mi hermana mayor. Siempre tan sabia.

Yo tenía un *cómo* y un *porqué* para tomar esa decisión. Y nadie podría cuestionarlo.

—Sé que no paro de decirlo pero… saldremos adelante. Te lo prometo.

Y allí, en aquel banco de un hospital cualquiera, mi vida cambió para siempre.

Pero, aunque en ese momento aún no lo sabía, por imposible que pareciera, las cosas siempre podían ir a peor.

Solo hacía falta tiempo.

Mucho tiempo.

EPÍLOGO

Cinco años después…

—Mami, ¿cuándo vamos al parque? —pregunta mi hija con esa vocecita suya tan adorable.

—Cielo, luego. Después de la siesta, ¿vale?

Su manita se aferra con fuerza a la mía, y nuestras manos se balancean con la inercia del movimiento.

—¿Y papi va a venir? —inquiere con curiosidad.

—Cuando lleguemos a casa, se lo preguntamos, ¿sí? —le digo, guiñándole un ojo. Ella se ríe divertida.

—Mamá, ¿puedo pedir un helado? —dice, señalando el puesto que está a la entrada del parque al que solemos ir.

—¿Un helado ahora? ¡Pero si es la hora de comer, granuja! Luego, cuando volvamos, ¿vale?

—¿Y un caramelo? —insiste, mirándome con ojitos de chantaje emocional.

Suspiro con resignación.

—Bueno… pero ¡solo uno!

Impaciente, espera de pie, moviendo los deditos sobre su palma mientras le entrego una moneda. En cuanto la tiene, corre hacia el puesto con la emoción reflejada en sus ojos.

La observo mientras se aleja. Mirarla es una de las cosas que más paz me da.

Antes de guardar la cartera, un borde descolorido asoma entre los compartimentos.

Una vieja fotografía.

No la había visto desde que la puse ahí, años atrás.

La saco con cuidado y, al verla, mi primer instinto es guardarla de inmediato, como si la imagen pudiera cobrar vida y los fantasmas del pasado volvieran a rodearme.

Es la foto que nos hicimos en la fiesta de nuestros cumpleaños.

Alec me mira desde la imagen con esos ojos que, incluso impresos en papel, parecen tener vida propia.

Respiro hondo y la guardo apresuradamente, cerrando la cartera con más fuerza de la necesaria.

Al levantar la vista, mi hija vuelve corriendo hacia mí, dando pequeños saltos de alegría.

Sonrío.

Estamos muy cerca de casa cuando mi móvil suena.

Es Tayler.

—Hola, cielo, ¿muy cansado? —pregunto con dulzura.

—Esta guardia ha sido tranquila —contesta, aunque el tono de su voz lo delata.

—Vamos de camino a casa —le informo, mientras mi hija me tira de la blusa, reclamando mi atención.

—Mami, ¿puedo hablar con papi?

Sonrío y le acerco el teléfono.

—Alguien quiere preguntarte algo —digo riendo mientras pongo el móvil en manos libres.

—Papi, ¿vienes al parque esta tarde con nosotras? —pregunta con su vocecita impaciente.

—¡Por supuesto que sí! No me lo pierdo. Estoy deseando tirarme por el tobogán largo.

Tayler se ríe, y en su risa reconozco lo que suele hacer siempre: esa frase no es solo para nuestra hija, sino para mí. Para hacerme reír.

Y lo consigue.

—¡Bien! —grita la pequeña, mientras cojo el móvil de nuevo.

—Llegamos en cinco minutos, Tay.

—Vale, cielo. Te quiero.

—Te quiero —respondo, antes de colgar.

—Esta tarde me tiraré por lo menos cien veces por el tobogán largo con papá, ¿verdad?

—¡Es un gran desafío cariño, pero adelante! —la animo con una sonrisa.

Estamos enfilando el camino de piedras hasta la entrada de casa cuando Tayler abre la puerta para recibirnos.

—¡Ey! ¡Ven aquí, tesoro! —grita con los brazos abiertos.

Thea sale disparada como una bala y se aferra al cuello de su padre con todas sus fuerzas. Con la seguridad que solo él puede darle.

Tayler no es su padre.

Pero ella nunca lo sabrá.

Mi marido nos quiso a las dos desde el primer momento, desde que yo estaba en mi séptimo mes de embarazo y me ayudó a dar a luz a una niña prematura. Vio nacer a Thea, y sé que la quería incluso antes de traerla al mundo a mi lado, porque ya me quería a mí antes de eso.

Tayler fue el doctor que me asistió durante mi embarazo y, poco a poco, se ganó mi corazón. Solo podré estarle agradecida el resto

de mi vida con esto: mi amor y nuestra familia.

Me acerco a Tay, que sostiene a Thea en brazos, y le doy un beso. Él me agarra por la cintura y me lo devuelve con ternura.

—¿La consulta bien? —pregunta.

—Sí, he terminado antes y me ha venido bien para recoger a la peque del cole.

—Venga, vamos dentro. Estaba poniendo la mesa.

Tay deja a Thea en el suelo y ella sale corriendo hacia el jardín trasero de la casa, donde sus juguetes están esparcidos por el césped.

Mi marido se dirige a la cocina y, justo cuando estoy cerrando la puerta, creo reconocer a alguien al otro lado de la acera.

Mis ojos se fijan en esa persona, que a su vez me devuelve la mirada, y un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Esta vez no es una imagen, no es un recuerdo.

El tiempo se detiene.

No puede ser.

No lo sabe.

Me aseguré de ello.

Nunca volví a saber de él. Me escondí todo lo que pude. Me mudé. Me casé. Adopté el apellido de mi marido.

Y a pesar de que tengo la absoluta certeza de que es imposible…

Estoy totalmente convencida de que el hombre que me observa al otro lado de la calle es Alec.

SOBRE LA AUTORA

AMANDA JUÁREZ SÁNCHEZ



Amanda, originaria de la ciudad de Granada, es una apasionada de la lectura y la escritura, dos pilares fundamentales que han marcado su vida desde siempre.

Graduada en Información y Documentación por la Universidad de Granada, su amor por las palabras la ha llevado a explorar no solo el mundo de los libros como lectora voraz, sino también a crear sus propias historias.

Bajo el seudónimo de **Amy Hallows**, Amanda se adentra en el universo literario con su primera novela, *Delirio*, una obra que ha sido escrita «a fuego lento», reflejando la dedicación y el cariño con los que ha dado vida a cada página.

Su nombre artístico no es una elección casual: *Amy* es el diminutivo cariñoso de Amanda, mientras que *Hallows* es una palabra que guarda un significado especial para ella, inspirada por su amor incondicional hacia la saga de *Harry Potter*. Fanática declarada del universo creado por J.K. Rowling, ha querido rendir un pequeño homenaje a esta influencia uniendo ambos términos para crear un seudónimo que la representa en esencia.

Aunque Amanda trabaja como administrativa, su auténtica pasión es la escritura, un refugio donde puede dar rienda suelta a su imaginación y explorar emociones y tramas que capturan al lector desde la primera línea.

Actualmente, está inmersa en la escritura de la continuación de *Delirio*, una segunda parte que pondrá el punto final a esta apasionante bilogía que mezcla el amor con el thriller y que promete mantener la intensidad y el magnetismo que caracterizan su estilo narrativo.

@amyhallowsoficial

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro ha sido un viaje increíble, y no habría sido posible sin el apoyo de quienes me acompañaron en el camino.

Gracias a mi hermana Andrea, por ser mi primera lectora cuando *Delirio* solo era un borrador, por ayudarme y guiarme con la sabiduría de una auténtica lectora empedernida.

Gracias a mis padres, mis pilares inquebrantables. Vuestro amor y apoyo me han convertido en quien soy hoy.

A mi abuela Matilde, a quien siempre veo con un libro en las manos y de quien aprendí a amar y cuidar cada libro como un tesoro.

Gracias a Pedro, mi compañero de vida, por apoyarme en cada paso del camino y por recordarme siempre lo orgulloso que está de mí.

También a mi cuñado, David, quien, con su experiencia como escritor y experto en autopublicación, me enseñó a navegar en este complejo mundo y me guió en el proceso.

Y, por último, aunque no suelo hacerlo muy a menudo, gracias a mí. Por no detenerme, por no rendirme y por creer que era posible. Por las horas, los días, los meses e incluso los años que han pasado hasta tener este libro en mis manos.

Amanda, gracias por confiar en ti, al menos una vez.

La vida del escritor es dura, pero espero que este libro se convierta, algún día, en un faro que pueda verse desde cualquier lugar del mundo.